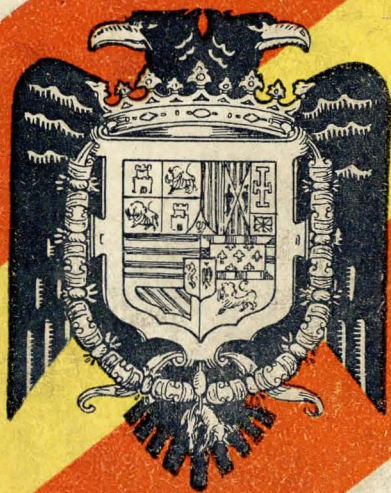


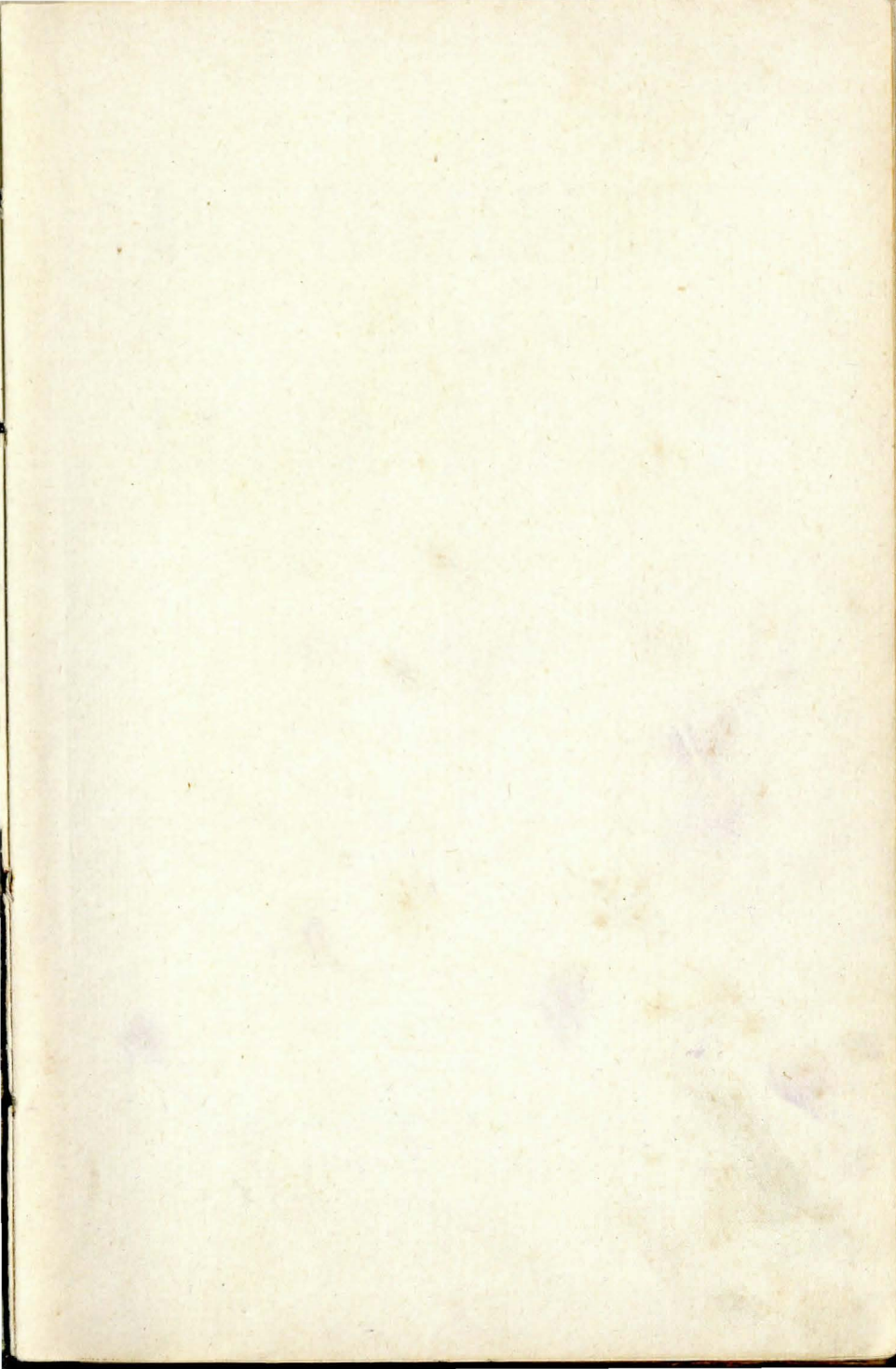
GUSTAVO DEL BARCO
los FORJADORES
de la
NUEVA
ESPAÑA

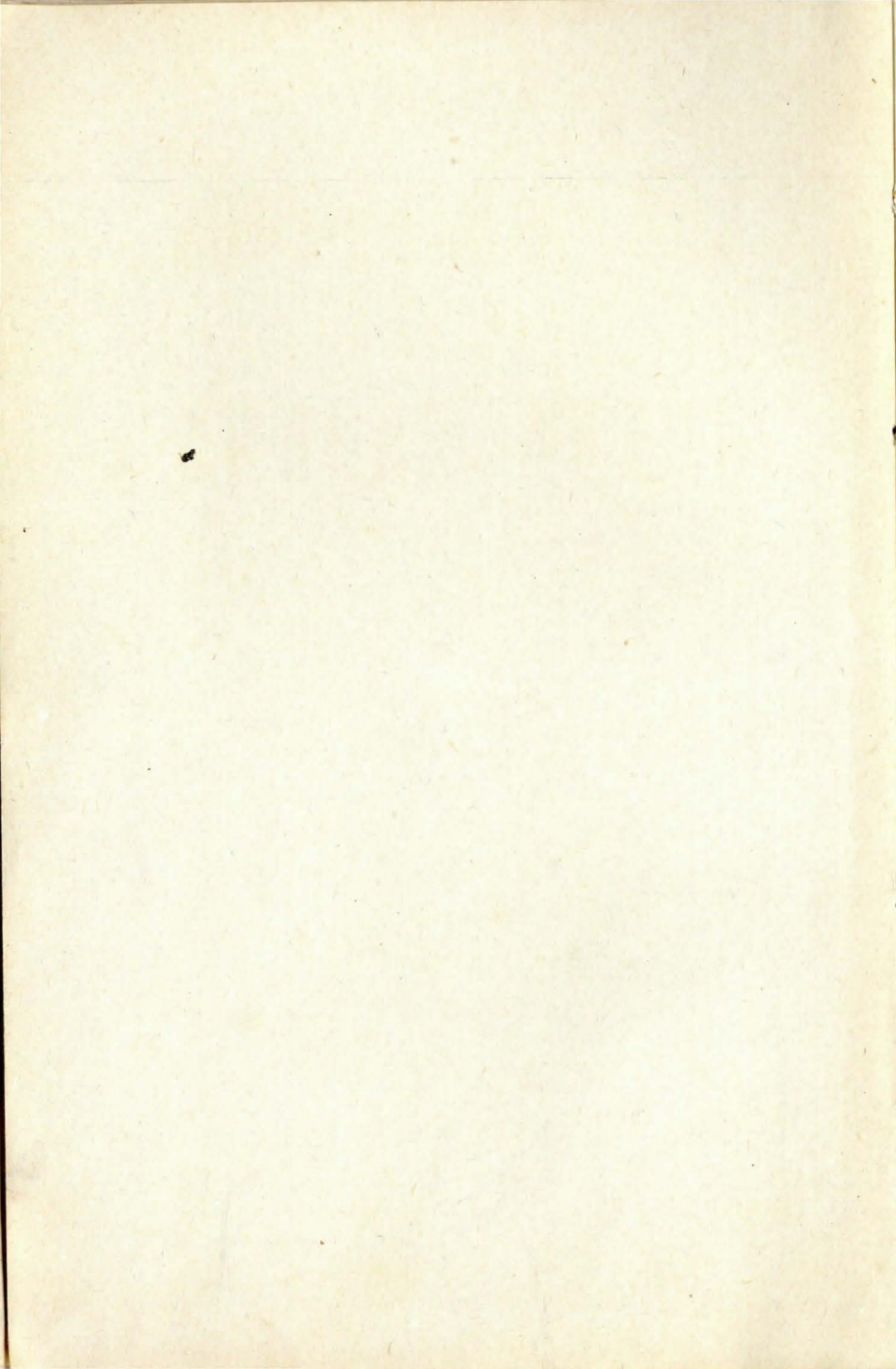


EDITORIAL
SANCHEZ RODRIGO
SERRADILLA
(CACERES)



1.45





LOS FORJADORES DE LA NUEVA ESPAÑA

POR

GUSTAVO DEL BARCO

PRIMERA EDICIÓN

EDITORIAL SANCHEZ RODRIGO

SERRADILLA (CÁCERES)

1937

ES PROPIEDAD

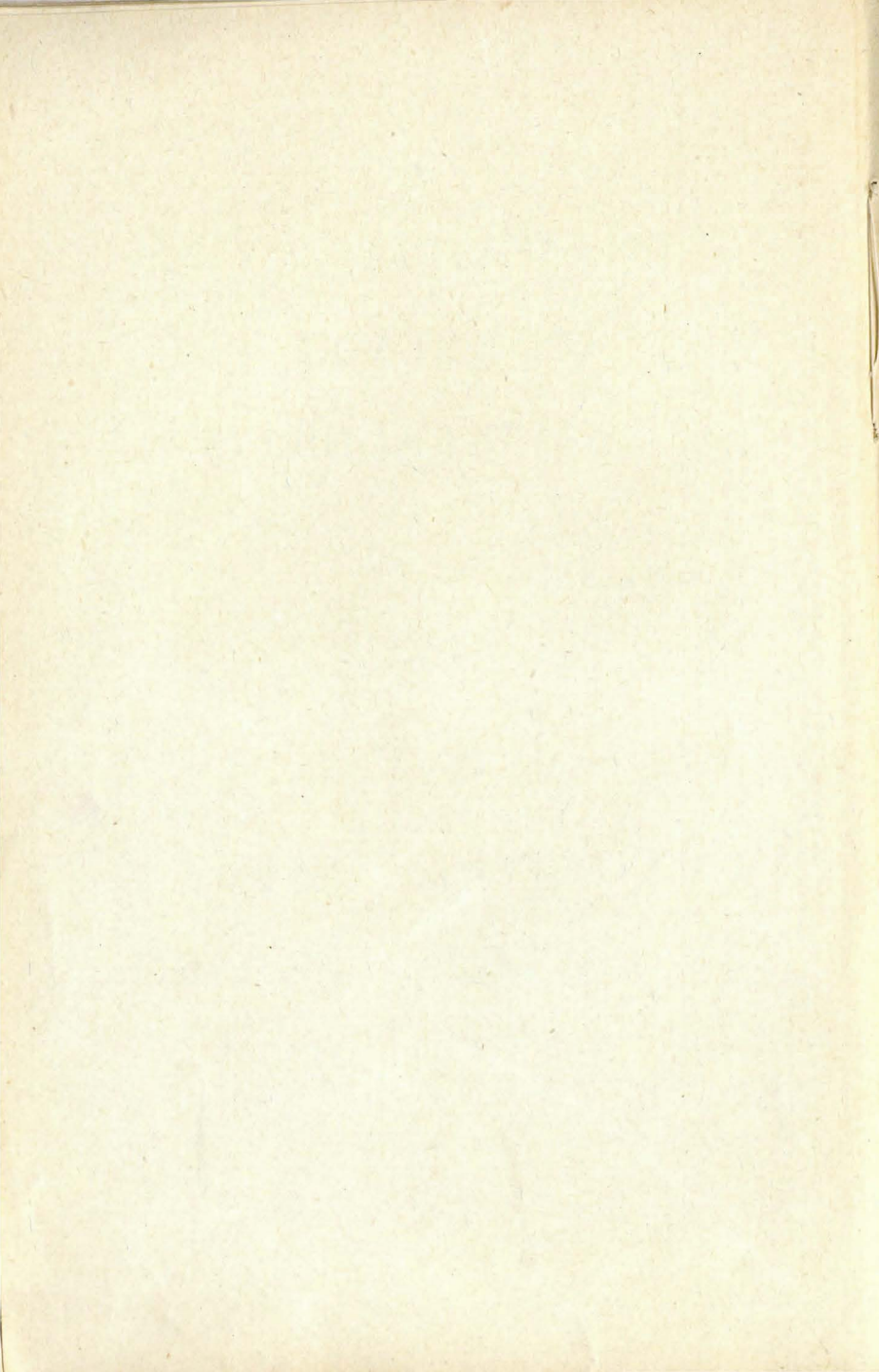
UNA PATRIA

UN ESTADO

UN CAUDILLO

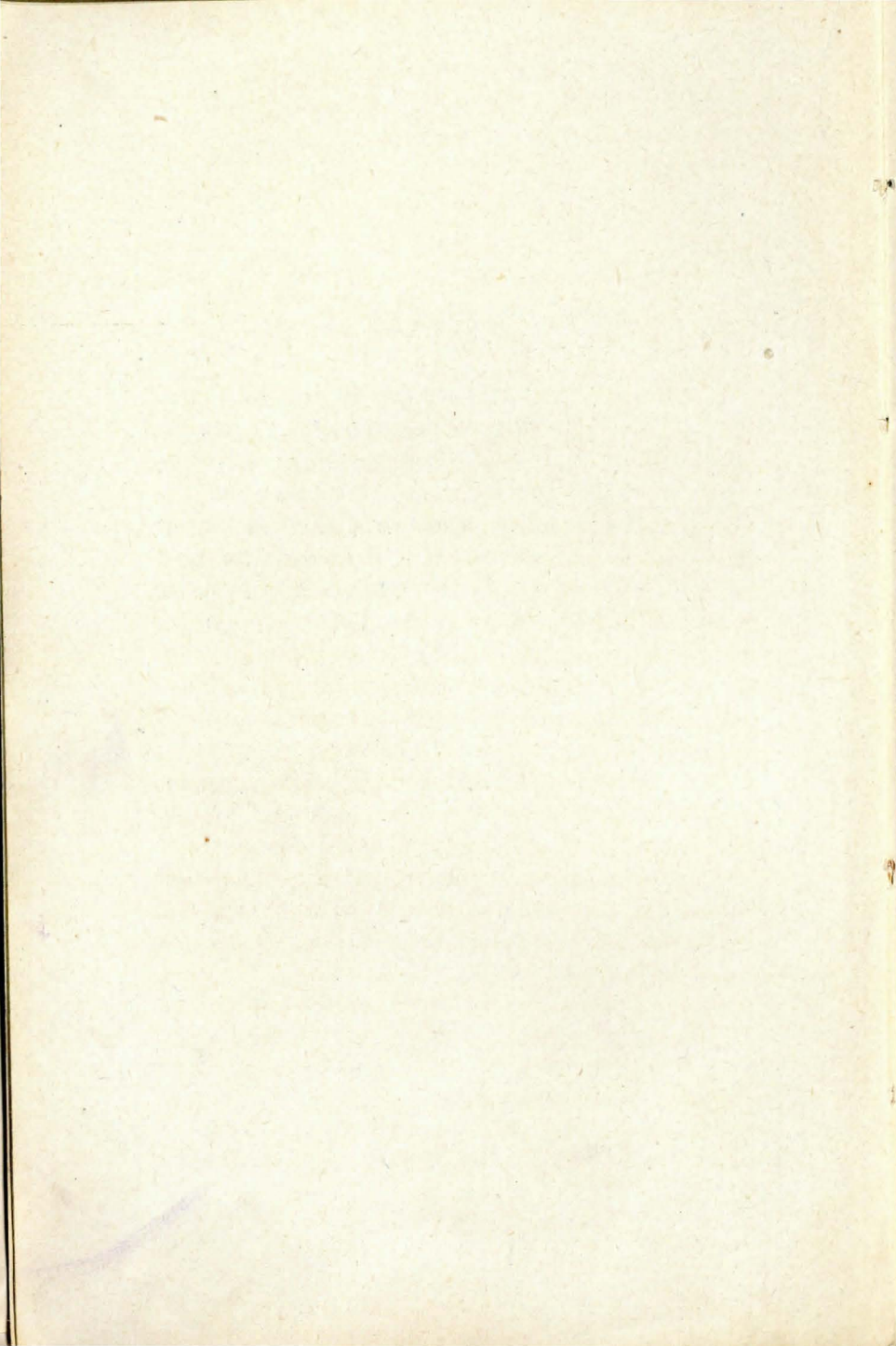
UNA PATRIA: ESPAÑA

UN CAUDILLO: FRANCO



DEDICATORIA

A LOS NIÑOS ESPAÑOLES, FUTU-
ROS CIUDADANOS DE LA ESPAÑA
UNA, GRANDE, LIBRE E IMPERIAL
QUE EN LA HORA PRESENTE ES-
TÁN FORJANDO, BAJO EL SIGNO
LUMINOSO DE LA ESPADA DEL
CAUDILLO, TODOS LOS BUENOS
HIJOS DE LA PATRIA. |||||



PÓRTICO

Y un día, una noche mejor, — la noche del 27 de septiembre de este año glorioso de sangre y de luz— todas las campanas de la ciudad elevaron a las altas estrellas su clamoreo de júbilo, cantando, a compás de sus hermanas de toda la España liberada, un himno radiante de victoria rotunda: se había reconquistado, por España y para España, la imperial Toledo.

Los ojos del mundo habían ido leyendo, cargadas de estupor las pupilas, la heroica gesta que los defensores del Alcázar escribieran día a día, por más de setenta, en la blanca cuartilla de su fe inquebrantable, de su esperanza sublime, de su tesón inaudito. Y brillaron los ojos del mundo, húmedos de emoción y de ternura.

Ahí, en Toledo, frente a los muros de su Alcázar, frente a los pechos de sus defensores gloriosos, perdió definitivamente la guerra el marxismo. Badajoz, Talavera, fueron las brillantes victorias de un ejército que lucha contra otro; pero la que España alcanzó en Toledo fué la victoria brillante de la civili-

zación frente a la barbarie de la humana sociedad, frente a su trágica caricatura... Ante los muros forjados por un Carlos V no podían prevalecer las hordas internacionalistas; y se estrellaron estas huestes asalariadas de Moscú frente a esos muros, exponentes inmutables de la unidad española, necesariamente, fatalmente, inexorablemente. Tenía que ser así, porque no hay fuerza material humana que pueda enfrentarse con los valores espirituales de una raza. Y el Alcázar toledano era eso: la raza española puesta en pie a través de los siglos, pronta a manifestarse una y tajante, eternamente gloriosa, eternamente dominadora.

Por eso las campanas todas se echaron a vuelo, cantando con sus lenguas de bronce, bajo el fulgor de las altas estrellas, el himno radiante de una victoria rotunda. Tan rotunda que con ser definitiva en su aspecto moral, no lo fué menos materialmente considerada.

La defensa del Alcázar de Toledo no puede expresarse ya, desgraciadamente, con palabras. Desgraciadamente. Se ha manchado de tal forma el idioma patrio; a tal punto se han tergiversado los conceptos; se abusó tanto de los vocablos, que éstos han perdido todo su valor. Los adjetivos, en particular, no responden nunca, en el ánimo del lector, a lo que quiso decir quien los puso en las cuartillas. Así cuando queremos hablar de un suceso grandioso, ha de usarse de una fraseología tan arbitraria y tan machacona que no se dice nunca exactamente lo que se quería decir.

Para dar, pues, idea completa de lo que fué el asedio de Toledo y de lo que fué la defensa del Alcázar de Toledo, habría que forjar un vocablo nuevo,

*una frase inédita que encerrase en su sintetismo her-
mético toda la gloriosa epopeya.*

*Imaginaos, encerrados en una fortaleza, un millar
y medio de hombres. Durante días y días — setenta
exactamente — sobre los muros de esa fortaleza,
millares y millares de fieras — hombres sin con-
ciencia, sin dignidad de hombres, — lanzan pro-
yectiles y más proyectiles; granadas rompedoras
que muerden las murallas con sus dientes de acero;
bombas potentísimas que destrozan torres, derrum-
ban techumbres, abaten columnas, abren simas, des-
plomán lienzos enteros de pared, arrancan hierros y
piedras... Y mientras rugen los cañones y la fortale-
za va saltando en pedazos entre nubes de polvo y de
humo y de escombros calcinados, la aviación, siste-
máticamente, tenazmente, arroja sobre aquel caos,
toneladas y toneladas de metralla. Así un día, y
otro, y otro. Setenta. Y el millar de hombres ence-
rrado en la fortaleza, aquel millar de hombres que
el fuego de los hombres sin conciencia diezmó, no
se rinde. Generales marxistas, amigos oficiosos, in-
vitan a los sitiados a la rendición. Y los sitiados,
por toda respuesta, hacen salidas que cuestan bien
caras a los sitiadores. Siguen derrumbándose torre-
tas, cayendo paredes y abatiéndose columnas y mu-
riendo hombres. Y los defensores del Alcázar, no se
rinden. Más. ¡Oh, todavía más! Perforan los mar-
xistas la enorme roca sobre la que la mole del Alcá-
zar se asienta y estalla la primera mina que desplo-
ma con ruido infernal todo un torreón. Y los héroes
contestan a esto subiendo a las ruinas sobre las que
aquéllos pusieron una bandera roja para sustituirla
por la gloriosa bandera bicolor. Otra mina. Y los
héroes siguen su defensa, impasibles, desdeñosos*

para con la Muerte que tan de cerca les ronda, sublimes en su gesto único en la Historia de la humanidad y de la civilización. Atienden solícitos a las mujeres, que en los sótanos rezan y rezan; entierran a sus muertos, consuelan y curan a sus heridos... y siguen su defensa. ¿Sublime? ¿Inaudito? ¿Incomprensible? Buscad, buscad un adjetivo que encierre tanta gloria y tanto heroísmo y tanta grandeza o que explique lo inexplicable.

Hay más. Hay todavía más. Hay que...

Ni el pincel de Velázquez, ni el cincel de Miguel Angel, ni la pluma de Cervantes podrían plasmar en toda su grandiosa majestad el gesto sublimemente inaudito — ¡oh, los adjetivos gastados, los pobres adjetivos mancillados! — del entonces coronel Moscardó. El coronel Moscardó dirigía la defensa del Alcázar de Toledo. Los marxistas habían cogido prisioneros a su esposa y a dos de sus hijos. A ella y al más pequeño les habían encerrado en una iglesia que hacía de manicomio. A todas horas oían, junto al estruendo de los cañonazos disparados contra el Alcázar, los gritos horribles de los pobres dementes aterrorizados. Al mayor de los hijos le llevaron los marxistas a que hablase por teléfono con su padre pidiéndole que se rindiese. Y habló el hijo:

—Me traen aquí para que te diga que si no te rindes me fusilarán.

Al otro lado del hilo se oyó la voz entera del coronel:

—¿Y tú qué opinas, hijo mío?

—Que no te rindas, papá; que me maten pero no te rindas.

—Gracias, hijo — contesta el padre. Y añade:

—Reza y muere como cristiano y como caballero.
¡Viva España!

Y las fieras — hombres sin conciencia y sin dignidad de hombres — sacrificaron a aquel hijo, digno de aquel padre, sin conmovirse, sin entender la magnitud casi divina del proceder de ambos.

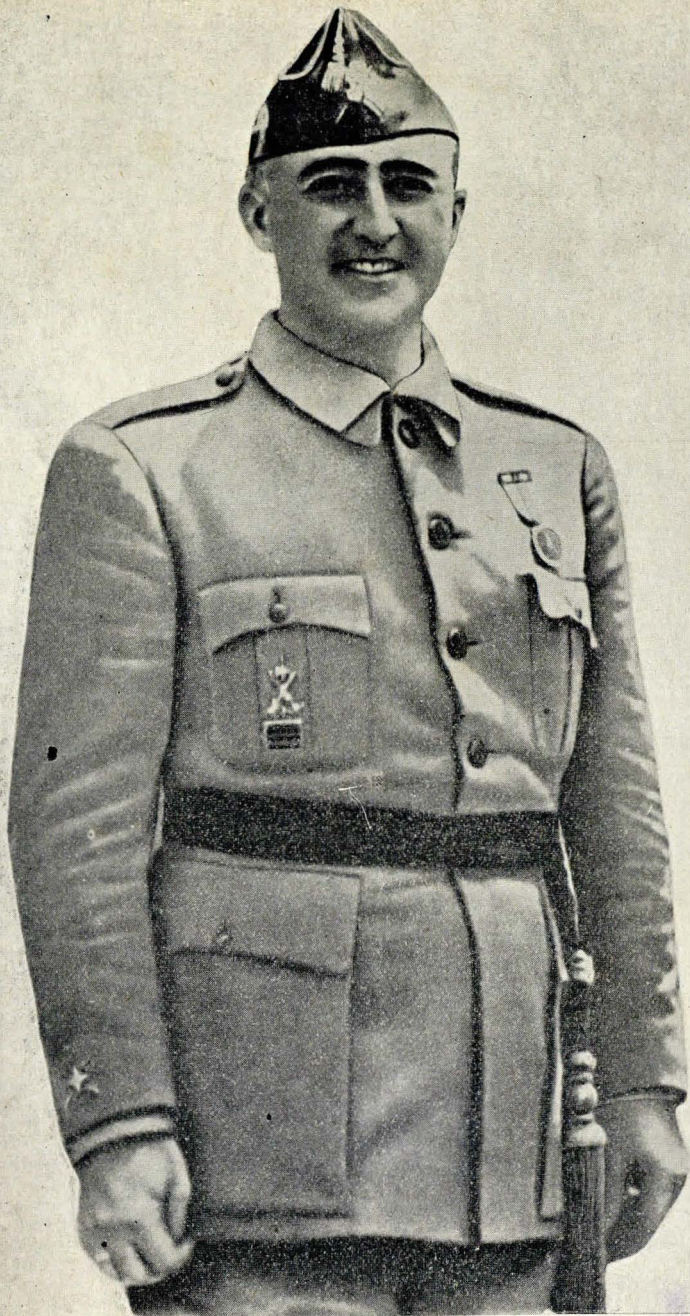
¿Inaudito? ¿Sublime? ¿Heroico?

Buscad, buscad un adjetivo que abarque toda la significación de ese proceder.

Y un día, una noche mejor, de este año glorioso de sangre y de luz, todas las campanas de la España liberada elevaron a las altas estrellas un himno radiante de victoria gloriosa. Las tropas de España habían reconquistado Toledo y habían liberado a los mil veces heroicos defensores del Alcázar.

¿Quién llevó hasta Toledo aquellas tropas? ¿Quiénes expandieron por la nación toda el grito triunfal de ¡viva España!, reconquistando el suelo patrio día tras día, hora tras hora...?

Estos hombres:



EXCMO. SR. D. FRANCISCO FRANCO BAHAMONDE



El Generalísimo Franco, Jefe del Estado Español

ENCARAMADA en la Peña Peregrina, al cielo azul los enhiestos airones de sus torres incontables, amorosamente abrazada por el plateado cinturón del Tormes caudaloso, Salamanca la dorada, Salamanca la sabia, Salamanca madre y maestra, brilla, fulgente, al sol. Por sus amplias calles de oro — ¿de qué piedra te hicieron los hombres, Salamanca dorada? — pulula hoy una multitud bulliciosa, gesticulante, ebria de entusiasmo. No es esta Salamanca vocinglera la Salamanca rescatada, toda austeridad y todo silencio de otrora. Tiene hoy banderas y colgaduras en los balcones, y gallardetes en las fachadas, y franjas nacionales en los escaparates, y guirnaldas de luz en los arcos. La gente pasa y torna a pasar con luz de entusiasmo en los ojos y gorjeo de carcajadas en las gargantas y viveza desacostumbrada en los ademanes.

¿Qué sucede? Nada. No ocurre nada. ¿Qué va a pasar? Que vivimos en un periodo extraordinario; que España, la España auténtica lucha contra el comunismo del mundo entero, y que España — la eterna España de las victorias eternas — vence como siempre. ¿Qué va a suceder? Por eso hay banderas y colgaduras y gallardetes y guirnaldas de luz. Y por eso, sólo por eso, la gente ríe y canta y tiene los ojos húmedos de santa emoción.

Vamos calle de la Rúa abajo. La torre de la Catedral rompe la perspectiva con su sólida esbeltez inconfundible; a la derecha, frente a la plazuela de Anaya, la Universidad clásica abre la misericordia de sus puertas de par en par; a la izquierda, la Facultad de Ciencias, de sobrio corte griego, eleva las columnas de su pórtico clásico.

Cercana suena la música que ataca un aire militar; se replega la gente a las aceras y por en medio de la calle, avanza la tropa. Son los requetés con su banda que vienen del Cuartel general del Generalísimo de hacer el relevo de la Guardia. Pasan. Y cuando los sones marciales de su música es solamente un suave rumor, una salva atronadora de aplausos, el inconfundible griterío de los grandes entusiasmos públicos, llena el aire.

Pausado, sonriente, saludando a uno y otro lado, con la mano derecha a la altura de su gorro militar, el glorioso general Franco, Generalísimo de los Ejércitos españoles y Jefe del Estado, sube las gradas de la Catedral en la que entra bajo palio.

Hay un silencio unánime, grave y solemne en la muchedumbre tan bulliciosa antes; y se destaca ese silencio, más solemne y más grave, en las ligerísimas pausas del órgano caudaloso, cuyas notas, lan-

zadas a las altas bóvedas, se desgranán en el ámbito de las naves amplísimas, cuajadas de gente, como una catarata espléndida de armonía.

Y comienza la Misa.

Alguien a nuestro lado pregunta con voz susurrante:

—¿Adónde irá ahora el Generalísimo?

Quien interroga es un viejecito, cargado de nieve la cabeza, cargadas las pupilas de cansancio.

—Seguramente — contesta una muchacha — al Ayuntamiento.

—¿Al Ayuntamiento?

—Eso han dicho.

—Donde va ahora — tercia un señor grave y orondo, de grandes mostachos enhiestos — es de paseo a la Plaza Mayor.

—¿A la Plaza? ¡Vamos andel! — dice la muchacha parlera.

El señor orondo y grave se atusa el bigote, sonríe con aire de suficiencia y exclama bajando más la voz.

—¡Cuando yo lo digo!...

Y más poseído que nunca de sus frondosos mostachos, atiende a la Misa.

Empero se equivocaron la muchacha parlera y el señor grave.

Concluida la función religiosa, el Generalísimo baja las gradas de la Catedral, cruza la calle y entra en su Cuartel.

Miradle aquí, en su despacho. Sobre la mesa amplísima un mapa; libros, cuartillas, bloks de notas, aparatos tefónicos, planos... El Jefe del Estado se pone a estudiar.

¿No habéis pensado alguna vez en las delicias de ser rey? En los cuentos todos los reyes son felices; todos tienen muchos súbditos fieles; y muchas riquezas, y muchos caballos. Pero en la vida tienen los reyes más preocupaciones que vasallos, y más tristezas que dinero, y más trabajos que corceles fogosos. Sobre el Jefe de un Estado caen todas las alegrías de su nación; pero también todas las amarguras por las que atraviesa su patria. Cuando su pueblo logra una victoria de cualquier índole, las gentes se echan a la calle y cantan y rien festejándola, pero él ha de estudiar, ha de meditar, ha de trabajar mucho para que esa victoria se consolide, para que esa victoria no se malogre.

Cuando en estas mañanas tan crudas os despertéis en vuestras tibias camas y vayáis a reanudar vuestro sueño porque apenas es de día, pensad que ya el Generalísimo está trabajando en su despacho, ante aquel gran mapa, consultando libros y notas en una actividad febril. Cuando a la noche os rinda el sueño y caminéis a vuestra alcoba, acordaos de que todavía el general Franco está recibiendo visitas y dando órdenes y escribiendo partes y redactando notas y oyendo conferencias telefónicas sin haber cenado aún; sin saber a qué hora podrá acostarse, ni si podrá acostarse siquiera.

¡Qué bonito el oficio de Jefe de Estado en los cuentos! ¡Pero en la vida real...!

Considerad ahora atentamente al Generalísimo: apenas traspasó los cuarenta años, apenas tiene grises los aladares y es su mirada viva, y enérgico su ademán, y juvenil su sonrisa. Volvedle a ver dentro de unos años y veréis cómo salieron a su rostro las noches de insomnio, los días de trabajo

ininterrumpido, las hondas preocupaciones de los negocios del Estado, en forma de canas y de arrugas, y de opacidad en la mirada, y de rictus en su sonrisa, y de flojedad en su ademán.

Veréis cómo lo que no hizo la campaña de Marruecos, lo harán en unos años los asuntos del Estado.

¡Las campañas del general Franco en Marruecos! Todavía le vemos erguido sobre su blanco caballo, siempre en primera línea, arengando a sus tropas con su sólo valor indomable, del que dió tan palmaria prueba en Nador y Atlaten que el propio general Sanjurjo llegó a amenazarle con su bastón para que no expusiera la vida con tanta frecuencia.

Ese valor temerario, ese bravo arrojo le hicieron ascender a comandante, a teniente coronel y a coronel por méritos de guerra. Y su enorme preparación militar, su afán de estudio constante, le dieron ya la palma de estrategia admirable, en la ocupación de la playa de Cebadilla en la toma de Alhucemas. Al frente de sus bravos legionarios, los bravos caballeros de la Legión fundada por el heroico Millán Astray, le llegó el ascenso a general de Brigada, y ya general de División fué destinado a la Capitanía general de Baleares en donde hizo un maravilloso estudio de la defensa de aquellas islas.

Al advenir al Poder, en el segundo bienio de la República, don José María Gil Robles, se le dió el mando de la jefatura del Estado Mayor central; y ocupando este puesto estaba cuando ese conglomerado absurdo que se dió en llamar Frente Popular — amalgama de todos los sectarismos, de todas las bajas pasiones — ocupó el Poder. El ilustre general, naturalmente, fué desterrado — pues orden

de destierro era aquel nombramiento — a la Comandancia de Tenerife.

Fué en Tenerife — su dorado destierro como le llamaba el Generalísimo — donde planeó la sublevación que había de salvar a nuestra España. Y es que hasta allá llegaban los dolorosos clamores de la Península bajo la iniciación ya de la política roja que amenazaba devastar nuestra Patria. Dolían aquellos clamores en el alma al general y, en colaboración con otros prestigiosos jefes del Ejército, cuidadosamente, comenzó a preparar la sublevación contra el Gobierno antipatriota e impotente para dar remate al caos que reinaba en España, en donde el comunismo avanzaba a pasos agigantados en su propaganda criminal. Se sucedían las huelgas que paralizaban millares de hombres y millares de obras; se había entronizado el favoritismo de tal manera, que eran inútiles todas las nobles aspiraciones sustentadas en la honradez, en la laboriosidad y en el propio esfuerzo; una región española, de hecho, se había desplazado del Estado central, rompiendo la unidad lograda en tiempos de los Reyes Católicos; otras regiones, alentadas por los rojos agitadores o por políticos malvados o inconscientes, seguían la misma ruta; la Justicia estaba mediatizada por la política; la política más corrompida que nunca; el Ejército, deshecho; la Hacienda, en franca bancarrota; la Religión era un delito, el pistolero un oficio...

Como en el célebre manifiesto que el malogrado general Sanjurjo dirigió al país cuando su sublevación en agosto del 32, podía decirse que... «la fuerza había sustituido al Derecho, la arbitrariedad a la ley, la licencia a la disciplina, la violencia a la auto-

ridad y que la obediencia se había rebajado a la sumisión. Y que por eso, ni los braceros del campo, ni los propietarios de las tierras, ni los patronos, ni los obreros, ni los capitalistas que trabajan, ni los trabajadores ocupados o en huelga forzosa, ni el productor, ni el contribuyente, ni el industrial, ni el empleado, ni el comerciante, ni los militares, ni los eclesiásticos, ni nadie en España sentía la satisfacción interior de una vida pública jurídicamente ordenada.»

Habíamos llegado más, a una mayor desgracia, a un mayor envilecimiento que marcaba la temperatura antipatriótica de nuestros gobernantes y de los que a su lado medraban: ¡No se podía decir ¡Viva España! Ese grito santo se pagaba por el Estado metiendo en la cárcel al que lo profería. O *no viendo* cómo caía asesinado por manos pagadas con dinero moscovita el que tenía el gallardo gesto de lanzarlo.

«En veintisiete días, del 13 de junio al 14 de julio, se habían cometido en España, los siguientes actos de violencia: 10 incendios de iglesias; 9 atropellos y expulsiones de párrocos; 11 robos y confiscaciones; 5 derribos de cruces; 61 muertos; 224 heridos graves; 17 atracos consumados; 32 asaltos e invasiones de fincas; 16 incautaciones y robos; 10 centros asaltados o incendiados; 15 huelgas generales; 129 huelgas parciales; 74 bombas; 58 petardos; 7 botellas de líquidos inflamables lanzados contra personas y cosas; 19 incendios. Esto en veintisiete días.»

Todos cuchicheábamos :

—Esto va mal, muy mal. Esto no puede seguir. El día menos pensado...

Y el día menos pensado, ocurrió lo inaudito :

Fué primero el rumor público y la Prensa luego, quienes nos trajeron la noticia inconcebible: habían asesinado a D. José Calvo Sotelo. Y lo habían asesinado agentes de la Autoridad.

Esto último lo decía el rumor claramente; la Prensa honrada, la Prensa españolista, entre líneas, dejándolo adivinar, amordazada por la censura.

El horrible crimen produjo inmensa consternación en toda España y los dolorosos clamores de la Península, desgarradores gritos ahora de angustia y de indignación, volvieron a herir los oídos del general Franco, que al tener noticia del repugnante asesinato, dijo a su Estado Mayor :

—Desgraciadamente, ya tenemos el mártir nacional. Pronto tendremos las otras cosas que nos hacen falta: el hombre, el himno y la bandera.

Inútil, y peligroso, esperar más tiempo: España, en manos de aquellos hombres que se decían gobernantes, había llegado al borde mismo de la sima en la que se hundiría fatalmente.

—Yo no podía —ha dicho el Generalísimo— llevar a España tanto dolor hasta tener la evidencia de que, de no hacerlo, hubiera venido la ruina de la Patria.

Había llegado la hora de esa ruina. Era precisa una mano enérgica y amorosa que detuviera a España en su caída fatal en la abyección y en la miseria.

Y el día 16 de julio, lanza el Generalísimo su grito de rebelión marchando inmediatamente al lugar desde donde había de dirigir la gloriosa epopeya que ha salvado a España del peligro comunista. A España y al Mundo, porque el comunismo no

alzaba su mano ensangrentada contra España solamente, sino contra toda la civilización occidental, contra la civilización cristiana. Y nuestra Patria, fiel a su historia, fiel a sus altos destinos, ha detenido a la fiera marxista, la cual habrá de replegarse a su guarida o, fatalmente, necesariamente, inexorablemente, habrá de sucumbir, abatida por nuestra España que libra a la Humanidad del infamante vasallaje de la miseria, de la esclavitud y de la barbarie.

Esa ha sido la obra del general Franco, Caudillo de la España gloriosa, una, grande y libre.

El grito libertador del Generalísimo tuvo eco en toda España. Y lo que el Gobierno insensato llamó despectivamente «una militarada que él aplastaría en veinticuatro horas», fué la iniciación de la santa Causa Nacional, consolidada desde el primer momento.

Y desde el primer momento, la actividad del Caudillo fué algo sobrenatural.

Cuando él hablaba de que pronto tendría España el hombre que necesitaba para encauzarse y resurgir, no pensó Franco que ese hombre, precisamente, era él. Su modestia —la modestia que vemos siempre en los corazones nobles, en los leales corazones valientes y henchidos de amor patrio de nuestros heroicos militares— puso una venda en los ojos del Generalísimo y fué la mano del bravo general Mola la que quitó esa venda y fué su voz la voz de la Patria. —El hombre que nuestra España necesita eres tú, Franco— dijo Mola.

Y Franco fué nombrado Generalísimo de los Ejércitos españoles y Jefe del Estado, por acuerdo solemne y unánime de la Junta de Defensa Nacio-

nal, creada en Burgos al iniciarse el movimiento salvador.

El pueblo, con su fina intuición, le había dado ya otro título : CAUDILLO.

Y el pueblo no se equivocaba. Sin una vacilación, sin un tropiezo, sin equivocarse jamás, con la misma exactitud con que se resuelve un problema de ajedrez, movió el Generalísimo su Ejército sobre el tablero de España, logrando siempre, siempre, en el preciso momento fijado, el objetivo que se señaló. En un alarde de estrategia y de táctica, ante los asombrados ojos del Mundo, los soldaditos españoles, dirigidos por su general, arrollaron kilómetros tras kilómetros, a las hordas marxistas en una victoria rotunda, definitiva, inconcebible si no se tratase, precisamente, de soldados de España, mandados por su Caudillo.

Y no es hiperbólico hablar así. Por la Prensa corre una frase de Mussolini dirigida a un italiano que vino a España a ingresar en la Legión. Decía Mussolini :

«Ten presente que vas a luchar con un Ejército que, para igualarle, hay que ser un héroe y para superarle hay que morir.»

¡Soldaditos españoles! ¡Caballeros legionarios, Regulares leales, milicianos patriotas! ¡Serenos, sonrientes, y enérgicos y arrojados como vuestro Caudillo, alentados por vuestro amor a España y por la voz cordial de quien os manda, habéis logrado victorias tan inauditas que la Humanidad, pasmada, las trasladará en letras de oro a sus páginas. Sois, soldados españoles todos, el orgullo de vuestra Patria, la admiración del Mundo, el terror del enemigo que corre desalado ante vuestras bayonetas

justicieras, en las que, inevitablemente, traéis siempre un trozo de España reconquistada para la civilización.

¡Soldado español! Tu España —la eterna España de las glorias eternas— te bendice y te besa en vida. Y en la muerte, soldadito español, cuando cara al cielo caes en tu última donación generosa, te envuelve en su bendita bandera roja y gualda y te cobija en su tibio regazo. Y llora. Y te recuerda siempre ya... Cara al sol, avanzan los soldados de España, infatigables, en busca de la Patria una, grande y libre que los sicarios de Moscú intentaron destruir. **Y** a su frente, erguido sobre el blanco caballo de la victoria, el Caudillo, con su espada de luz, marca, sereno, impávido, sonriente, la ruta gloriosa en cuyo final está la España sublime, heroica, inmortal que comienza a vivir su vida nueva.

Cara al sol de los gloriosos destinos. Cogida a la mano, fuerte y segura, del Caudillo.

El General Mola

VER en estos instantes de febril actividad, en estos gloriosos días en que la España de los destinos santos va reconquistándose, encontrándose a sí misma a través de la turba moscovita que amenazaba someterla al dominio marxista, ver, digo, al general Mola es imposible. Y conste: es este un vocablo desplazado del diccionario militar y del diccionario periodístico. Militar que considera imposible tal empresa, cual objetivo, no es militar; periodista que se presenta en su redacción y dice al jefe que determinado trabajo le es imposible hacerlo, ya sabe: una mirada severa, un gesto de desprecio, la cuenta y por la puerta se va a la calle. Implacablemente.

Pero el general Mola está en campaña; es decir, en todos sitios y en ninguno. Sin embargo hay que encontrarle, no hay más remedio que encontrarle. ¿O va uno a incluir, al cabo de los años, en su diccionario periodístico la palabra imposible? Hay que encontrar al general Mola.

Y se presenta uno en Avila.

En Avila hay, inexorablemente, un señor coronel, o un señor comandante que, a la pretensión del periodista, se le queda mirando con los ojos muy abiertos. Si está sentado ante una mesa el señor comandante o el señor coronel, teclea con los dedos un aire de marcha militar; si no hay mueble a mano silba tenuamente. Y dice luego nada más que ésto :

—¿Ver al general? ¿Dice usted que ver al general? ¿Ahora, en estos momentos?

Hay en el tono una conmiseración tan íntima que se piensa si no estará uno completamente loco. Y se aferra más la mente a esta idea cuando aquel señor, en tono paternal, aconseja :

—Mire usted... Vuélvase a casa y luego, cuando la guerra acabe...

Siempre se endulza la amarga píldora con unas frases amables, un cigarro y unas palmaditas cariñosas. Y unas vagas noticias :

—El general estuvo aquí ayer. Unas horas. Salió para Talavera... Ahora puede estar en Somosierra, o en el Alto del León, o en Salamanca, o en la Casa de Campo. ¿Comprende? Y, claro, resulta imposible...

A este imposible se yergue el periodista; recuerda que en su vocabulario no existe tal palabra. Da las gracias. Media vuelta y de frente: a Talavera, a Somosierra o al fin del mundo.

¿Imposible? ¡Hombre, estaría bueno!

Ya lo dijo Emerson: «Lo único formidable que hay en la vida es una voluntad.» Y Emerson supo lo que dijo.

He aquí ante nuestros ojos al ilustre general.

Alto, delgado, serio. Diríase un hombre adusto si no le traicionara el brillo burlón que anima sus ojos, parapetados tras los cristales de unas gafas de concha y el amplio ademán cordial con que tiende su mano nervuda.

¡Ya está el periodista ante el general ilustre!

Pero...

La palabra imposible vuelve a surgir. El general Mola con su aspecto de hombre terrible tiene la modestia que siempre advertimos en los hombres valientes, de gran corazón. Y él la oculta con esta frase :

—Yo es que soy muy supersticioso. El hablar de mí mismo me da mala suerte. Además...

—Además, mi general...?

—Además que no tiene importancia. Mi vida es una vida lisa, sin relieve.

—¡Mi general!

—Claro que sí, hombre. Cumplir siempre con el deber: he ahí todo...

Es difícil, difícil de vencer esta modestia.

Una anécdota elocuente: Se presenta en Avila, a poco de instalar en esta ciudad silenciosa y recogida su Cuartel general el caudillo heroico, un cameraman italiano. Ya sabéis: un hombre audaz, decidido y lleno de tenacidad que con su pantalón de sport, sus medias, sus zapatones, su pipa siempre apagada y su aparato cinematográfico siempre *encendido*, va al mismo centro de la Tierra, si es preciso, a la busca y captura de un reportaje sensacional. Bien. Nuestro hombre se planta en Avila, se presenta a un ayudante del general, y le dice :

—Mire: vengo a solicitar una *posse* del general

Mola ante mi cámara. Un minuto. Dos vueltas a la manivela, y ya está.

El ayudante que, claro es, conoce muy bien a su Jefe, se rasca la barba, ataca también una marcha sobre el tablero de la mesa y contesta :

—Bueno. Se lo diré... Venga por aquí luego.

Se lo dice, efectivamente, al general. Y el general, se agarra a su frase :

—¿Yo ante una cámara cinematográfica? ¿Pero no sabe usted que no me gusta retratarme, que soy supersticioso...?

El ayudante sabe que es inútil insistir. Y al dar cuenta de la negativa al cameraman, le sugiere un efugio :

—Mire usted: usted se instala con su máquina en la puerta del Cuartel. Y cuando el general salga, sin que él se dé cuenta... ¿Eh?

El plan es formidable; pero...

En todos los planes, por muy formidables que sean hay siempre un pero. No falla.

El general Mola conoce las intenciones del italiano. ¿No va a conocer el general las intenciones de un operador cinematográfico, si conoce al dedillo las intenciones de los rojos? Y como se da cuenta de las intenciones del operador, da la casualidad de que siempre que sale de su Cuartel y el italiano le va a dar a la manivela, el general tiene que decir algo a uno que viene detrás de él, o ha de limpiarse los ojos o se ha de rascar la frente. Total que no hay manera.

Y el italiano, desesperado, agarra un día su aparato y se va de Avila.

Diréis todos: «Bueno; cuando se haya presentado a su Jefe, ya se sabe: la mirada severa, el gesto

despectivo, la cuenta y por la puerta se va a la calle.»

Nada de eso. Se trata — a su manera, claro — de un periodista. Y, además, italiano.

Quiero decir que un día que le encuentro en Salamanca me conduelo de su fracaso. Se ríe. Da dos chupetones a su pipa apagada, y me enseña trescientos metros de película en los que, rodeado de su Estado Mayor, el general Mola charla y ríe.

¿Cómo se las compuso? ¡Ah! Entre periodistas existe el secreto profesional. Y, aunque parezca mentira, la discreción.

La característica del general Mola es su voluntad inflexible. Esta, unida a su recio patriotismo, se puso de manifiesto cuando, en vísperas de iniciarse el movimiento, se le hicieron sugerencias para que desistiese de aquél, pintándole con tintas sombrías el enorme fracaso que iba a suponer la sublevación. Voces agoreras, trágicas voces de negro pesimismo, de miedo, o de prudencia acosaron al general que, sereno, impávido, siguió su camino recto con paso firme y seguro. Y con fe. Con una fe entrañable en los destinos de España y en los hombres de España.

El general Mola sabía perfectamente que algunos de los elementos comprometidos fallarían, llegado el instante preciso; pero sabía también que contaba con esa masa media, acobardada siempre — víctima eterna de las presiones de los extremos — que ahora se echaría a la calle en un anhelo sublime de liberación.

(Es esta una de las eternas sorpresas de la vida. Esa masa media fué siempre incapaz de alzar un grito de rebelión encaminado a mejorar la propia fortuna. Y esa masa media, tan callada y tan sufri-

da para con sus eternos rigores, se lanzó a la calle ebria de entusiasmo, de ardor combativo, de patriótico fervor cuando peligraba la Patria).

Y fueron inútiles las sugerencias, las advertencias, las amenazas: la voluntad férrea, inflexible, recta y pujante del general, se impuso. Y en Pamplona, en el corazón de Navarra fiel y tradicional, dió D. Emilio Mola un grito libertador, eco exacto del que dos días antes había dado el Caudillo en Canarias.

¡La voluntad del general Mola, la fe del general Mola! Una y otra le hicieron vencer siempre. Y es que, siempre, el camino seguido por aquella voluntad y aquella fe, fué camino llano limpio de abrojos, de obstáculos y de simas, por los impetuosos rodillos de la razón y de la justicia.

Agonizaba la Monarquía española. Conspiraciones, algaradas, motines. El general Mola fué nombrado Director General de Seguridad. Y su voluntad férrea, aquella su inflexible voluntad, se impuso. El orden fué restablecido.

Y los amigos del desorden, cuando llegó su hora, tomaron revancha. Se encarceló al general, se le despojó de su carrera brillante, ganada, grado a grado, en tierras africanas a costa de sacrificios, de heroísmo, de arrojo y de jirones de carne; se le injurió, intentó humillársele. Pero sin contar con su voluntad y con su fe.

Cara a la vida, retándola, desafiante y enérgico, firme y tenaz, inflexible y recto, el general Mola, paso a paso, sereno siempre, sin perder ni un momento solo su ecuanimidad tan ponderada, rehizo todo el edificio de su acrisolada honradez, de su conducta intachable, de su honesto vivir. Sin una claudicación, sin adulaciones, sin escudos ni ajenas

defensas: con sólo el caudal inagotable de su existencia blanca y clara, apoyada en su voluntad de hierro, en su fe entrañable.

¡La voluntad, la fe del general Mola! ¿Cuántos hombres hubieran fracasado aprehendidos por el desaliento, en la obra magna de ir oponiendo razones precisas y hechos notorios a los ladridos de una jauría sedienta de honras en quien hundir su boca-za ávida? ¿Cuántos náufragos se hubieran mantenido a flote en aquel mal embravecido por los aires tormentosos de tanta envidia y tanta mordacidad y tanta calumnia y tanta mentira?

Y después, cuando reconquistado su prestigio intachable, se va a lanzar a la aventura gloriosa de salvar a la Patria, vuelven a imponerse su fe y su voluntad. Y desoye los consejos del miedo, de la torpe prudencia y de la insidia. Sereno, impávido, va a dar el primer paso por la senda profundamente meditada, estudiada al detalle, sin un desmayo, sin una vacilación, sin rectificar una sola vez. Trazada la senda hay que ir por ella. Está todo previsto, todo resuelto de antemano, todo profundamente estudiado; pero es la empresa tan magna, tantos valores hay en juego, que la desidia de alguno, el miedo, la prudencia o la torpe reflexión, puede hacerla fracasar. ¡Adelante, sin embargo! El general Mola tiene fe. Y el general Mola lanza a los aires navarros, a los españoles aires su grito de guerra: ¡Viva España!

Los hombres del gobierno de Madrid seguían sin conocer a Mola. Y uno de ellos, llamó al general por teléfono. ¡A pedirle que no se pronunciase! ¡A pedir a Mola que dejase su intento de salvar a España porque ellos — ellos — la salvarían! ¡Ellos! ¡Los del Frente popular, vendido al comunismo, a

la anarquía, decir que van a salvar a España! Como si a ellos les importase nada que no sea egoísmo, su vanidad y su codicia.

Hablaron al general de la constitución de un gobierno que restableciese la paz social, de garantizar el orden, de organizar la vida de los españoles. Todo con palabras melosas, con dulces palabras de fingido patriotismo, con frases de calurosa cordialidad..

Y otra vez se impone la voluntad de Mola, que da, de paso, una lección de decencia y de nobleza a su interlocutor...

—No señor... Ni ustedes son capaces de salvar a España, ni yo puedo estar de acuerdo con ustedes. ¿Cómo vamos a ponernos de acuerdo? Eso sería no cumplir lo que unos y otros hemos ofrecido a los hombres que nos siguen. Sé que la guerra será larga y cruenta; pero he de cumplir con mi deber. Y mi deber es librar a España de la tiranía roja.

Lanza el general Mola a los aires navarros, a los españoles aires su grito de guerra. Y a la clamorosa voz de ¡viva España!, Navarra, Castilla, Asturias, Aragón, Extremadura, Galicia, Andalucía se ponen en pie frente al enemigo y es el avance de las tropas nacionales una victoria briosa y continua.

La senda estudiada concienzudamente por el heroico general y sus compañeros de rebelión santa, se sigue implacablemente: sin un paso atrás, sin una duda.

Y si alguien apunta la sospecha ligerísima de un revés, la voluntad del general y su fe entrañable se yerguen altivas, serenas, graves, definitivas :

—¡Imposible! Venceremos. Pase lo que pase. Cuanto mayor sea la resistencia del enemigo, mayor será la victoria. ¡Venceremos!

Se infiltra la confianza en el ánimo más apocado y se da una vez más el caso de que la voluntad, la firmeza de un hombre prendan en la colectividad circundante de forma tan absoluta que cada hombre es un héroe, cada brazo una espada, cada pecho un altar.

¡Oh, si todos los hombres comprometidos en el movimiento redentor de España hubieran tenido la fe y la voluntad del general Mola, en el momento preciso de dar el primer paso en la senda de la aventura gloriosa!

Pero fallaron jefes y, lo que es más lamentable, algunos regimientos sublevados, unidos al movimiento salvador de España, fueron desarmados, deshechos por la furia roja. Suplió, sin embargo estas defecciones el entusiasmo de la población civil que desde el primer momento tuvo absoluta confianza en sus dirigentes militares y, por tanto en el triunfo definitivo.

—¡Mi general — decía un ayudante a Mola — el pueblo ha colgado sus balcones con los colores rojo y gualda!

—¡Dejadlos! Hacen bien. «Es la bandera española: es la que adoptan los que van a dar su sangre en el frente. Sí, sí. Permitidlo. El enemigo no lleva bandera ninguna, exhibe un pingó rojo.»

¡El carácter de acero del general Mola, su inflexible conciencia de militar y de patriota! En un libro recientemente publicado se ponen de manifiesto claramente.

Se había sublevado también el general de Logroño. Una sublevación rara, pequeña, temerosa, pues que se limitó sólo a proclamar el estado de guerra sin añadir a este acto trascendental las lógicas me-

didadas de previsión a él anejas: destitución de autoridades desafectas, encarcelamiento de gente rebelde, vigilancia de los sospechosos; medidas elementales todas de seguridad y de garantía.

Los sindicalistas seguían, pues, dueños de la población, en un motín continuado, en una algarada ininterrumpida. El general Mola tuvo que intervenir, ordenando que el general excesivamente prudente, fuera detenido.

Y al despacho de Mola, en Pamplona, vino desde Logroño el jefe militar que con tan tibio patriotismo hizo como que se unía al movimiento. Vino alegremente, confiadamente. Y se encontró con el carácter de acero del general heroico. Con su voluntad inflexible.

Rígido, cuadrado militarmente, recibió Mola al general. Y cuando éste, en su despreocupación inconcebible tendió la mano a aquél, Mola, frío, acorado el mirar, duro el gesto, dijo enérgicamente:

—¡Yo no doy mi mano a los traidores! — Y añadió, dirigiéndose a uno de sus ayudantes: — Coronel, que lleven a este hombre a Prisiones.

El sindicalismo logroñés fué aplastado inmediatamente por el temerario arrojo de los *Requetés* navarros que recibieron en aquel combate su bautismo de sangre.

A partir de aquella victoria sobre los logroñeses rojos, las huestes de Mola comenzaron a caminar, guiadas por la voluntad y por la fe de su jefe, por la senda de luz y de gloria que marcó, con ademán enérgico, la espada áurea del Caudillo. Sin una vacilación, sin un paso atrás. Hacia la realidad sublime de una nueva España grande, una y libre.

El General Cabanellas

UN criado nos trajo la respuesta a un gabinete del domicilio particular del general invicto donde esperábamos.

—El general le recibirá en Capitanía. Que le aguarde allá, en el despacho de los ayudantes.

Cariacontecidos salimos lentamente del Gobierno civil. Precisamente habíamos ido al domicilio del Inspector del Ejército para entrevistarle en la placidez del hogar, lejos de la balumba de los centros oficiales llenos de idas y venidas, de visitas, de llamadas telefónicas, de febriles actividades, incompatibles todas con la tranquilidad que nosotros pensábamos tener en este reportaje. Teníamos, además, una espera interminable. En la escala de los quehaceres que pesan sobre el general Cabanellas, éste de recibirnos tendría que ocupar un lugar muy secundario.

Cruzamos, pues, muy despacito, dejando correr bien el tiempo, la burgalesa plaza, tristonía y gris en

esta mañana de fría niebla. En los escaparates de un comercio fusiles, pistolas y otras armas cogidas a los rojos en el frente de Villarreal. Todas tienen grabados la hoz y el martillo soviéticos que, por cierto, también ensuciaron los venerables muros de la Catedral maravillosa. Enfilamos la calle de Láin Calvo. Al final, el soberbio edificio de Capitanía en el que, según nuestros medios, esperaremos Dios sabe el tiempo...

Y, en efecto: apenas hemos concluido de saludar a los ayudantes de Cabanellas, cuando uno de ellos nos advierte:

—El general le está esperando.

«In mente», enviamos al diablo las rojas armas cuya contemplación nos llevó tanto tiempo y nuestra parsimonia estudiada. Y entramos en el despacho.

Nos acoge el general ilustre cordialmente. Y con sencillez, con llaneza, con familiaridad paternal va narrándonos su gestión en el glorioso movimiento. Complementan el relato sus gestos expresivos, sus vivos ademanes y la mirada de sus ojos perdidos en la maraña de las cejas hirsutas. De vez en cuando, maquinalmente, la mano diestra del general atusa la gran barba blanca que encuadra su rostro curtido por todos los soles africanos.

—¿Cuándo comenzó su carrera, mi general — le habíamos preguntado.

Sonríe al contestar:

—¡Hombre, es difícil acordarse así de pronto...! ¡Pasaron ya tantos años! Verá usted: yo nací el ochocientos setenta y dos e ingresé en la Academia de Caballería a los diez y seis años, o sea el ocho-

cientos ochenta y ocho. ¡Ayer mañana, como usted ve!

—¿Y ya oficial...?

—A la guerra, claro. Para eso había estudiado esta carrera.

—¿Tuvo muchos ascensos por méritos de guerra, mi general?

Vacila un poco antes de responder. Da dos chupetones al cigarro y contesta al fin:

—Sí, algunos... Hasta alcanzar el grado de coronel, todos...

Y lo dice así, tranquilamente, sobriamente, sin darle importancia, como si hablase de un asunto baladí, como si el ofrendar en el campo de batalla la propia vida mil veces, careciera, en absoluto, de valor. Incluso un poquitín cohibido, escudando esta auténtica modestia en la nube de humo que produjeron los dos furiosos chupetones al cigarro. >

Y como se lo decimos, nos responde francamente admirado:

—¡Pero es que eso no tiene importancia, hijo! Cumplir con el deber: eso es todo...

Se siente uno entonces un poco avergonzado: en el parangón de estas vidas próceres, ofrendadas siempre en el altar de la Patria, con fervor creciente, con humildad infinita, con amor sublime, y las pobres vidas cotidianas de los movidos un día y otro por pequeños afanes egoistas, se resulta tan insignificante que piensa uno, un poco ruborizado, si no ha sido toda su existencia una procesión interminable de días grises, y acaso estériles, sin relieve y sin objeto. Es esta la misma impresión de vacío, de inutilidad y de ese trágico cansancio de no ser nada grande, que saca el periodista de la charla

con un Torres Quevedo, con un Cajal, con un Benavente. Y la misma ansia de crear algo imperecedero se estrella luego en el choque brutal con la procesión interminable de los eternos días grises, sin objeto y sin relieve.

Empero, no es esta la ocasión de divagaciones. Y seguimos nuestras preguntas.

Al iniciarse el glorioso movimiento nacional, mandaba don Miguel Cabanellas la Quinta división —Zaragoza—, cargo que pasó a ocupar a su cese en la Dirección general de la Guardia civil. Y cuando preguntamos si había él solicitado tal cese, responde rápido:

—¡Ca, no señor! Yo me encontraba muy a gusto en esa Dirección; pero al Gobierno le interesaba que, al celebrarse las elecciones de febrero, no estuviese yo en tal cargo. La razón — agrega — es muy sencilla: el general Cabanellas al frente de la Guardia civil no hubiese consentido jamás, bajo ningún pretexto, los desmanes y las tropelías que se cometieron.

¡Jamás! ¡Bajo ningún pretexto! Han restallado las cuatro palabras henchidas de viril energía, rubricada por el ademán terminante de las manos crispadas, en el despacho severo lleno de luz.

—¿Qué consecuencias tuvo en Zaragoza el triunfo del llamado Frente popular? — interrogamos.

—Con respecto al orden público, ninguna — responde. Y añade enseguida: — Tengo la satisfacción de poder decir que en toda la División no se produjo la menor alteración del orden. Ni se quemó una iglesia, ni toleré manifestación alguna, frustrando en flor cuantos intentos se hicieron para libertar a los presos.

—¿La preparación del movimiento militar, fué simultánea al triunfo electorio de las izquierdas? —inquirimos.

—El triunfo del Frente popular nos trajo inmediatamente la evidencia de la inauguración de una etapa de atropellos, de vejámenes y de desconcierto. Así fué. España comenzó a precipitarse en el abismo marxista, y nosotros, como siempre, acudimos a salvarla.

—Personalmente, ¿encontró muchas dificultades para el desempeño de su cometido, mi general?

—Muchas. Un dato: yo, con quien más en contacto estaba era con el general Mola. Nos servíamos de enlaces. Pero se nos vigilaba tan estrechamente que concluimos por tener que escribirnos por medio de dos señoritas, una de Zaragoza y otra de Pamplona.

—¿Y por carta ultimaron los detalles todos de la sublevación?

Sonriendo, rechaza el supuesto con la voz y el ademán:

—¡Oh, no! Imprescindiblemente, habíamos de hablar muchas veces. Entonces —continúa— recurríamos a mil ardides. Una vez, por ejemplo, quedamos Mola y yo citados en un pueblecito de Navarra. Era domingo. Yo, para despistar, estuve en los toros con el Gobernador civil, quedando citado con él para por la noche en el teatro. En cuanto salí de la plaza, en mi automóvil, a una velocidad fantástica, recorrí la enorme distancia que separa Zaragoza del lugar en que el general y yo quedamos citados. La entrevista la celebramos dentro del coche, mientras nuestros ayudantes vigilaban simulando una avería en el motor. Terminada la conferencia otra vez a Zara-

goza para llegar a tiempo al teatro y que el gobernador no pudiese sospechar nada. Y fué el propio gobernador quien, asegurando que yo estuve con él, por la tarde en los toros y por la noche en el teatro, quitó vigor a la confidencia que había tenido el Gobierno.

Hay que forzar un poquitín la charla. El tiempo avanza y cada minuto que pasa es un minuto robado al general en estos días de febril actividad. Además fuera, en el antedespacho, esperan numerosas visitas que no pusieron muy buena cara al vernos entrar los primeros en el despacho de Cabanellas, sin sospechar que habíamos *madrugado* más que ellos. Uno de los ayudantes, portador de varios telegramas pone una pausa en la charla. Reanudada ésta, preguntamos :

—¿Cómo se produjo el movimiento en Zaragoza?

—En cuanto se tuvo noticia del levantamiento de Marruecos, la oficialidad se acuarteló voluntariamente. Sabíamos, claro es, que se estaba armando a las organizaciones marxistas y todo se redujo a adelantarnos, apoderándonos de los Centros oficiales.

Recordamos que pocos días antes de la sublevación nacional, había estado el ilustre general Cabanellas en Madrid. Y a nuestra pregunta, nos lo confirma :

—Cierto. Fui llamado por el ministro de la Guerra. El Gobierno conocía al detalle nuestro proyecto. Intenté convencerles de que la División de mi mando no se sublevaría... Me creyeron o no; mas es el caso que no se llegó a firmar la destitución de Mola y la mía que estaban preparadas.

—¿Y no volvió el Gobierno a molestarle?

—Sí, en cuanto el levantamiento fué un hecho me llamó de nuevo el ministro; me daba palabra de dejarme volver a Zaragoza aquella misma noche.

—¿Y fué...?

Se echa a reir. Nos ofrece un nuevo cigarrillo y responde :

—No, de ninguna manera. La maniobra estaba demasiado clara. Y más inmediata de lo que todos creíamos: apenas concluía yo de manifestar mi decisión de no moverme de Zaragoza, cuando un ayudante me trajo la noticia de que acababa de aterrizar un aeroplano en el que venía el general Núñez de Prado.

—El sustituto, ¿no, mi general?

—Exacto. Traía consigo el nombramiento de inspector de la División, cargo que ostentaba mi hermano Virgilio. Es decir — agrega — que de haber yo obedecido y marchado a Madrid, Núñez de Prado habría asumido el mando, y el movimiento en Zaragoza hubiese sido más difícil. Pero les falló la combinación: ellos tuvieron un general y un avión menos y Aragón, barrera entre Castilla y Cataluña, era nuestro.

La misma tranquilidad que hay en la voz de Cabanellas, crispera nuestra piel. Es decir—pensamos— que si el general atiende al ministro y va a Madrid...

La pregunta surge, lógica :

—Mi general: si hubiese atendido la indicación del ministro de la Guerra y hubiera ido a conferenciar con él...

—El resultado — nos interrumpe rápido — habría sido idéntico para la causa nacional. Yo, personalmente, lo hubiera pasado medianamente porque no cabe duda de que no hubiera vuelto; pero estaban

en Zaragoza los acontecimientos muy precipitados para que el Gobierno pudiera haberse apuntado ese tanto a su favor...

El general ilustre se pone en pie. Ha concluido la entrevista. Nos tiende la mano en amplio ademán cordial y rubricamos nosotros el apretón enérgico con la frase de rigor que, ahora, ante la prócer figura de este recio soldado de España, tiene un hondo sentido de espontaneidad, de sincero deseo :

—¡A sus órdenes, mi general!

Salimos de Capitanía. Sobre ella ondea la santa bandera nacional que, otra vez, — ahora en la paz de la gótica ciudad castellana — cobija bajo su latir suave de seda al ilustre general español que en tantas ocasiones luchó a la sombra de sus brillantes colores.

El General Queipo de Llano

— ¡**Q**UE son las diez y veinte!
— ¡Corta ya eso!
— ¡Pon Sevilla!
— ¡Quita esa lata!

Todas las noches, a las diez y media, se oyen, en torno al aparato de radio, las mismas frases. Ya puede estar un amante de la música oyendo la más inspirada composición, o la niña de la casa deleitándose con una charla acerca de la moda, o el grave papá escuchando las cotizaciones de Bolsa. Es igual. A las diez y media en punto, inevitablemente, inexorablemente, todos los aparatos de radio buscan la onda de Sevilla.

Alrededor de esa hora daba una estación noticias de individuos residentes en Madrid. Todo el mundo estaba, durante el día, agitado y nervioso, pensando en la suerte que hubieran podido correr en la capital de España sus familiares, y, si hubiera estado en su mano, habría adelantado el correr de la vida con tal de que llegasen pronto las diez de la

noche para ponerse a la escucha por si pudiera repararle la fortuna la dicha de oír su nombre junto a la frase sacramental: «Sus familiares en Madrid se encuentran bien». Bueno. Pues todo el mundo, llegadas las diez y media, ponía la onda de Sevilla y dejaba «para la segunda lectura» de las doce o la una su afán, su vehemencia y su nerviosismo. ¡Había que oír, sobre todo, la charla de Queipo de Llano!

¡Y había que oír los comentarios de los escuchas cuando la voz del general llegaba difusa y en trozos ininteligibles por las interferencias de alguna emisora roja! ¡Señor, si hasta los más sesudos varones metían los puños por el aparato receptor y gritaban denuestos a los que no podían oírle!

Se buscaba entonces, afanosamente, otra estación que retransmitiese la charla inaudible. El aparato, al saltar de una a otra onda, lanzaba desgarradores gemidos como si también insultase iracundo a los interferentes. Y después se volvía de nuevo «a coger Sevilla, a ver si ahora se oía mejor». ¡Y si no se oía mejor, Dios santo!

—¡Si no la hubieras quitado!

—¡Claro, has estado media hora enredando!

—¡Siempre te ha de ocurrir lo mismo, hombre!

—¡Pero callarse!

(Con todo respeto mi general: es muy sensible; pero es cierto: tiene V. E. la culpa de innumerables broncas. Broncas horribles entre esposos, entre hermanos, entre amigos, entre padres e hijos, incapaces todos de levantar la voz por la más grande contrariedad del mundo).

Sin embargo, cuando se oía bien la charla. ¡Qué caras de regocijo! ¡Qué gestos tan expresivos! ¡Qué

carcajadas...! ¡Y qué emoción en los rostros cuando la voz simpática del general se nublaba por la pena, por la indignación o por la rabia, al dar cuenta de alguna hazaña inhumana perpetrada por las hordas marxistas!

La charla diaria del general Queipo de Llano era, en los primeros días sobre todo, de esta santa cruzada, una inyección de optimismo, de energía y de aliento. ¡Y estaba entonces Queipo de Llano aislado en Sevilla con un puñado de valientes, bajo la amenaza de los mineros de Riotinto, de los marxistas extremeños, literalmente rodeado de enemigos, sin contacto alguno con las gloriosas tropas sublevadas en otros puntos de España!

Había de venir el socorro de allende el Estrecho. Y la marinería, asesinando a la oficialidad de los barcos, hacía imposible el transporte de las tropas. El gallardo general, no obstante, daba su diaria charla optimista, salpicada de anécdotas graciosas, plena de ironía, de humorismo y de gracia.

Cuando ahora meditamos serenamente en la iniciación del glorioso movimiento salvador, prende en nuestra alma una admiración inmensa hacia los hombres que lo dirigen. ¿Son hombres de nuestro tiempo realmente? ¿No son, acaso, héroes arrancados de las gloriosas páginas de la Historia patria y trasplantados a nuestros días? ¡Guzmán el Bueno, el Gran Capitán, el Cid, Pelayo! ¿Pero es que estos Franco, Mola, Queipo de Llano, Moscardó no son aquellos mismos reencarnados al soplo de un ardiente patriotismo, puestos en pie cuando el grito angustioso de la Patria llegó a sus tumbas?

Leed, leed la Historia. Mirad luego a vuestro alrededor. Y decid si Numancia no resucitó en el

Alcázar de Toledo, y Guzmán el Bueno en Moscardó y Pelayo en Franco y el Cid en Mola y el Gran Capitán en Queipo de Llano. Y en Yagüe. Y en Varela. Y en Aranda... ¡En tantos...!

¡España en pie! Pero la España eterna, la invencible España, la España gloriosa de los gloriosos destinos, la cristiana, la austera, la noble, la hidalga, la heroica España de nuestros mayores.

¿Y contra esta España venía alegremente, confiadamente, la horda marxista? ¡El internacionalismo! Hay que ser pedantes y cretinos y estúpidos para suponer que contra el aliento de una raza sublime que se apresta a la defensa heroica, se puede luchar.

Tiembla la voz del general Queipo de Llano henchida de santo patriotismo, repitiéndolo uno y otro día:

—¡Somos España! ¡España! ¿Entendéis? Y contra España no podéis vosotros luchar, estúpidos. La derrota de ayer os lo demuestra. Y la de anteayer. Y la de siempre.

¡La de siempre! Llegaron las tropas marroquíes a Sevilla. En avión. Veinticinco soldados — Tercio y Regulares — en cada trimotor. Y comenzó, en la ciudad luminosa de la Giralda, la reconquista. Cada lucha, una victoria. Cada victoria, un avance. Corrió la gloriosa bandera bicolor, cobijando bajo sus pliegues a los infatigables soldados de España, kilómetros y kilómetros, arrollando pujante a su paso a los pedantes, a los cretinos, a los estúpidos que querían luchar contra una raza de héroes puesta en pie.

Cada noche nuestros oídos, ávidos, atrapaban la noticia de una nueva victoria; una nueva faceta, mejor, de la victoria continuada. Y comentaba siem-

pre la noticia la voz vibrante, viril, plena de patriótico orgullo del general Queipo de Llano :

—¿Os convencéis, marxistas del diablo? ¿Véis como es inútil luchar contra España, contra nuestra España? ¿Visteis la paliza de hoy? Bueno; pues la de mañana será mayor.

Y, efectivamente, al siguiente día daban cuenta los partes oficiales de otra tremenda derrota de los rojos.

Kilómetro tras kilómetro, voló en alas de su propio entusiasmo, de su entusiasmo delirante, la España de los gloriosos destinos, derrotando al marxismo internacional en una reconquista heroica, sublime, incomprensible.

Y en su avance inaudito la acompañaba su propia voz glosada por la voz vibrante del general Queipo de Llano, el gran señor de la Bética como le bautizó un cronista andaluz.

Las tropas de las castellanas Covadongas se unieron a los soldados que en la Covadonga sevillana comenzaron la reconquista.

Tremoló aquella noche la voz del general, henchida de emoción y de entusiasmo.

—¡Ya se estableció el contacto de nuestras tropas, rojillos cobardes! ¿No os da vergüenza? ¿Y sois vosotros los que pretendéis vencernos? ¡Gallinas! Y ahora, fijaos bien, ahora vamos a Toledo, a liberar a la Imperial Toledo de vuestras patas inmundas y a los heroicos defensores de su Alcázar. ¿Lo oís bien?

Y, efectivamente; se reconquistó Toledo y los defensores de su Alcázar fueron libertados del cobarde cerco que a su gallardía sublime habían puesto los marxistas.

Fué la noche en que todas las campanas de la España liberada se echaron a vuelo. Y la noche en que la charla del general se oyó más recogidamente, más silenciosamente, como a un oráculo.

¡Las charlas del general Queipo de Llano! «Lec-ciones de Fe, de Confianza y Seguridad optimista en el triunfo final» las llamó un periodista; recordando las charlas aquellas de los primeros veinte días.

Queipo de Llano lo sabía; conocía al detalle la trágica amenaza que se cernía, bárbara y asoladora, sobre la España de los sublimes destinos y, sin embargo, fué su voz enérgica, plena de colorido, de agudezas y de frases chispeantes la que mantuvo levantada la moral española que vino a confirmar luego todos los augurios que sobre ella se hicieron.

Tras esas charlas, escudadas en su ironía y en su gracejo, estaban las hondas preocupaciones del general y su labor callada y enérgica tan llena de heroísmo. ¡Aquella defensa de Sevilla, rodeada de enemigos, trágicamente amenazada por los de la anti-Patria! ¡La conquista de la cuenca minera de Riotinto! ¡Los avances gallardos por las sevillanas tierras, por las tierras cordobesas tan prósperas, tan ubérrimas, a las que amenazaban devastar la furia roja!

Avances diarios, continuados, que nos traían con la alegría de la liberación de un trozo de España, la amargura de los desmanes cometidos por los marxistas antes de emprender la diaria huída vergonzosa ante nuestras tropas; niños asesinados cruelmente, ancianos mutilados, mujeres ultrajadas, sacerdotes quemados vivos, personas de orden muertas a cuchilladas o a golpes, iglesias destruí-

das, después de profanarlas, imágenes deshechas, casas incendiadas, campos asolados... Toda la gama de la furia roja que, en su impotencia para luchar contra nuestro Ejército, se ensañaba en seres indefensos y en todo cuanto pudiera significar riqueza, arte, orden y progreso.

¡Cómo temblaba de pena y de rabia la voz del general cuando daba cuenta de tales monstruosidades! Se llenaba el aire de aquella voz vibrante y prendía en todos los corazones el horror de tanta crueldad, de tanta vesania, de tanto desenfreno, de tanta barbarie.

¡Y eran ellos, ellos mismos, quienes, cada día, desde sus emisoras, hablaban de su amor a la humanidad, a la cultura, al progreso «apresados—decían—bajo la garra del fascismo»! ¡Ellos los sitiadores del toledano Alcázar y de la Virgen de la Cabeza en Andújar; los que bombardearon con su aviación la Alhambra de Granada y la Mezquita de Córdoba y el Acueducto segoviano; poblaciones todas muy alejadas de los frentes de combate; los que en un alarde de siniestra crueldad ametrallaron las colonias veraniegas de El Espinar y San Rafael, en difícil y penosa peregrinación hacia Segovia, carretera adelante bajo el sofocante sol de agosto; los bombardeadores de Mérida y Badajoz, los que, en una población audaluza ataron a un niño de doce años al cadáver de su padre fusilado, abandonando a ambos en medio de la calle días y días; los que en otro pueblo andaluz colgaron de los pies en el barandal de los balcones a tiernas criaturas que murieron en medio de horriblos martirios; los que despojaron Iglesias y Museos y Bibliotecas de sus más artísticas joyas; ellos, los sicarios, los vasallos

de Moscú, los defensores de la humanidad, del arte y del progreso!

Todas las noches nos traía la voz simpática del general Queipo de Llano la noticia de una nueva conquista de sus tropas. Y la de una nueva crueldad, refinadamente horrorosa de los marxistas.

Y todas las noches también, había en las palabras del general heroico, frases de piedad, de olvido, de perdón para los descarriados, para los engañados, para los arrastrados por la verborrea ponzoñosa de los rojos dirigentes :

—Volved a nosotros; — les decía Queipo de Llano — volved a vuestros hogares, a vuestro trabajo, a vuestro tranquilo vivir perdido. La Patria, madre buena, os quiere y os perdona. Y, como al hijo pródigo, se os recibirá con los brazos abiertos. ¡Dejad a los canallas que os engañan, que os envilecen, que os explotan y venid a nosotros tranquilos y confiados! Sólo sobre ellos caerá, fatal e implacable la espada de la Justicia.

Todas las noches, al borde mismo de sus frases enérgicas y condenatorias para los dirigentes marxistas, las palabras de piedad y de amor del general para los engañados, para los descarriados...

¡Cuántos de ellos volvieron al seno de la España auténtica traídos por la voz del general Queipo de Llano! ¡Y cuántos de nosotros refrenamos el humano instinto de la venganza ante sus frases henchidas de ternura y de paz!

De la palabra del general Queipo de Llano, Jefe del Ejército del Sur, gran señor de la Bética, puede decirse lo que de la música de Beethoven se dijo :

«Cuando tengáis el alma profundamente agitada, oid a Queipo de Llano. El serenará vuestra tempestad»

tad. Vuestro dolor, turbación, duda o desconsuelo; vuestros sentimientos oscuros, confusos, sombrío, se disiparán al conjuro de la palabra viril, cálida y optimista de Queipo de Llano.

Después, al recordar que lo que acabáis de oír es la inspiración recibida por uno de vuestros semejantes, olvidaréis todos los crímenes y errores de la Humanidad, aun aquellos de que hayáis sido víctimas directas; vuestro corazón se henchirá de una piedad inmensa y os sentiréis orgullosos de ser hombres.»

El General Millán Astray

VEDLE: sereno al mirar, la frente alta, impávido el rostro anguloso, mil veces curtido por el sol africano, gallardo el aire, caballeroso el ademán, cordial el gesto, vibrante la voz viril.

He ahí al general Millán Astray — y cuando su nombre se escribe o se pronuncia, no precisa de adjetivos que le acompañen — que viene, en estas páginas, a haceros una visita en vuestra escuela. Miradle bien; ante vosotros está su figura gallarda, su mirar sereno y el ademán abatido, desolador, de su manga vacía. ¿No os disteis cuenta? Al general Millán Astray le falta el brazo izquierdo: una bala, en tierras marroquies, se llevó aquel brazo que tantas veces tremoló sobre su cabeza en la arenga electrizante lanzada a los bravos legionarios. Una bala se llevó el brazo izquierdo del general y otra bala mordió de nuevo su carne vaciándole el ojo derecho.

Son esas dos dentelladas de la Muerte las dos mejores condecoraciones que el general Millán Astray ganó en sus campañas innúmeras, las que con más orgullo ostenta, las que más respetable hacen a nuestros ojos su figura heroica. ¿Verdad que estas dos condecoraciones nos hacen verle siempre al frente de sus caballeros legionarios, bajo el sol de plomo del Africa, el sable en la mano, el pecho frente al enemigo, siempre en primera línea, vibrando el aire a su voz potente y enérgica?

Oid ahora esa voz en la paz de la escuela. Le hemos dicho:

—Mi general: los niños españoles desean oír la voz de Vuestra Excelencia; dígaless V. E. cómo se ama a España, cómo se debe de amar a España.

Escuchad atentamente su respuesta. Y considerad que os habla uno de los más firmes prestigios de nuestro Ejército y de nuestra Patria; uno de nuestros hombres más preclaros; una de las figuras más señeras de España, y, sobre todo, un patriota: un hombre que sobre todos sus amores, sobre todas sus predilecciones, pone su santo amor a España: el general Millán Astray, en fin.

Escuchad atentamente su respuesta :

—A España se la ama con el corazón, no con el cerebro; sintiendo, no pensando. Y se la debe de amar, con el pensamiento puesto en Dios, hasta más allá de la Vida, hasta más allá de la Muerte.

¿Oísteis? Grabad bien en vuestra alma, en vuestras almas blancas y blandas que la anti-España quiso entenebreecer y manchar, esas palabras; repetídlas a diario; que se claven en vuestro pecho con los clavos del convencimiento, de la ternura y del amor y que sean por siempre el norte de vuestra

conducta. Aprendeos bien esas palabras y no de-seéis para epitafio de vuestras tumbas sino esta frase: «Amó a España».

En pie todos ahora rígidos, cuadrados, futuros soldados de la Patria española. Despedid a vuestro general. A vuestro general, porque Millán Astray será siempre, generación tras generación, el general español; o, mejor aún, el coronel Millán Astray, fundador de la Legión, padre espiritual de los legionarios, los novios de la Muerte.

Se aleja el general. Ved su figura gallarda, cómo se aleja...

Pero, reparad: se encontró con sus soldados, con sus legionarios, y les arenga. Oigámosle.

«¡Caballeros legionarios! ¡Magníficos caballeros os llamaba ya el Emperador Carlos VI! ¡Magníficos caballeros sois: bravos y leales legionarios!

Desde que la Legión nació, el año veinte, estáis luchando sin descanso y siempre venciendo. Salvásteis a Melilla. Hicisteis la retirada de Xauen. La toma de Alhucemas. Y en Bab-Taza se cantó el himno de la Legión, convertido en himno de paz, con nuestros hermanos los moros.

Cuando la Monarquía sintió peligro, os llamó a España. Cumplisteis vuestra lealtad y sofocásteis aquel movimiento republicano.

Cuando llegó la República (que nos ha traído al estado en que hoy nos encontramos), como todos los españoles creimos de buena fe que era la voluntad del pueblo, la acatamos. Y vosotros también.

A la República, mientras no era comunista, fuisteis, como siempre, leales. Y cuando la República os llamó, para defenderla en Asturias, la defendisteis, salvándola.

Luego, aquella República, manejada por traidores a España, lejos de agradecer vuestro servicio leal, empezó a perseguiros y a insultaros. ¡Insultar a la Legión! ¡A la Legión insultarla es atraer sobre el que lo haga su muerte! La Legión es el honor, el heroísmo, el sacrificio. ¡Pero insultarla! ¡Y además traer el comunismo judío! ¡Que la Legión presencie — los caballeros legionarios, los magníficos caballeros — que se asesina a las mujeres, a los niños, a los viejos! ¡Que se incendia, se roba, se atormenta a seres indefensos!

Y dísteis el primer grito en Melilla. Y todo el Ejército, toda la España honrada, que estaba con vosotros, llena de indignación, llena de deseo de venganza y de liberar a España de los rusos y de los que habían vendido España a Rusia, siguiendo la forma táctica ya conocida, formó detrás de la extrema vanguardia legionaria.

Pasásteis el mar en aeroplano. Los quince primeros legionarios que llegaron a Sevilla, se unieron a los héroes sevillanos y ocuparon Triana, y desde Triana hasta la Ciudad Universitaria, ya en Madrid, habéis seguido luchando y venciendo. Nada se os pone por delante que no arrolléis, pujantes y temibles.

¡Gloria y honor a la Compañía legionaria que entró por el túnel de Badajoz en un ataque a lo legionario! Aquellos quince legionarios que quedaron después de haber pasado el túnel en el asalto, enviaron el parte legionario: «Hemos entrado en Badajoz. No necesitamos refuerzos. Nos bastamos». Son los quince de «Sucero Terrero». Los legionarios héroes de nuestra gloriosa Legión.

Y entrásteis en el Alcázar. Y estáis en todas par-

tes y batalláis. Y atacáis cuando llega el momento, cantando vuestro himno legionario. ¡El himno legionario que ya hoy canta España entera y el mundo lo escucha con asombro y con respeto! ¡Ya lo cantan todos los niños, las mujeres, los hombres de la España liberada! Y en un coro dicen todos: «¡Soy valiente y leal legionario...!»

Para nosotros, como la suprema alegría es «sacrificio»; como nuestro lema es amor; como a la muerte no la tememos, sino que si es en el combate la desafiamos, la Legión es feliz en estas horas batiéndose y luchando: por España, por el honor de España, por el honor de la Legión, por salvar la vida de los que están condenados a muerte por el comunismo judío! ¡Por todos! ¡Sean quienes sean! Los caballeros legionarios son los más magníficos caballeros hasta con el enemigo. Mientras está de pie y mientras lucha, el legionario lo destroza con la bomba de mano y con la bayoneta. Mas si baja las armas y levanta la mano, la Legión, ¡espléndida!, lo perdona, lo mira sonriente, le cura si está herido y le da el agua de su propia cantimplora.

¡Legionarios! ¡Nosotros no contamos nuestras bajas! ¡Contamos las de los rojos por millares! ¡Nosotros no pensamos en los muertos! ¡Para nosotros el fuego de cañón y de avión y de ametralladora enemigos no crispa nuestros nervios! Nosotros, legionarios, aplastamos a los pobres rusos y a los internacionales de a cinco duros diarios. Esos son sólo pistoleros para detrás de las esquinas, no en campo abierto. Y cumplimos nuestro credo, y así lo cumpliremos, sin decir que sentimos dolor, ni hambre, ni sueño. (Por eso, cuando visito a los legionarios heridos, se incorporan enérgicos en sus camas,

y con voz legionaria todos me dicen: «No pasa nada, mi coronel. Ya pronto vuelvo al frente». Es que vosotros, legionarios, también sois «samurais» japoneses). Y así cumpliréis vuestro credo, como siempre habéis hecho, pidiendo el combatir sin contar los días, ni los meses, ni los años. Acudiendo al lugar en donde haya fuego, siendo los primeros en el asalto. Cavando, arrastrando cañones y carros y enterrando los muertos del enemigo. ¡Porque además somos cristianos!

¡Legionarios! Con el gorro en alto en mi mano derecha, os digo: ¡A vosotros!, ¡mis hijos más queridos!, ¡mis bravos y leales legionarios! Primero, cantemos nuestro himno al frente del enemigo, y después, demos nuestros gritos de la Legión: Ardentés, que los oiga el contrario.

¡Viva España! ¡Viva la Legión! ¡Y viva Franco, que también es un bravo legionario!

«Legionarios a luchar, legionarios a morir».

¿Escuchásteis? ¡Cómo vibraba la voz del caudillo! ¡Y qué emoción la suya cuando, gorro en alto, saludaba a sus bravos legionarios! «¡Mis hijos más queridos, mis bravos y leales legionarios...!» ¡Cómo tremolaba crispada por su magnífico entusiasmo, la mano derecha del general! ¡Y qué fogosidad, qué noble gallardía, qué formidable aliento el de su oración toda!

Desfilan ahora los legionarios.

Miradlos cómo se alejan. Marciales, aguerridos, orgullosos de ser soldados españoles y de ser legionarios. Se alejan...

El general, rígido, derecho, la frente alta, el mirar noble, gallardo el aire, la mano derecha al borde

de su gorro de legionario, saluda a sus soldados, a sus más queridos hijos...

Marcha también el general... Se alejan tras los sonos marciales de la música legionaria.

Ved su figura gallarda, más gallarda por la desolación de su manga vacía, cómo se va difuminando en lontananza lentamente, suavemente...

Y ahora que el heroico Millán Astray marchó, oidme su historia :

Es la historia de un militar: sobria, sencilla, como corresponde a un hombre cuya vida toda giró en torno a una profesión de la que estaba enamorado profundamente.

Recién salido de la Academia de Infantería, marchó D. José Millán Astray a la campaña de Filipinas ingresando luego en la Escuela de Guerra de la que salió, diplomado, para regentar la cátedra de Artes Militares. Pero la plácida vida del profesor se avenía mal con el carácter inquieto del héroe que pasó a Marruecos voluntariamente, destinado a la Policía indígena, en donde ascendió a comandante por méritos de guerra. Fué entonces cuando, pasado a Regulares, al ser nombrado para la Comisión de Táctica, concibió la idea de fundar la Legión, a manera de los célebres tercios españoles que lucharon en Flandes.

Ha sido esta, sin duda, la idea más luminosa de Millán Astray en su carrera militar. Y era tan práctica, que, posiblemente, sin el heroico Tercio, hubiese sucumbido la plaza de Melilla, bajo el impulso de las huestes de Abd-el-Krim.

Pero existía ya la Legión; existían ya los valientes y leales legionarios y fueron ellos, la primera y segunda banderas, quienes, al mando de su ilustre

Coronel, en magnífico ataque, dispersaron a las hordas rifeñas. Por eso el nombre de Millán Astray y el del Tercio van siempre unidos, y lo irán eternamente.

Dió el general al Tercio su entusiasmo, su valentía, su honorabilidad, su desprecio a la Muerte. Y el Tercio, pródigo y leal, volcó sobre Millán Astray todos sus laureles, todos sus triunfos, todas sus alegrías, todos sus honores.

Si el nombre de D. José Millán Astray no fuese imperecedero de por sí, lo sería a través de su Legión de caballeros legionarios, de sus leales, de sus magníficos, de sus bravos caballeros legionarios.

¿Qué podía significar ya nada de cuanto hiciese el ilustre caudillo, después de su idea esplendorosa de fundar el Tercio? Ni sus conferencias españolistas por la América Latina, ni sus ascensos, ni su vida toda de estudio y de actividad, nada, con ser cada una de estas cosas bastante para llenar de prestigio la figura de una persona, podía ya eclipsar el grandioso acierto de fundar la Legión. Y el mayor orgullo del general Millán Astray, su mayor gloria, su satisfacción mayor es ver ante sí, rígido, gallardo, altivo, serio, disciplinado, a un legionario cualquiera que, llevándose la diestra al gorro, le diga: ¡A sus órdenes, mi coronel!

El General Aranda

¡ASTURIAS la roja! ¿Recordáis? Fué en octubre del año 1934. Las fuerzas parlamentarias que acaudillaba D. José María Gil Robles tuvieron puestos en el Gobierno. Y con este pretexto, la furia marxista levantó su puño rojo sobre España.

El movimiento, fracasado en toda la nación, cristalizó, sobre todo, en Asturias. Y en Asturias fué abatido el poderío socialista, al cabo de una lucha prolongada y sangrienta. Pero aparentemente solo. La indulgencia, la piedad de los Altos Poderes del Estado, conmutando las penas impuestas a los cabecillas destacados de la rebelión, dejó enterrada en las montañas asturianas la raíz de la planta anti-patriótica, que había de dar, pasado el tiempo, su fruto ácido y envenenador.

¡Asturias la roja! Grito de guerra, arma de combate y banderín de lucha, fué esgrimida la frase por los enemigos 'de España' con tal arte que gentes ignaras, torpes y ambiciosas la elevaron a la cate-

goria de símbolo. Y Asturias la roja, cruel y abyecta, fué, en el sentir de la anti-Patria, fetiche de redención.

Por eso cuando un gobierno cobarde y egoísta, en trágico contubernio con la más alta Magistratura del Estado, dejó que la opinión del país se desvirtuase y se adueñaran del Poder las hordas de un conglomerado anti-español, se glorificó a Asturias la roja y a sus hombres, que salieron de los presidios españoles, arrogantes y soberbios, para empuñar el cetro del Poder y del Mando. ¡En qué manos había caído España!

Ocurrió, naturalmente, lo que tenía que ocurrir. Y cuando los gobernantes-presidarios regustaban las mieles del mangoneo más descarado, he aquí el heroico Caudillo que se alza en armas, viril y amenazador, contra tanta podredumbre y tanta anarquía y tanto desenfreno.

Asturias la roja, fiel a su papel rebelde, se pone frente a la Razón y a la Justicia y empuña sus fusiles y su dinamita, enterrados desde el trágico octubre del 34.

Pero no contaron los rojos asturianos con el general Aranda.

En la preparación del movimiento salvador de España, hicieron sus dirigentes una clasificación de las guarniciones.

—Unas — dice el general Aranda — se consideraron activas, otras, pasivas y las restantes, perdidas para la Causa. La guarnición de Oviedo figuraba entre las últimas.

¿Cómo iba a contar un movimiento salvador de la Patria con Asturias la roja, de conciencia vendida a Rusia, envenenada por los profesionales de la poli-

tica internacional y antipatriótica, manchada por el desenfreno y la anarquía del octubre tinto en sangre?

Pero, a pesar de todo, estaba Aranda en Oviedo. Y la guarnición asturiana, de perdida para la Causa nacional pasó a ocupar el rango glorioso de guarnición activa, adscrita al heroico movimiento.

El general Aranda no sabía nada de éste. Es decir, sabía lo que todo el mundo, lo que sus ayudantes y algunos jefes le habían contado. ¿Cómo iba a saber nada del movimiento el general Aranda si su guarnición estaba clasificada entre las no afectas a la Causa nacional?

Sin embargo, hacia el mes de abril, se encontró, en Madrid, en la puerta del Ministerio de la Guerra, con los generales Franco y Fanjul. Franco le dijo :

—Las cosas van por muy mal camino. Hay que estar alerta; hay que prepararse y evitar que llegue la catástrofe que acabe con España.

El general contestó :

—Para un movimiento nacional podéis contar conmigo.

Y no se habló más.

Pasó el tiempo. Y el día 17 de julio llamaron por teléfono al general Aranda desde Ceuta. Era su esposa. Con medias palabras le dió a entender que se habían sublevado las tropas de Marruecos. El general Franco se lanzaba a la magna empresa de librar a España del furor rojo.

Inmediatamente se puso en acción el general. Mandó llevar a los cuarteles de Oviedo todas las armas que en la fábrica había y ordenó la concentración en la capital de todos los guardias civiles de la Comandancia de Asturias que, con los solda-

dos que quedaban, sumarían unos mil trescientos hombres. Puso al tanto de lo que ocurría a todos los jefes y oficiales y acordaron, naturalmente, unirse al movimiento salvador.

Oviedo, a todo esto, era un hervidero; las milicias socialistas desfilaban por las calles; llegaban mineros y más mineros y los directivos de la roja Asturias se reunían para tomar acuerdos, entre los que figuraba uno que pusieron en conocimiento del general Aranda: había que armar al pueblo inmediatamente.

Fueron instantes angustiosos: los socialistas, con sus cabecillas al frente exigían las armas; los guardias civiles de algunos puestos muy lejanos no acababan de llegar; la efervescencia del pueblo aumentaba por momentos... Pero se sobrepuso el ingenio.

—Yo entregaré el armamento — dijo el general a los cabecillas—. Pero necesito una orden del ministro de la guerra.

Uno de los más significados dirigentes marxistas, aquel que en la revolución de octubre saqueó el Banco de España en Oviedo como un ladronzuelo vulgar insistía :

—¡Pero es que se ha sublevado el Ejército de Africa! Y de Madrid nos dicen que nos entregue usted inmediatamente las armas.

—Cuando me lo ordene el ministro de la guerra— respondía invariablemente el general Aranda.

Algunos cabecillas se ausentaron amenazadores del despacho del gobernador civil, en donde se celebraba la entrevista. Con la discusión inacabable se ganaba tiempo...

Llaman por teléfono al general, desde Madrid. Un ayudante del Presidente de la República.

Es necesario, general, que entregue las armas que tenga a los dirigentes socialistas que las pidan.

Y el general Aranda, imperturbable, valiente, leal para con España y para con su conciencia, da su respuesta de siempre :

—Mientras el ministro no me lo ordene, no las entregaré.

—¡Pues se lo ordenará el ministro!

—Espero esa orden.

A la hora escasa y hallándose aún el general en el Gobierno civil, le entregaron un telegrama que decía: «El ministro de la guerra ordena que les sean entregadas las armas que haya en los cuarteles a las organizaciones socialistas».

El Gobernador civil que, muerto de miedo, aconsejaba sin cesar al heroico general la entrega del armamento, para evitar males mayores, según decía él, preguntó ansiosamente a Aranda :

—¿Y ahora...?

Comprendió el general que se jugaba el todo por el todo en la respuesta; que una evasiva sería ya bien sospechosa a los suspicaces ojos de los que le contemplaban. Y sin embargo, sereno, tranquilo, con esa majestad que da siempre el cumplimiento del deber, repuso :

—¿Ahora? Ahora voy a decírselo a mis oficiales. Falta su consentimiento.

Y, acompañado por el teniente coronel de la Guardia civil, salió del despacho, marchando rápidamente al cuartel, donde quedó reunido con los jefes y oficiales.

En tanto, las milicias obreras y los mineros llegados a Oviedo habían organizado las columnas que marchaban hacia Madrid. Eran tres: dos que fueron en trenes y otra en camiones. Los fusiles enterrados en octubre del 34 volvían ahora a ser empuñados por las hordas rojas en contra de España. La Asturias, elevada a símbolo por los malvados, por los inconscientes y por los vendidos a Rusia, volvía de nuevo sus armas homicidas hacia los nobles hijos de la Patria.

Se redactó el bando por el que se declaraba el estado de guerra en la reunión del general con sus jefes y oficiales y se conminó al Gobernador civil a rendirse, lo que pudo conseguirse en seguida. Ya se contaba con la adhesión de los guardias de Asalto. La Guardia civil iba afluyendo en Oviedo...

Y se avisó al coronel de la Fábrica de armas de Trubia para que volase los transformadores y se sumase al movimiento. Pero el coronel no obedeció a Aranda. Y se puso al lado de los rojos. ¡Ya estaba sublevada la guarnición de Oviedo! Se tomaron posiciones. Y al anochecer del día 19 la columna minera que había salido en camionetas para Madrid, avisada, volvía a Oviedo y empezaba a disparar contra las fuerzas leales a España.

Oviedo quedaba aislada del resto de la España verdadera, puesta en pie contra las huestes vendidas a Moscou. Había que defenderse sin contar con auxilios durante mucho tiempo: un mes, quizá dos.

La ayuda podrían prestarla las columnas gallegas cuando, venciendo la resistencia roja y las dificultades del terreno, llegaran a las mismas puertas de la ciudad. ¿Pero, y mientras? ¿Cómo mil y pico de patriotas, encerrados en el casco de una

población podrían resistir el empuje de las hordas rojas que según cálculos de técnicos militares contaban con treinta o treinta y cinco mil hombres? ¿Y el enemigo de dentro? ¿Cómo combatirle también? Arduos problemas que la energía y la voluntad del general Aranda resolvieron. Sólo dos mil voluntarios, de toda la población civil, se pusieron al servicio de España. El resto de los habitantes, acobardado, se refugió en los sótanos y aun parece comprobado que gran parte de ellos aplaudía a los aviones rojos cuando éstos, procedentes del campo marxista de Avilés se presentaban a bombardear las posiciones de los bravos patriotas.

Contra todo y contra todos luchó la gallardía de Aranda; y reduciendo cada vez más el cinturón de defensa de la ciudad, en un desesperado esfuerzo inaudito, absolutamente incomprensible, logró salvar a Oviedo de la furia roja. De los tres mil y pico de hombres que empezaron la defensa de la población, apenas quedaban seiscientos el día que las columnas gallegas llegaron en socorro de Oviedo. ¡Seiscientos hombres con municiones para solamente un día más! Tan crítica era la situación que la víspera de la llegada de las tropas libertadoras, puso Aranda el siguiente radiograma: «Ya sólo nos resta morir como españoles». Esfuerzo inaudito, absolutamente incomprensible el de aquel puñado de valientes que durante días y días, por espacio de tres meses, resistió espantosos bombardeos de artillería y de aviación que destruyeron multitud de edificios, dándose el caso de no quedar ni uno que no haya recibido, al menos, dos o tres proyectiles.

Y no era ese diluvio de metralla lo más grave. Los rojos habían dejado a Oviedo sin luz ni agua.

Gracias a algunos pozos se pudo suministrar a cada familia tres litros diarios. Sólo los centros oficiales estaban iluminados; el resto de la población quedaba en la más completa oscuridad.

Otro grave problema era el de la alimentación. Al principio no se careció de nada; mas bien pronto ni hubo patatas, ni leche. Sólo quedaban garbanzos, arroz, cebollas y pan. Pero, hacinadas las personas en los sótanos, nadie se cuidaba de cocer aquellas legumbres por lo que, de hecho, el alimento quedaba reducido a pan con cebolla cruda.

Llovían las calamidades sobre la población sitiada. El amontonamiento de gente en sótanos sin ventilación y sin luz produjo bastantes casos de tifus y de tosferina. De los soldados enfermaron muchos.

Llovían las calamidades sobre la población sitiada; pero en esa población estaba el general Aranda. Y el milagro se hizo: la ciudad resistió el asedio y, pudo ser, al fin, liberada...

¡Asturias la roja, ya eres de España! La decisión, la heroicidad, la gallardía de un hombre, te libró de las garras crueles del marxismo y te incorporó al seno de la patria santa del que, alevosamente, te habían desplazado tus vesánicos dirigentes. ¡Ya eres de España, Asturias la roja! De esta España grande, una y libre que, erguida, rígida, húmedos los ojos de emoción y quebrada de ternura la voz, dice a tu defensor heróico :

—¡Gracias, general Aranda!

El General Varela

Dos laureadas. Dos actos de valor supremo en honor a la Patria. Dos ocasiones en las que, a cambio del ofrecimiento generoso de la propia vida, se salvan vidas ajenas y se evita a la madre España un descalabro, o una humillación, o una derrota. ¡Cruz laureada de San Fernando, galardón supremo otorgado a los elegidos, a los beneméritos, a los predilectos, a los héroes!

En tierras africanas ganó el general Varela las dos Cruces laureadas que lucía sobre su pecho noble cuando, solemnemente, austeramente, sobre las gloriosas ruinas del Alcázar toledano, laureó nuestro Caudillo al general Moscardó y a todos los defensores del recinto sagrado, símbolo del inquebrantable heroísmo español revertido a nuestros días al socaire de una gesta inaudita que repite la inaudita gesta de la Reconquista española emprendida por Pelayo en las ingentes montañas de Covadonga.

Dos cruces laureadas fulgían sobre el pecho del héroe cuando llegó, al frente de sus tropas libertadoras, a la puerta de la Imperial Toledo, rescatando del poder marxista lo que era símbolo de nuestra tradición, de nuestra cultura y de nuestra raza. Dos cruces laureadas, rosas bañadas en sangre pródiga, vivos reflejos de un estoicismo fecundo, exponentes fieles del valor denodado y del recio españolismo que con las sendas gloriosas por las que se deslizó la vida de este militar preclaro, espejo, brazo y orgullo de nuestra Patria inmortal.

Al comenzar la reconquista de España, hundida en el fango del marxismo desenfadado que inundó el limpio solar hispano, el general Varela estaba, como siempre, en su sitio: lugar de honor, de peligro, de patriotismo. Y empezó Varela su magnífico itinerario triunfal en tierras andaluzas. Cruzó luego con sus tropas victoriosas la Extremadura y plantó en la madre Castilla la santa enseña de la Patria.

Cerco a Madrid, capital maravillosa corroída por las turbias apetencias de Moscú. Y en la vanguardia — sitio de honor, de peligro y de patriotismo — la figura del general laureado.

De repente, un silencio unánime en torno suyo. Suposiciones. Hipótesis. Conjeturas audaces.

Y mediado enero, la pluma ágil del «Tebib Arrumi», rasga el velo tras cuya urdimbre tupida se había ocultado el soldado prócer: el general Varela estuvo herido. Sencillamente. Todas las suposiciones, todas las hipótesis, todas las conjeturas audaces se vinieron al suelo con estrépito y sobre el montón informe de las cábalas se irguió escueto, altanero y brillante el hecho glorioso.

Ocurrió así :

«Acabo de estar hablando largo rato — dice el *Tebib Arrumi* en su crónica admirable — con el general Varela, y creo un deber ineludible decir algo sobre este invicto militar, del que habrá venido observando el lector que me sigue en mis afanes, no hablamos desde hace unas dos semanas. En la ausencia del frente de Madrid del ilustre general bilaureado, no hubo publicidad de ningún género, por la sencilla razón de que no se podía dar ni se ha podido decir nada sobre su caso hasta este día de hoy en que le hemos vuelto a ver, sano y salvo, al frente del Estado Mayor, que es como decir al frente de sus soldados, pasada ya la causa que le alejó de su puesto de combate y dirección. Esta causa, ya es hora de que sea conocida de todos, ha sido la de haber sufrido tres heridas, por suerte no graves, pero que le han obligado a guardar cama en un hospital del frente de Madrid. Vale la pena de decir públicamente en qué circunstancias se produjo el doloroso accidente de guerra, y lo hacemos con verdadero orgullo, porque esas circunstancias son un nuevo blasón glorioso para este invicto militar y para un Ejército, sobre todo cuando cuenta con jefes de esta calidad valerosa y abnegada.

El general Varela tiene, como todos nuestros generales en pie de guerra, la buena costumbre de hacer, en vísperas de operaciones, un detenido estudio del terreno sobre el que sus fuerzas van a operar; para realizar uno de esos estudios, se dirigió en una buena tarde de principios del año actual al cerro de Garabitas, magnífica atalaya, desde la que se percibe un extenso panorama. Para mejor cumplir su deseo, el general se situó sobre un montículo

dominador, y armado de sus gemelos de campaña, oteó todo el territorio donde tenía que desplegar, en su hora y momento, las fuerzas de su mando. Desgraciadamente, por aquel entonces, y en tal sitio, los rojos tenían a su vez magníficas posiciones y formidables puestos de observación, y por ende, no tardaron en descubrir la presencia del general Varela, acusada, además de por su persona, por el grupo de las que constituyen su Estado Mayor, así como por los de soldados que estaban en las trincheras de Garabitas; los unos en servicio y presentes los otros por la curiosidad natural y el deseo de ver de cerca a su querido y admirado general.

No tardó en sonar un cañonazo, ese cañonazo típico de las piezas artilleras rusas, cañones de repetición y justeza admirable, que ponen en el espacio de poco más de un minuto sus cuatro disparos allí donde desean los apuntadores, dada la precisión de este artefacto guerrero, el más moderno de cuantos hoy existen. Este primer disparo sembró la natural alarma entre los que rodeaban a Varela; pero éste se limitó a dejar un momento sus gemelos sobre el pecho, volviéndose hacia los suyos para observar el efecto que había causado el disparo, nuncio seguro de tres más en el mismo sitio. En efecto, el segundo cañonazo llegó en seguida y al mismo lugar, ocasionando algunos heridos y rompiendo la pernera izquierda del pantalón al ayudante del general. Este volvió de nuevo a sonreír y a mirar a los que detrás de él se hallaban, y al observar en algunas caras rictus de preocupación, alegremente dijo: — «No alarmarse, que aún faltan dos disparos más; pero cubríos bien, que no pasará nada», y en el acto volvió a llevar sus prismáticos a

los ojos. Y en aquel instante llegó al lugar de la acción el tercer «pepinazo» del cañón ruso. Un soldado fué alcanzado, detrás mismo de donde el general Varela estaba, y éste se dirigió al muchacho, animándole con palabras cariñosas, que, en efecto, devolvieron el buen ánimo al herido. «Falta aún un tiro», dijo Varela, y esperó este cuarto disparo, que, por fortuna y providencialmente, no llegó a estallar al caer sobre la cumbre de Garabitas.

Sólo en aquel momento el general Varela se decidió a abandonar su puesto, en el que ya había realizado la observación topográfica y estratégica apetecida. Descendió de la cumbre del montículo y pasó entre su Estado Mayor, encaminándose hacia los abrigos en que los soldados se habían refugiado momentáneamente. Los bravos soldaditos no pudieron contenerse al contemplar la serenidad de su invicto jefe y le vitorearon: «¡Vivan los generales valientes!», exclamaban los muchachos, mientras Varela se alejaba, sonriendo siempre y contestando a las aclamaciones con sonoros vivas a España.

«De buena has escapado — dijo al ayudante el general Varela, contemplando su pantalón roto—, y... ¡menos mal que no ha estallado el cuarto pepino!» El ayudante se atrevió a insinuar a su jefe: «Yo he escapado de buena, mi general, pero lo de usted ha sido milagroso, porque le tiraban a dar».

—«Me tiraban a dar y... me han dado. Pero no digas nada, que nadie tiene que percatarse de que estoy herido. Vamos al coche y pararemos en cualquier puesto de socorro, donde los soldados no me vean entrar».

El general tenía tres heridas de casco de metralla. Los tres disparos le habían herido. El primero en el

brazo derecho, y por ello, disimulando, dejó caer los prismáticos; el segundo en la espalda, porque recibió el metrallazo en el momento en que estaba vuelto hablando a los soldados para animarlos; el tercero en el muslo izquierdo. Pero no se estremeció, no acusó, siquiera con un mohín de desagrado o de dolor, las heridas recibidas. Hubiera sido desmoralizador para los soldados, saber herido a su general. Nada dijo, y aun encontró fuerzas y temple en su cuerpo y en su espíritu para bromear con los que le rodeaban, para dirigirse por su pie al coche, para no mirarse siquiera y para oponer, al grito de entusiasmo de los suyos, que ensalzaban por valiente, el santo grito de ¡Viva España!»

¿Qué comentario poner a ese gesto? ¿Qué adjetivo adscribir al nombre del general Varela? ¿Qué más decir de este hombre que pueda reforzar los rasgos de su carácter admirable, tan reciamente dibujado por la pluma fácil del *Tebib Arrumi*?

No son palabras sino hechos los que precisan actitudes tan llenas de valor, de estoicismo, de serenidad y de amor a España. Nosotros, en espera de esos hechos colectivos que sean exponente de toda gratitud y de toda la veneración que los españoles debemos a estos hombres preclaros, nos cuadramos frente a la egregia figura del prócer soldado Varela y, fervientemente, con emoción entrañable, le decimos :

—¡Mi general: para bien de España, para honor de España, para orgullo de España, Dios os guarde!

El General Saliquet

ALTO, fuerte, enérgico, cordial. Bajo las cejas espesas brillan los ojos inquietos y escrutadores capaces de desnudar un alma. Aire marcial, ademanes sueltos, viriles y rápidos. Mano dura para el castigo. Corazón abierto a los aires del perdón y del olvido.

—Lo malo del general Saliquet—dice un antiguo soldado que hizo bajo sus órdenes la campaña de Marruecos—es su mirada. Y sus bigotes. Cuando se le queda mirando a uno con fijeza mientras se atusa lentamente los mostachos, se siente la impresión clara y precisa de que la propia conciencia está, limpia y monda, a plena luz del día. Sin embargo nadie al hablar con un inferior pone en su voz la inflexión de ternura, de paternal cariño que el general Saliquet. A su lado se siente uno al cobijo de cualquier asechanza, de cualquier maldad...

Se había levantado en armas contra el gobierno madrileño la ciudad de Valladolid. Los guardias de Asalto, negándose a marchar a Madrid adonde fue-

ron llamados, dieron el grito santo de la sublevación. Inmediatamente, el pueblo, aclamándoles, glorificándoles, se unía a ellos y daba el pecho gallardamente a las añagazas marxistas, aún parapetados en cargos oficiales. Falange Española — obra invicta en la castellana ciudad del malogrado Onésimo Redondo — prestaba el calor de su juventud, de su fervor y de su patriotismo a la Causa sagrada. El enemigo era desalojado, tras una resistencia protocolaria, de la Casa del pueblo, del Ayuntamiento, de Capitanía, del Gobierno civil. Y el pueblo — el pueblo auténtico, defensor de España, una, grande y libre — se hacía dueño de la Ciudad.

Se había hecho cargo de la División el general don Andrés Saliquet y bajo su mano dura para el castigo, al socaire de su corazón abierto a los aires del perdón y del olvido, imperó la Justicia. En Valladolid empezó a vivirse una era de paz absoluta.

El general Saliquet no era hombre grato a los mangoneadores del Frente popular, fuente de toda barbarie, de todo antipatriotismo, de todo libertinaje. Y es que el general Saliquet, era, sencillamente, un hombre que llevaba grabado en el alma el nombre sagrado de la Patria, en cuya defensa hizo las campañas de Cuba y de Marruecos, ganando por méritos de guerra los empleos de teniente, de comandante, de teniente coronel... No podía ser grato a los hombres que intentaban hundir a nuestra España quien había cooperado a restablecer el orden público en Barcelona, en agosto de aquel nefasto año 1917 y en enero y febrero del siguiente.

Militar aguerrido — bravo militar tostado por todos los soles de las campañas — había ganado el heróico general Saliquet distinciones sólo otorgadas

a los más altos merecimientos: ocho Cruces rojas, Cruz de María Cristina, Cruz, placa y Gran cruz de San Hermenegildo, Gran Cruz de la Orden de la Corona de Italia, encomienda de Isabel la Católica... Un hombre así no podía ser grato a los personajes de la anti-Patria. A estos hombres les convenía sujetos de su calaña, hombres pertenecientes al grupo nefasto de los que propugnaban como solución maravillosa a los males de España — hundida y vejada por ellos — el hacer de ella una colonia rusa, hombres de mentalidad mediocre, de tibio o nulo patriotismo, de hambre atrasada y estómago de avestruz; hombres avezados en todas las ruindades, en todos los turbios sentimientos, en todas las deslealtades cínicas...

Y como el heroico general Saliquet, naturalmente, no podía tener sitio entre aquel conglomerado de malvados, de bobos, de hambrientos y de paranoicos, al advenir éstos al Poder le relevaron del cargo de Gobernador Militar de Cádiz y de su Base Naval.

Se había seguido con él idéntico camino que con nuestros más acrisolados prestigios militares de los cuales no quedó uno sólo en cargos de verdadero viso. Al que no fué postergado se le escarneció, o se le metió en la cárcel, o recibió un destino que era un destierro mal disimulado. Y en las alturas, en cargos importantes, quedaron sólo los de la camarilla; los traidores y los ineptos.

Afortunadamente, pues no había de ser en esas alturas donde se fraguase y se llevase a cabo la santa Cruzada que libraría a España de tanta escoria, de tanta vileza y de tanta maldad.

Se fraguó la rebelión santa, abajo, en las provincias, lejos del Gobierno corrompido y de sus geri-

faltes pagados, los cuales declararon desde el primer instante, incapaces de comprender una idea noble, que el movimiento entusiásticamente patriota, secundado con vehemencia inusitada por el verdadero pueblo, era «una militarada». ¡Una militarada el gesto viril y gallardo de toda una nación puesta en pie ante los desmanes cometidos por cuatro personajillos, bufos de no ser trágicos, secundados por la obcecación de unos infelices y por la maldad de unos cretinos, dignos discípulos de tales profesores! Sin embargo el gesto desdeñoso de los endiosados calificadores, tornóse gesto de asombro primero, y de estupefacción después al hacer el recuento: de este lado, militares del prestigio de un Franco, de un Mola, de un Saliquet, de un Millán Astray, de un López Pinto, de un Aranda, de un Orgaz, de un Varela... Del lado de ellos... Ni aún los que, por fuerza de las circunstancias estaban en territorio afecto al Gobierno, se unían a los traidores de España. Y cayeron, Capaz, Ochoa, Fanjul, Goded... ¿Quién les quedaba? Apenas media docena de estómagos agradecidos a la vileza que, precisamente por esto, eran la media docena de indocitos, de incapaces y de abyectos.

Así les ha ido.

El general Saliquet, militar español, se abstuvo de enrolarse a la tripulación del triunfal navío del desorden, de la indisciplina y del antipatriotismo. Por español y por militar. Y desde la oscuridad escogida cuando las verbeneras luces de la Patria agonizante querían dar una sensación de vida normal, esperó confiado — militar y español — la hora en que sobre España se vertiese a raudales la cegadora luz de un españolismo auténtico.

Y fué él mismo uno de los potentes reflectores de esa luz tan ansiada que fulguró desde la castellana capital, irradiando, prometedora y fecunda, de la digna personalidad, de la egregia figura del héroe general Saliquet tan militar y tan español.

Puntal de la nueva España, ¡qué orgullo y qué emoción la del general Saliquet cuando notó sobre su espalda fornida el peso duro y dulce a la par del puesto responsable, galardón otorgado a su recio patriotismo! España se confiaba a él, se apoyaba en su figura heroica, en su veterano amor de hijo leal, en su gallardo ofrecimiento generoso. España le nombraba hijo predilecto, uniendo su nombre al haz de nombres egregios que, orgullosa y agradecida, escribía en las páginas de su historia.

¿Comprendéis bien? ¡Oh, toda una vida podría darse a cambio de la satisfacción honda, de la sublime dulzura que sentirá el general Saliquet cuando, repasando su historia brillante de militar preclaro, sobre sus Cristinas, sobre sus Cruces rojas, sobre las condecoraciones todas que brillan sobre su pecho, vea fulgar la condecoración esplendorosa que España, orgullosa y agradecida, le otorgó al nombrarle su hijo predilecto, el 17 de julio del año glorioso, de sangre, de luz y de sol.

El General Moscardó

EL día 20 de julio llamaban por teléfono, desde Madrid, al entonces coronel Moscardó. Le llamaba un general que, haciendo traición a su Patria, se había puesto al lado de los que pretendían hacer de España una colonia rusa.

—¿Es el coronel Moscardó?—preguntó el general.

—Sí, yo soy.

—Le habla el general... Me dicen que las municiones que, según se le había ordenado, tenía usted que enviar aquí, a Madrid, las ha trasladado desde la Fábrica de Armas al Alcázar donde se ha parapetado usted con un millar de hombres. ¿Es verdad?

—Es verdad.

—¿Quiere eso decir que se subleva usted contra el Gobierno?

—Exactamente. Acabo de tomar la determinación que tomaría siempre un español honrado: la de defender a España.

La voz del general barbotó ensoberbecida:

—¿Se da usted cuenta del alcance de esa determinación?

—Naturalmente.

—¿Y no entregará usted el Alcázar?

—¡Nunca!

—En ese caso, fijese bien, — y el general silabeó la frase — iré con una columna a recobrarlo.

—Muy bien.

—Y le bombardearé hoy mismo.

—Bueno.

El general colgó violentamente el aparato. Y minutos después caían sobre el toledano Alcázar los primeros proyectiles de aviación.

La respuesta de Moscardó fué preparar la defensa que había de durar casi tres meses.

Dos días duró el asedio de la columna del general. Pero el Alcázar no se rindió.

De nuevo apelaron los marxistas al teléfono y otra vez fracasaron en su intento, pueril y cínico, de convertir a un héroe auténtico en un malvado cualquiera.

Y de nuevo restallaron sobre los muros de la fortaleza toledana las granadas de aviación, los proyectiles de artillería. Sin tregua, sin descanso. Inútilmente, pues si bien la metralla abrió brechas y hundió techumbres no supo entibiar en ningún corazón el fervor sentido hacia la Patria.

Entonces en el suelo hispano repitióse el sitio de Tarifa y la figura heroica de Guzmán el Bueno reencarnó en el coronel Moscardó.

Había sonado el teléfono.

—El coronel Moscardó al habla. ¿Quién llama?

—El comandante de las milicias marxistas.

—¿Qué quiere?

—La entrega del Alcázar.

—Debía usted conocer mi respuesta de otras veces: yo no entregaré jamás el Alcázar.

—¿Jamás?

—¡Jamás!

—No..., espere, no cuelgue aún. Le advierto que tengo en mi poder a su hijo Luis.

—¿Y bien...?

—Si usted no se rinde fusilaré a su hijo.

El coronel Moscardó no se arredra. Y noble, gallardo, altivo, exclama:

—Usted no es un caballero. Si lo fuera, sabría que ni la vida de mi hijo ni la de toda mi familia pueden apartarme del cumplimiento de mi deber de español.

El comandante rojo queda suspenso ante la respuesta. Pero se recobra y, llena de ira vibra su voz:

—¿Lo duda, verdad? Va usted a hablar con su hijo.

Al otro lado del micrófono se oyen los pasos de Luis Moscardó que se acerca al aparato:

—¡Hola, papá!

—¿Qué pasa?

—Pues nada de particular: me dicen que si no te rindes me fusilarán.

—¿Y tú que piensas?

—¡Que no te debes rendir, papá! ¡Que me fusilen; pero tú no te rindas!

La voz de Moscardó sabe todavía sonar serena y firme:

—Lo esperaba de ti, hijo mío. Gracias. Muere como un hombre: encomienda tu alma a Dios, grita ¡viva España! y serás un mártir más que cae por ella.

—¡Un beso muy fuerte, papá!

—Adiós, hijo mío; un beso muy fuerte.

Luis Moscardó y Guzmán cayó, cara al Cielo, bajo las balas marxistas. Cara al Cielo. La sonrisa en los labios, y en los labios truncada, tronchada, la frase triunfal: ¡Viva España!

Y el Alcázar toledano no se rindió.

¿Cómo había de rendirse si encerrados en su recinto estaban el Honor, y el Heroísmo, y la Dignidad, y el Amor a la Patria?

(Observad. Habíamos perdido en España la costumbre de escribir estos altos conceptos. Y es que en la ola de mal gusto, de extranjerización, y de modos nuevos, se perdió, a fuerza de no verlos en ningún lado, el valor exacto de esos vocablos.

Más aún; en la desenfrenada carrera de inéditos modernismos, esos conceptos gozaban de tan poco favor que se vieron catalogados bajo la común denominación de sentimientos cursis. Se había materializado de tal forma la vida que todos los altruismos, todos los nobles anhelos se aherrojaron entre las verjas de la despreocupación, del desdén y de la indiferencia, cuando no los asaeteó el dedo del ridículo).

Las mujeres, los niños, los enfermos fueron instalados en los sótanos del Alcázar. Los hombres útiles — seiscientos guardias civiles, algunos falangistas, una docena de cadetes, doscientos soldados y varios paisanos — arriba, en los parapetos, defendían aquel trozo de la España gloriosa de los bárbaros ataques marxistas.

La resistencia del Alcázar toledano desesperaba al Gobierno de Madrid que ordenaba ataque tras ataque esperando ver rendida la fortaleza. Menu-

deaban aquéllos, y, día tras día, la inexpugnable posición se iba desmoronando. Caían torres, paredes, columnas, torreones y murallas. Cuando el cañón enemigo callaba, los rojos aviones dejaban caer su carga mortífera sobre los heroicos defensores que, ante los atónitos ojos del mundo entero, escribían en las páginas de la Historia una epopeya sublime.

Tanto más sublime cuanto que ellos desconocían la extensión del movimiento salvador. Sabían sólo que el glorioso general Franco se había sublevado, pero ignoraban las ramificaciones que esta sublevación hubiera podido tener. Solamente, al cabo de algún tiempo, en una de las excursiones frecuentes que los sitiados hacían por los alrededores del Alcázar a pesar del frecuente tiroteo enemigo, lograron unas pilas eléctricas con las que pudo funcionar el aparato de radio que les traía desde Portugal noticias optimistas y alentadoras y la confirmación de que el movimiento había prendido en casi toda España.

Cada minuto transcurrido era portador de una nueva heroicidad de los defensores del Alcázar. Entre éste y las líneas enemigas había un depósito de trigo. Los marxistas intensificaban el fuego en aquel sector queriendo impedir con ello que los patriotas sitiados pudieran coger aquel trigo con lo que asegurarían el abastecimiento de pan en el Alcázar. Empero, se las habían con españoles, con representantes auténticos de la España viril y noble que, despreciando la Muerte, a pecho descubierto, transportaron, en varias salidas nocturnas, todos los sacos que en el depósito había. ¡Y hubo pan en el Alcázar! Un pan rudimentario, claro es, pues el trigo

se molía mal a falta de aparatos adecuados; pero pan al fin. Y eran este pan y carne de mulo y de caballo los únicos alimentos del millar y pico de personas refugiadas en aquel santuario del heroísmo y de la fe.

Se carecía de medicinas, sustituidas con la abnegación y solicitud de los médicos, de las mujeres y de las hermanitas de la Caridad, que atendían a los enfermos y a los heridos. Y por la entereza de éstos que supieron sufrir dolorosas amputaciones sin anestesia, sostenidos por su fe, por su amor a España.

Los marxistas redoblaban sus ofensivas; sabían que las tropas libertadoras estaban cerca de Toledo. Y tras cada furioso ataque pedían la rendición. La respuesta del sublime Moscardó era idéntica siempre: «Preferimos morir antes de rendirnos».

Apelaron entonces las tropas rojas a una acción que ellos creyeron decisiva: minaron el edificio. Y dos bárbaras explosiones derrumbaron torreones y paredes y destruyeron la escalera, dejando a los sitiados sin comunicación con el piso superior. Inmediatamente, se lanzaron al asalto los sitiadores que lograron subir al Alcázar en cuya cumbre ruínosa izaron su roja bandera.

—¡Hay que subir y quitar ese trapo de nuestro Alcázar glorioso!—dijo Moscardó.

Todos fueron voluntarios. Se empalmaron unas escaleras de mano, se abrió un boquete en el techo y por él, uno a uno, bajo la metralla disparada desde arriba, ganaron aquellos hombres de España el piso alto. Los marxistas, batidos, abandonaron sus posiciones. Y la roja bandera fué sustituida por la bandera bicolor.

No se descansaba, no se dormía: siempre alerta los defensores heroicos, amparaban con sus pechos nobles la vida de las mujeres y de los niños refugiados en los subterráneos en donde, bajo la gloriosa enseña nacional, se erguía, protectora, la Inmaculada, Patrona de España. En la brecha siempre aquellos hombres, aguantando la lluvia de metralla sustituían con su carne los muros derruidos del Alcázar toledano, símbolo de España.

Caían los bravos... Y las fuerzas de los supervivientes se duplicaban, como si los muertos heroicos, desde el Cielo, les ayudasen en la gesta inaudita.

En los sótanos, iluminados apenas por velas de sebo de caballo, de atmósfera cargada, jugaban los niños, rezaban las mujeres. Y se quejaban los heridos, más por el dolor de verse imposibilitados para empuñar las armas que por las mordeduras agotadoras que en sus cuerpos clavó la metralla.

Y un día, de pronto, cesa el fuego. ¿Qué ocurre? En el pequeño pueblo, que es el Alcázar, los *vecinos* se preguntan unos a otros:

—¿Qué sucede?

Pronto se sabe. Los marxistas envían un nuevo emisario a parlamentar con el heroico Moscardó. Los habitantes de aquel pueblo sonríen desdeñosos. Como sonrieron cuando un comandante marxista vino a proponer la rendición; como cuando el general y el ministro hablaron por teléfono. ¡Un emisario de los rojos!

Ha entrado aquél. Su condición impone respeto. Y las sonrisas desdeñosas de los defensores se apagan.

Habla el emisario. Trae la propuesta de que las mujeres y los niños salgan del Alcázar. No sufrirán

el menor daño. Da todas las garantías que puede exigir el más desconfiado. Todo envuelto en palabras tiernas, en dulces y elocuentes palabras que ponen un nudo de emoción en las gargantas.

Hay en los que escuchan un silencio de muerte. Y la voz del emisario pregunta:

—¿Qué contestáis?

Y es una mujer, una mujer española, la que responde:

—Ni las mujeres ni los niños saldremos de aquí, señor. Estamos todas dispuestas a morir con los defensores. Y si las balas enemigas nos dejan sin ellos, nosotras empuñaremos las armas y defendemos el Alcázar hasta que sea éste la tumba que nos cobije a todos.

Cuando el emisario ha cruzado la plaza de Zocodover y llegó a las filas enemigas vuelven a caer sobre el baluarte español proyectiles y más proyectiles.

Caían los bravos...

Y en medio de aquel caos de explosiones y derribamientos se enterraban los muertos. Piadosamente, cristianamente.

Ochenta hubo en el Alcázar. Y manos viriles, acostumbradas a crisparse sobre el puño de la espada, tornábanse manos de seda — manos de piedad, de cristiana piedad — al cerrar los ojos a los egregios muertos en cuyas vidriosas pupilas se llevaban a la tumba un reflejo de patriótico entusiasmo. Mueren confortados, ayudados espiritualmente. Un capitán, el capitán Sanz de Diego, corazón henchido de ternura, hacía los oficios de sacerdote, de enterrador, de director espiritual y de predicador. No comía, no descansaba. Atento a todos, acudía

a frustrar el primer desfallecimiento, la primera vacilación, con su palabra confortadora y optimista. En los instantes inevitables de valor espiritual, allá estaba el capitán heróico y santo. Y el abatido, ante la palabra ungida de fe y de ternura del capitán Sanz de Diego, se erguía; el desfallecido tomaba alientos; el hambriento de consuelos sabía reir.

Y el Alcázar, nido de héroes, bárbaramente mutilado, no se rindió.

¿Cómo se iba rendir si su defensa estaba mandada por el coronel Moscardó, héroe y mártir, y el coronel Moscardó era inspirado por la Inmaculada, Patrona de España, que en su capilla improvisada, bajo la gloriosa enseña nacional, se erguía protectora?

* * *

Llegan a Toledo las tropas nacionales. La chusma marxista huye despavorida. Tremolan al aire, bajo el beso tibio del sol, las banderas de España. Del Alcázar, vibrantes, vienen enronquecidos vítores empapados de emoción. Y a él van los gritos victoriosos y entusiastas de los libertadores que trepan por las ruinas todavía humeantes...

La mano enérgica del Caudillo tiembla levemente al prender en el pecho del coronel Moscardó la Cruz laureada de San Fernando, galardón otorgado a todos los defensores del Alcázar. Y tiembla ligeramente también la voz del Generalísimo cuando, dirigiéndose a aquel puñado de héroes, dice:

—Sois el honor de España. El viejo Alcázar que formó generaciones de oficiales está destruido.

Construiremos otro y vosotros serviréis de ejemplo. Vamos a reconstruir a España y su imperio. ¡Viva España!

* * *

En Toledo hay un monumento. Lo forjó el heroísmo de un puñado de españoles. Y la furia marxista que lanzó sobre él las cobardes puñaladas de nueve mil proyectiles.

En sus piedras, grabados con el cincel del entusiasmo, del agradecimiento, del respeto y de la veneración, los egregios nombres: Moscardó, Romero Basart, Tuero, Valencia, Sanz de Diego...

Y la trágica y gloriosa lista de sus ochenta muertos. Encabezando aquélla, un nombre: Luis Moscardó y Guzmán, el hijo del general egregio, que un día cayó cara al Cielo, bajo las balas marxistas, con la sonrisa en los labios, y en los labios truncada, la frase triunfal: ¡Viva España!

El Coronel Serrador

SAN Quintín. Falange. Farnesio. Dos baterías del 14 ligero. Ochocientos hombres en total. A su frente, el coronel Serrador.

¡El coronel Serrador! Militar curtido por los aires marroquíes; patriota integérrimo que gustó el ácido sabor del destierro en las inhóspitas tierras buscadas febrilmente por la imaginación tortuosa de un ministro; español racial al que dolía en el corazón la España deshecha en manos de unos hombres vendidos a su vanidad y a su medro; valiente soldado herido en su dignidad por la vesania de la jauría aullante encaramada al Poder, notó, el coronel Serrador, en su sensible alma de español, la tragedia que sobre la Patria se cernía.

Y acudió en socorro de España, burlando a sus perseguidores, hurtando su heroica figura a los sabuesos de Moscú, escondiéndose, yendo de refugio en refugio hasta oír los primeros cañonazos libertadores que en Valladolid se oyeron. Y a Valla-

dolid acudió el coronel Serrador, presentándose al general de la División.

—¡A sus órdenes, mi general!

Y he aquí al bravo coronel, al frente de la columna vallisoletana que marcha al Alto del León.

Madrugada del día 22 de julio. La columna sale de Valladolid bajo la fría luz de los luceros parpadeantes. Sierran el silencio de la noche los agudos dientes de los motores en marcha. Villacastín. Una compañía de Transmisiones y algunos guardias civiles se suman a la columna.

¡Al Alto del León!

Las doce de la mañana. San Rafael. El pueblo recibe con júbilo fervoroso la llegada del Ejército. Ya han paseado su fanfarria ante los ojos atónitos de la colonia veraniega algunas patrullas rojas llegadas de Guadarrama. Y ya las avanzadas rojas ocuparon el Alto. Desaparece la zozobra. Desaparece el miedo. ¡Ha llegado a San Rafael el Ejército! ¡Ya se puede gritar a pleno pulmón ¡viva España!

Y se suceden los gritos estentóreos que resuenan en la sierra altiva. ¡Viva España! ¡Viva el Ejército! ¡Viva Valladolid! Entre vítores y canciones come la tropa. Con prisa. ¡Hay que tomar el Alto del León hoy mismo, ahora mismo.

La carretera pina y sinuosa abre su camino gris hacia la cumbre. Hay que subir por ella, cara a la Muerte que acecha parapetada en los pinos, en las revueltas y tras las peñas, en un caminar temerario, imposible.

¿Imposible? Acaso si la columna no la formaran hombres de San Quintín, de Farnesio, de Falange, de Transmisiones y de la Guardia civil. ¡Y con la protección de dos baterías del 14 ligero! Es decir ocho-

cientos soldados de España. ¡Imposible! En el diccionario del Ejército español no existe esa palabra. Hay que tomar el Alto hoy mismo, ahora mismo.

Alguien pregunta al coronel Serrador :

—¿Subiremos en seguida?

—¡Claro! ¿Lo vamos a dejar para el año que viene?

—Es que se nos va a echar la noche encima, mi coronel.

—¿La noche...? ¡Cornetín! ¡Toca llamada!

Sobre los vivos y las canciones triunfa el ametrallar de una matocicleta que subió en descubierta.

El motorista, cuadrado ante el coronel, informa, concisamente :

—Ya está arriba el enemigo. Muy numeroso. Me han tirado de todas partes.

La nota aguda del cornetín de órdenes. Y la voz imperiosa del coronel Serrador :

—¡Las baterías, emplácenlas! ¡Las compañías de San Quintín y la de Transmisiones que desplieguen por aquí y avancen! ¡Farnesio por este otro flanco! ¡Aprisa!

Resuena la voz del coronel concisa, tajante. Y pronto le hace coro la voz bronca del cañón cuyos proyectiles baten el Alto. Avanza la tropa, desplegada, por los flancos. De arriba comienza a llegar una lluvia de metralla. No importa. Adelante, a pecho descubierto, cara a la Muerte. ¡San Quintín, Farnesio, Falange, Transmisiones! ¡Adelante siempre!

Y suben los soldaditos españoles, suben, confiados, seguros, firmes. Tienen fe en la victoria. ¡Les manda el coronel Serrador! El coronel Serrador que echó a andar carretera adelante con algunos guardias civiles y que sigue andando ajeno a fuego de

arriba, atento a sus soldados, con esa gallardía y esa decisión del héroe que llega siempre a donde tiene que llegar.

Cae un diluvio de balas; los proyectiles de cañón estallan, aullantes, por doquier. No importa. Adelante. Se lucha por España y para España. Adelante siempre.

Hay muchos hombres allá arriba: dos mil, acaso más, que triplican su eficacia ocupando una posición dominante, bien parapetada. Bien. ¿Y qué? Aquí debajo son ochocientos solamente. Pero son españoles, españoles auténticos, y subirán al Alto del León pase lo que pase, cueste lo que cueste.

¿Subirán? El enemigo arrecia su fuego devastador. Caen los bravos soldaditos para no levantarse más. Siguen estallando los proyectiles certeros que abren simas y desgajan ramas y arrancan árboles y abaten hombres y hombres. En el oscuro cielo azul de la noche ya casi cerrada, ráfagas de luz trazan el rasgo enérgico con que la Muerte rubrica sus inapelables sentencias; crepita la tierra al restallido de la metralla que levanta densas columnas de polvo y de humo; aulla el enemigo el canto de una victoria que estima segura; silban las balas su lamento prolongado y sutil. Mas no importa. Hay que subir. Y suben, lentamente, penosamente, dejándose atrás a los compañeros muertos, fijos los ojos en el Alto apenas visible que hay que tomar, pase lo que pase, cueste lo que cueste.

Y llegaron los bravos soldaditos españoles al Alto del León, batiendo al numeroso enemigo que huyó a la desbandada. ¿Cómo no iban a llegar si eran soldados españoles y les mandaba el coronel Serrador?

El Alto del León era de España, para siempre ya.

Noche cerrada. En el azul del alto cielo, trémulas de admiración, brillan las cristalinas estrellas. Y allá abajo, flotantes en el aire que huele a pólvora, las lucecitas de los pueblos serranos arden jubilosas...

Se toman posiciones, se distribuye la fuerza, se retiran las bajas, se emplazan los cañones, se montan las guardias y a esperar el contraataque que no se hace esperar mucho.

Avanzan unos camiones lentamente... El ronco zumbido de sus motores se apaga, durante más de una hora, en el caos de horrendas explosiones, silbidos de balas, gritos, lamentos... En el silencio que sigue — hondo silencio de muerte — vuelve a oírse el ronco zumbido de los camiones enemigos que se alejan...

Amanece. Sin un alentar, sin un trino de pájaro, en un silencio hosco y amedrantador que contrasta con los ramalazos de su luz rosada que se abaten blandamente sobre el campo. De pronto vibra el aire en un moscardoneo continuo, interrumpido sólo por el restallar de la metralla roja que empieza a caer de nuevo. Aviones enemigos a la vista. Revolutean en círculos siniestros sobre los héroes de la víspera. Y sin interrupción, renovándose incesantemente, dejan caer sus bombas asesinas, facilitando el ascenso de interminables filas de camiones cargados de rojos a los que nuestros soldados, aguantando impávidos la metralla de arriba, baten siempre con su fuego certero. Así, sin un descanso, sin una pausa, hasta la noche. Y así, sin un descanso, sin una pausa, ocho días.

Sin poder comer, sin poder dormir los bravos sol-

daditos de España, alentados por su fe en la victoria y por la voz de su coronel que les anima siempre, optimista y confianzudo :

—Un esfuerzo más, valientes; un poquitín de aguante, hijos míos. España os mira; España está orgullosa de vosotros... ¡Animos!

Aguantan, aguantan los héroes en un esfuerzo inaudito de valor, de voluntad, de dominio. Secas las gargantas, anhelantes los pechos, ciegos por el sudor y por el polvo, sordos por los estampidos horribles, relajados los nervios, crispadas por la costumbre las manos en los fusiles, sucios, rotos, magníficos en su heroísmo, imposible en su resistencia inaudita, aguantan los soldados de España que sólo oyen en aquel estruendo infernal la voz animosa del coronel Serrador y sólo ven, tremolante sobre sus cabezas, la gloriosa bandera roja y gualda por la que hay que vencer, por la que hay que morir.

Hubo quien preguntó a Serrador :

—Mi coronel: ¿tendremos que retirarnos?

—¡Sí! Ya está previsto. ¡La retirada, al cementerio!

Y sonrieron los valientes soldados a las palabras de su Jefe, compenetrados con él, identificados con su gallardía, con su valor, con su desprecio a la Muerte.

¡Retirarse los soldados de España! Allá se mantuvieron, diezmados y vueltos a diezmar, pero, firmes, altivos, desafiantes, cobijados bajo el tremolar de la bendita bandera. Hasta que llegaron refuerzos y se consolidó la posición y se abrieron refugios y se levantaron parapetos y las gloriosas alas grises españolas los defendieron de las rojas alas moscovitas.

¡Soldados de San Quintín, de Farnesio, de Transmisiones, de Falange! ¡Artilleros del 14 ligero! ¡Guardias civiles! El Alto del León se llama desde vuestra inaudita victoria, desde vuestra imponderable resistencia, el Alto de los Leones.

Sobre la sangre de vuestros compañeros, en el mismo lugar que vuestro arrojo comenzó esta nueva reconquista española, tendréis un monumento.

Fuerte, como vuestra voluntad de bronce. Duro, como vuestra tenacidad de granito.

Imperdurable, como el monumento, grandioso que nuestra España os ha elevado en su maternal corazón.

NOTA. — El coronel Serrador ha sido ascendido últimamente a general de Brigada.

El Coronel Yagüe

EN los primeros días del movimiento salvador, desde Tetuán, por radio, una voz enfervorizada, viril y rotunda expandió por la Nación toda el acento profético de una victoria absoluta.

—¡Salvaremos a España!—dijo aquella voz.

Lo decía con tal convicción, con seguridad tan rotunda que los miedosos respiraron tranquilos, los tibios se sintieron fuertes y los acérrimos marxistas temblaron.

Verdaderamente era para temblar. O de emoción, o de miedo.

Y de miedo tembló el gobierno madrileño que para cotrarrestar el desaliento que necesariamente había de cundir en sus huestes a la voz aquella tan enfervorizada, recurrió a un efugio lleno de comicidad y que luego en su tesón pueril, ha repetido: Unión Radio daba la noticia con toda suerte de detalles: el teniente coronel Yagüe — cuya era la voz

que profetizaba la victoria absoluta del movimiento español — había muerto.

Así, sin más ni más. Con noticia tal quitábase el gobierno antiespañol de encima un formidable enemigo, a manera de los pájaros bobos que esconden bajo el ala la cabeza a presencia del cazador, creyendo así no ser vistos. Claro que los gobernantes madrileños, más malvados que bobos, sabían que con dar tal noticia no mataban a Yagüe ciertamente; pero sí podían matar el temor en los propios secueces que hubieran oído la voz patriótica y alentadora que nos vino de Tetuán. Con quitar después los receptores de radio nadie podría volver a oír al bizarro militar.

Se ignora si la recogida de aparatos receptores llegó a tiempo; pues al día siguiente de tan estupenda noticia, la misma voz patriótica y alentadora, comenzaba su discurso así:

—Os habla, señores radioyentes, un cadáver. El gobierno madrileño tuvo ayer la dicha inefable de matarme; mas yo, consciente de mis deberes, no quiero dejar de daros mi acostumbrada impresión sobre la marcha victoriosa del glorioso movimiento nacional...

Desde aquel día nadie, en absoluto, creyó ni una sola noticia radiada por Madrid.

(Como antes se dice, otras dos veces volvió el gobierno rojo a usar de idéntico artificio para ver de llevar a los suyos un rayo de optimismo. En la primera ocasión, un periódico madrileño publicaba el retrato de nuestro Caudillo. A su lado estaban los generales Varela y Queipo de Llano. Y decía al pie de la fotografía aquella; poco más o menos: «El general Franco ha muerto; mas para no des-

alentar a los «facciosos» — a nosotros, los nacionales, se refiere — han embalsamado el cadáver que, sujeto por los generales Queipo de Llano y Varela, exponen al público, dando así la sensación de que aquél vive y sigue acaudillándoles».

Y no contentos con *matar* a nuestro Generalísimo hicieron lo propio con el general Queipo de Llano cuyo *cadáver* al día siguiente, por no perder la costumbre por lo visto, se acercó al micrófono de Radio Sevilla y dió su charla).

Llevaba *muerto* algunos días el heroico Yagüe cuando dejó de hablar. Los suspicaces, los demasiado listos y los emboscados, dijeron para su capote:

—Por lo visto era verdad que había muerto. Otra persona, imitando su voz, ha seguido hablando algunos días más, hasta que se ha cansado; pero Yagüe *cayó* cuando lo dijo Madrid.

No era verdad. No fué cuando lo dijo el gobierno rojo, sino un poco después, cuando *cayó* Yagüe... sobre los marxistas, al frente de sus bravos legionarios. Y de tal manera, con ímpetu tal que aquéllos, ante sus tropas, corrían como corren las liebres.

Lo había anunciado el coronel heroico:

—Veréis qué modo de correr cuando se enfrenten con mis legionarios esos marxistas fanfarrones.

Efectivamente. ¡Qué modo de correr! ¡Cuidado si hay kilómetros de Sevilla a Madrid, pasando por Badajoz! Pues todos esos kilómetros se los recorrieron las fuerzas rojas huyendo de las bayonetas de nuestros caballeros legionarios. Huyendo descaramadamente, cobardemente, cuando la lucha se entablaba en campo abierto; resistiendo en las poblaciones, saqueadas, ultrajadas antes de abandonarlas

al empuje avasallador de las tropas españolas. Y luego, vuelta a correr. Como liebres, según Yagüe el heroico había pronosticado.

Y así, huyendo los rojos, avanzando los nuestros, se llegó a Badajoz, la ciudad inexpugnable.

Cerrada por altas murallas, más altas por el hondo foso que las ciñe, defendida por cuatro fuertes baluartes estratégicamente situados, la extremeña ciudad prometía a ambos bandos contendientes una lucha cruenta y larguísima. La chusma roja se las prometía muy felices considerando a Badajoz como tumba de los «facciosos». Adeptos al bando nacional consideraban muy difícil una victoria inmediata. Y es que ni los marxistas conocían a nuestras tropas, ni los pusilánimes de este lado las conocían lo bastante.

A las puertas de Badajoz llegó Yagüe al frente de sus fuerzas de Regulares y Tercio. La arenga fué breve:

—Dicen los rojos que esa ciudad — y señalaba el coronel con los ojos el amurallado recinto — no la tomaremos jamás nosotros. Yo me he prometido a mí mismo que mis bravos legionarios, mis Regulares heroicos entrarán en Badajoz en cuanto ellos se lo propongan. Vosotros diréis si estoy equivocado o no.

No se oyó en filas ni una voz, ni un grito. Pero brillaron los ojos en fiebre de impaciencia, y se hicieron duros los gestos y garras las manos.

Se dió la voz de ataque. Empezó a llover metralla...

Y las tropas heroicas del heroico Yagüe, por una brecha abierta en la muralla, las bombas de mano apercebidas, el cuchillo entre los dientes, entraron

en Badajoz ante los ojos admirados de España y del mundo, ante el estupor indescriptible del mando rojo que desde entonces vió perdida la guerra.

Entraron en Badajoz las tropas de Yagüe bajo una lluvia ininterrumpida de fuego que desde las altas murallas, bien parapetados en su posición de superioridad, hacían las fuerzas marxistas. Desafiando el peligro cierto, mirando desdeñosos a la Muerte, seguros de sí mismos, alegres y optimistas, la sonrisa a flor de labio, la frase despectiva dedicada a la chusma roja, alentada por el ejemplo de sus jefes y de sus oficiales heroicos, cantando himnos de gloria y de triunfo; así entraron las tropas de Yagüe en la inexpugnable ciudad de Badajoz, baluarte marxista, en el que el gobierno de Madrid había acumulado toda suerte de elementos, que ellos creyeron invencibles, y sus más floridas esperanzas.

Eslabón de una larga cadena de triunfos rotundos fué aquel triunfo de Badajoz. Después de derrotadas las fuerzas rojas en una ciudad fortificada, ¿dónde pretenderían contener el empuje de las tropas españolas?

Allí debió el marxismo deponer las armas dando por conclusa una guerra que ya no podrían ganar. No lo entendió así y España hubo de ir reconquistándose en una victoria definitiva: Torrijos, Maqueda, Talavera, Toledo...

En la vanguardia de las huestes victoriosas, Tercio y Regulares. Mandando a éstos, Yagüe que renovaba en esta gloriosa campaña, aquéllas, todavía recientes de Marruecos, en las que mandando estas mismas fuerzas, formándolas, adiestrándolas, con-

duciéndolas siempre a la rosada meta de la victoria, pasó toda su vida de militar aguerrido.

Apenas salido de la Academia de Toledo — de ese Toledo mártir y héroe reconquistado por el empuje avasallador de las tropas expedicionarias — fué Yagüe como voluntario a Africa, figurando entre los primeros oficiales españoles encuadrados en los mandos de las fuerzas indígenas.

En Marruecos permaneció lo más de su vida, y allá estaba cuando nuestro Caudillo dió el grito de rebelión santa...

Tercio y Regulares, en apretado haz, formaron a la voz de Yagüe bajo el impaciente ondear de la bandera española. Y se cruzó el Estrecho...

Luego, Sevilla. Todo Extremadura. Castilla. Cada paso una victoria. Cada victoria un trozo de España libre del horror y del oprobio marxista.

Al frente de las tropas victoriosas, la gloriosa bandera bicolor. Aureolado con ella, gallardo, intrépido, el coronel Yagüe...

El Coronel Carrascosa

EN pleno corazón de Castilla, al pie de Peñalara eternamente cubierto de nieve, la honda nostalgia de Felipe V de Borbón, rey de España, hizo construir un palacio, rodeado de extensos jardines, trazados a modo de los de Versalles, en donde había transcurrido la vida del joven monarca. Amplias avenidas marginadas de árboles frondosos; fuentes monumentales cuyos juegos de agua son cosa de magia; jarrones soberbios; estatuas firmadas por los más afamados escultores; setos trazados en caprichosos dibujos; plantas exóticas cuidadas en soberbios invernaderos; cascadas artificiales; poéticos laberintos; sombríos vericuetos, todo cuanto la imaginación de los hombres puede inventar en un sitio para hacerle ameno y poético, acumulóse en estos jardines de San Ildefonso para ver de combatir la desoladora tristeza que se había apoderado del ánimo del rey. Dentro del palacio los más sabios arquitectos, los más preclaros pintores, los tapiceros más hábiles, los más

ingeniosos mueblistas, los más afamados artífices del mundo, en fin, derrocharon su ingenio y su talento tallando mármoles raros, vaciando bronce de filigrana, urdiendo tapices prodigiosos, pintando cuadros de pasmo, construyendo muebles fantásticos, y suntuosas arañas y mil caprichosos objetos, y salones de leyendas y fastuosidades de mito.

Todo eso hubiera desaparecido, y con ello muchos recuerdos de nuestra Historia, de no haber puesto unos hombres al servicio de España todo su amor y toda su gallardía y todo su patriotismo y toda su astucia. Veréis cómo :

Había estallado el movimiento salvador de nuestra Patria. Al otro lado del Estrecho el hoy Generalísimo de los ejércitos españoles y Jefe del Estado, general Franco, habíase sublevado contra el gobierno de Madrid, al grito de ¡viva España! Cundió entonces entre los marxistas españoles una actividad prodigiosa: hombres y hombres armados se echaron a la calle en defensa de un ideal absurdo, que acaso no sentían, y al que se vieron arrastrados por la venalidad, la ambición y la soberbia de sus dirigentes. Muchos pueblos comenzaron a gemir bajo la furia marxista que con una ausencia total del sentido humanitario se dedicó desde el primer momento al asesinato, al robo y al pillaje, insensibles al clamoreo de indignación que su proceder producía en las personas honradas: templos quemados, casas saqueadas, objetos artísticos destruidos, joyas del arte arquitectónico deshechas, y, lo que es peor, personas muertas después de suplicios horribles, niños asesinados... De alguna provincia dominada por las huestes rojas venían a la España liberada, a los españoles que sentían la Patria en el

corazón, detalles espeluznantes: en un pueblo, las tropas libertadoras se encontraron colgadas de un pie en las verjas de los jardines y en el barandal de los balcones tiernas criaturas que así murieron entre horribles sufrimientos. En otro, en medio de la plaza, veíanse restos calcinados de hombres que fueron quemados vivos.

Fué Segovia una de las provincias privilegiadas en que tanta monstruosidad no se produjo. Y debe Segovia entera ese privilegio, en gran parte, al Regimiento de Transmisiones, de guarnición, al estallar el movimiento salvador, en El Pardo, y que, rápidamente, audazmente, corrió en socorro nuestro.

Hablamos ahora con su coronel, D. Juan Carrascosa. Al hacerle presente nuestro deseo de que su nombre figure en la larga lista de héroes que salvaron a nuestra España de la roja tiranía, se excusa sinceramente modesto :

—No, señor, no: yo no he hecho nada extraordinario; yo no he hecho sino cumplir sencillamente con mi deber de español.

—Sin embargo, mi coronel, — le decimos — ¿quisiera usía contarnos, para contarlo luego nosotros a los niños de España, cómo lograron venir por entre las turbas rojas desde El Pardo a San Ildefonso?

Asiente con el gesto y con la sonrisa. Y dice :

—Con tal de que me llame de usted y no de usía... No me de tratamiento, por favor.

Es el coronel Carrascosa un hombre cordial, amable y simpático, que habla despacio, meditando lo que dice, sin ademanes descompasados, naturalmente, sencillamente. Es alto, delgado, y tiene una mirada viva que azoraría y no poco, si no la animase una luz simpática.

—Verá usted: — nos dice —. Y hace una ligera pausa para ordenar sus pensamientos. En seguida comienza el relato: —Nosotros, claro es, sabíamos lo que ocurría en España. Y desde el primer momento todos, absolutamente todos los jefes y oficiales de mi regimiento nos pusimos enfrente del gobierno que entonces teníamos; es decir, al lado de España, en el bando en que tenían que enrolarse todos los españoles que no quisieran ver a su Patria convertida en colonia del extranjero. Por eso, el mismo día que supimos lo ocurrido en Carabanchel y en el cuartel de la Montaña de Madrid, nos reunimos y acordamos unánimemente sumarnos al Ejército sin mirar partidismos ni doctrinas sino puesto nuestro entusiasmo en el bien de la Patria...

—¿Pensaron ustedes — le interrumpimos — ir a Madrid?

—No, desde luego. Ya no tenía objeto — nos responde. Y agrega: — La guarnición entera de Madrid estaba dominada por los marxistas. Por otro lado nosotros carecíamos de contacto con los compañeros madrileños. Tanto cambio de destino, tanta mudanza en los mandos, nos traía a todos desconcertados y nadie nos atrevíamos a fiarnos de nadie. Por otro lado, ¿qué hubiésemos hecho en Madrid los trescientos y pico de hombres que éramos solamente? Lo que acordamos fué sumarnos a cualquier guarnición sublevada. Elegimos Segovia. Y a Segovia vinimos por el camino más corto: por Navacerrada.

—¿Encontraron muchas milicias rojas en el camino?

—Muchas. Al principio, entre El Pardo y Colmenar, apenas nadie: unos carabineros, algún milicia-

no... En Colmenar ya nos encontramos con setecientos u ochocientos hombres armados. Por cierto — añade con una sonrisa — que allí tuvimos el primer tropiezo.

—¿Cómo fué? — preguntamos.

—El alcalde salió a nosotros a preguntarnos que dónde íbamos. Se le contestó que a Navacerrada, a ocupar el alto del puerto antes de que llegaran las tropas que se habían sublevado en Segovia. Habló de comunicar con la Dirección general de Seguridad y como viera que no nos oponíamos ni con un gesto, nos creyó. Verdad es — y aquí se acentúa la sonrisa del coronel Carrascosa, — que hacíamos los rojos bastante bien; sobre todo los muchachos: gritos marxistas, puños en alto... Muy bien. Nos dejaron pasar.

—Y ya, sin tropiezos, hasta San Indefonso, ¿no, mi coronel?

—¡Ca, no señor!—protesta—. Al contrario: el mayor obstáculo le encontramos en Navacerrada. Ya antes, por Torreldones, unos milicianos bastante desconfiados nos marearon a preguntas y hasta uno de ellos, subido al estribo de mi coche, me encañonó con su pistola mientras preguntaba.

—Mal rato, mi coronel.

Y el coronel Carrascosa, con esa naturalidad tan suya, responde ingenuamente:

—No... Después de todo, nosotros no hacíamos sino ir hacia donde nos llamaba el deber de militares y de españoles. Si hubiéramos caído habría sido en el cumplimiento del deber, como han caído algunos de los nuestros. — Tremola un poco la voz del coronel y hasta diríase que hay brillo de lágrimas contenidas en sus ojos. Una ligera pausa. Y

sigue: —En nuestro último camión venían el capitán Salas y los tenientes Bárcena, Sánchez Aguiló y Arbex con una veintena de soldados. Se despistaron..., creyeron acortar la distancia yéndose por otro camino..., no sé. Cuando llegamos a La Granja nos dimos cuenta de su ausencia. —Muy lentamente, pensativo, los ojos bajos, como hablando para sí, agrega: —Acaso también la traición de dos suboficiales que iban con ellos. A uno, un tal Quirós, le juzgó y le condenó un Tribunal militar a raíz de los sucesos de Asturias; al otro, apellidado García Malo, aunque fichado por todos nosotros aun le creímos buena persona. Pero tengo un consuelo: el de saber que no se rendirían Salas y los demás: si han muerto, han muerto matando.

—¿No se ha vuelto a saber nada de ellos?

—No. Todo se ha reducido a conjeturas, suposiciones, nada en concreto. Lo de la traición de los suboficiales tiene visos de verosimilitud porque al Quirós se le ha visto en el bando rojo, a las órdenes de Mangada.

Callamos. El recuerdo de los leales inmolados por la traición nos turba y nos deprime. Hay en el despacho en que estamos un silencio absoluto turbado débilmente por el lejano teclear de una máquina de escribir. Y para cortar ese silencio y dar un giro más grato a la charla, interrogamos:

—¿Y qué fué lo de Navacerrada, mi coronel?

Alza los ojos y vuelve a sonreír don Juan Carrascosa.

—Pues nada — dice —; que cuando ya casi nos veíamos en el final de la jornada que tan bien nos estaba resultando, nos salió al paso en Navacerrada

un comandante de ingenieros que nos conocía a todos bien.

—¿Y...?

—Francamente, no sé cómo salimos del atolladero. Fingimos, desde luego, que estábamos al lado de los marxistas; pero ya digo que él nos conocía bastante bien para no saber a qué atenerse. Ahora que fuera por amistad, por miedo — no podía ocultársele a ese comandante que si habla, el primero que cae es él—, o por dejación, o por no sacrificar los hombres que necesariamente hubiéramos muerto nosotros en caso de combate, o por lo que fuese, nos dejó pasar y hasta nos acompañó a un puente que hay al final de las Siete Revueltas en donde habían abierto una zanja que los mismos milicianos rojos se ocuparon de cubrir para que pasaran nuestros camiones... Desde allí, a La Granja.

—Donde los marxistas les esperaban creyendo que eran ustedes de su bando.

—Efectivamente; pero les duró poco el error, ¿verdad?

¡Ya lo creo que verdad! Como liebres corrieron... y no les hemos vuelto a ver. Afortunadamente. ¡Si efectivamente hubieran sido los hombres de Transmisiones — que tan donosamente burlaron a los marxistas a lo largo de una marcha entre ellos de más de cien kilómetros — del bando no nacional, ¡pobres jardines y pobre palacio los de La Granja! ¡Pobres personas de orden! Pero la astucia venció siempre a la fuerza... Y los jardines y el palacio que la honda nostalgia de Felipe V mandó construir, ahí están para gloria de España.

Antes de despedirnos del coronel Carrascosa inquirimos detalles de su vida; pero él, con su mo-

destia sincera, abroquelado en su sonrisa amable, responde categóricamente:

—De ningún modo. Yo soy un hombre sencillo que nunca ha hecho cosas extraordinarias. He cumplido siempre con mi deber, fuí donde me enviaron mi fe y mi amor a España. Nada más...

—Más, mi coronel: y ha librado usted a La Granja, y acaso a Segovia, de las hordas marxistas.

—Acaso no; pero, de todas formas, eso era, simplemente, cumplir con mi deber. ¿Qué hay de extraordinario en ello?

Y no hay medio humano de hacerle hablar más de sí mismo.

Pero oid, escuchad atentamente; más cerca, que él no se entere. Oid: Nosotros sabemos que allá en El Pardo, perdida en la noche insondable de la barbarie roja, quedó toda la familia del coronel Carrascosa y las de muchos de los oficiales que con él marcharon. Cuando llegó la hora de partir este hombre tan modesto, pero tan fiel a su España, subió a casa, reunió a la familia, rezaron todos un padrenuestro ante la imagen de Cristo crucificado, y, sereno, firme, fija la vista de sus ojos vivos en el cumplimiento de su deber de soldado y de español, el coronel Carrascosa se puso al frente de sus hombres, cara a lo desconocido.

Pero Dios, el Dios bueno que rige los destinos de los hombres, os premiará algún día este gesto sublime, mi coronel, y os volverá sana y salva a vuestras familias todas. Os debe Dios esa reparación, y Dios, el Dios bueno que rige el destino de los hombres, paga siempre sus deudas.

¡Dios os guarde, coronel Carrascosa!

NOTA.— El coronel Carrascosa ha sido ascendido a general de Brigada.

El Teniente Coronel Castejón

EL año 1924, —día de la Virgen del Pilar— en tierras de Africa, una bala atraviesa la guerrera de Castejón, cala el jersey, agujerea la camisa y señala en la piel un cardenal inmenso sin más consecuencias.

Año 1936. Alrededores de Madrid. La quinta bandera del Tercio, al mando de Castejón, ha llegado a la Casa de Campo. Viene—victoria tras victoria, en un alarde de técnica y de valor insuperables — ¡desde Sevilla! Una bala se clava en la pelliza del héroe, sin atravesarla apenas. Un zurcido vale el balazo. O una pelliza nueva.

Y al día siguiente...

Ha salido la quinta bandera de Retamares. Se traba un combate violentísimo. Una bala, de rebote, cala la ropa de Castejón y se mete en la carne. Es una herida escandalosa que hace manar la sangre en abundancia. Habla alguien de evacuar al herido ¡pero el herido se llama Castejón y manda una bandera del Tercio! Y Castejón sigue dando órdenes a

sus soldados hasta que la pérdida de sangre le obliga a dejarse conducir al hospital.

Se ha corrido la voz, en medio del caos de la lucha, por los hombres de la bandera:

—¡Han herido al teniente coronel!

Y los bravos soldados del Tercio centuplican su acometividad, su valor y su denuedo. ¡Han herido a Castejón...! Un grupo de ellos formó muralla en torno al jefe sentado en el suelo, junto a la camilla que le aguarda. Y los demás aguantan el fuego enemigo serenamente, estoicamente, en espera de la voz que ordene calar las bayonetas. Cuando la orden llega se lanzan los caballeros legionarios al ataque con ímpetu arrollador: llevan en la punta de sus cuchillos la fe en España, en la mente el recuerdo de su jefe herido y en el corazón la desgarradura que la bala en rebote había abierto en la carne de Castejón.

El jefe fué bien vengado...

Este fué el bautismo de sangre del heroico teniente coronel. Antes, desde el año 1918, habían siluetado mil veces su figura las balas en tierras marroquíes. Sólo el año 24 tomó parte en cerca de setenta hechos de armas. Sin un rasguño, oyendo en su torno el silbido de «las que no hieren».

Alcanza dos ascensos por méritos de guerra; interviene en las operaciones desarrolladas en Marruecos a partir del año 18, siempre al frente de fuerzas de choque—Tercio y Regulares—. En el glorioso Movimiento Nacional comienza su actuación en la misma Africa donde, como comandante, mandaba la quinta bandera; cruza el Estrecho en avión; toma los barrios de Triana y de la Macarena en Sevilla, al frente de un puñado de legionarios;

ocupa con esas fuerzas, aumentadas por falangistas y Guardia Civil, Alcalá de Guadaira, Arahal, Morón, Carmona, Ecija, Osuna, Puente Genil; en su incursión por tierras onubenses llega a La Palma; y, a partir de El Ronquillo, al norte de Sevilla, cruza con su quinta bandera invencible las provincias de Badajoz, Cáceres, Toledo y Madrid.

Su nombre, junto con el de Yagüe, se une a los nombres de las ciudades conquistadas que son, cada una, un poema de guerra: Mérida, Badajoz, Santa Amalia, Trujillo, Talavera, Torrijos, Maqueda, Toledo, Retamares...

Y cuando Madrid está «ahí mismo», al alcance de la mano, la bala «que ya había silbado» rebota en una piedra y viene a clavarse en la carne de Castejón. ¡Cuando Madrid «está ahí», después de quinientos kilómetros recorridos en medio de nubes de metralla sin un arañazo, sin un mal cardenal como aquel otro...

Casi desangrado, le evacuan hacia el hospital de sangre; y Castejón, echado sobre la camilla, aún vuelve el rostro hacia sus valientes legionarios y les anima con su voz que no puede llegar a ellos:

—¡Duro, valientes! ¡Duro con ellos!

¡Qué descansado se quedaría el mando rojo al enterarse de la herida de Castejón! Porque le tenían miedo; un pánico cerval que el orondo ministro de Marina del gobierno marxista no se cuidaba de ocultar en su diaria comunicación con los dirigentes bilbaínos a los que hablaba, verdaderamente asustado, del «temible Castejón».

¡Y eso que ya le habían fusilado... por radio, claro es! Como al Generalísimo, como a Mola, como a Queipo, desde su emisora de Madrid, el gobierno

rojo se deshacía de un enemigo formidable con suma facilidad.

Fué a raíz de la toma de Llerena. Todo, según «Unión Radio» había ocurrido muy sencillamente: se había contraatacado, se había cogido prisionero a Castejón y se le habían dado cuatro tiros. Ni más, ni menos.

Mas es el caso que, fusilado y todo, el bravo teniente coronel sigue avanzando con sus tropas. Y llega a Mérida, a Badajoz, a Trujillo... Y entonces el gobierno de Madrid—todavía se llamaba gobierno de Madrid—optó por un medio más seguro para deshacerse de aquella pesadilla suya que se llamaba Castejón. Dió el parte oficial del día: victorias brillantes de las fuerzas *leales*... que se replegaban *para mejorar posiciones*. Como siempre. Y, así, al desgaire, la terrible noticia: «en vista del desastre sufrido por las tropas *rebeldes*, uno de sus jefes, el teniente coronel Castejón, se ha suicidado».

¡Cuando el heroico jefe, que estaba cenando con sus ayudantes, se enteró de su suicidio hay que ver la cara que puso! Empero, cadáver y todo, al día siguiente, continuó su avance hacia Madrid. Y cuando algún soldado le decía que se resguardase porque tiraban de firme «los abisinios», Castejón respondía tranquilamente:

—¿Yo...? ¿Para qué? Yo estoy muerto ya dos veces, hijo. ¿Cómo quieres que me maten?

Y siempre en primera línea, el pecho al enemigo, cara al peligro, muy en su papel de invulnerable, Castejón siguió avanzando. Hasta las puertas de Madrid.

La estrella de ocho puntas que ostentaba en la bocamanga de su guerrera al salir de Marruecos

tenía a su lado otra. Y pasaban la tela del uniforme, a la altura del corazón, los prendidos de dos Medallas Militares.

Entonces vino la bala a morder su carne. Y en el hospital de Talavera, primero, y en el de Sevilla después, se desesperaba Castejón pensando en sus valientes legionarios tan cerca de él y tan lejos...

Nada era bastante para borrar su nostalgia del frente de batalla. Militar de pura cepa, patriota español, soldado aguerrido, soñaba Castejón con la guerra sin sentir las punzadas de la herida aun abierta.

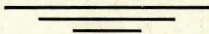
* * *

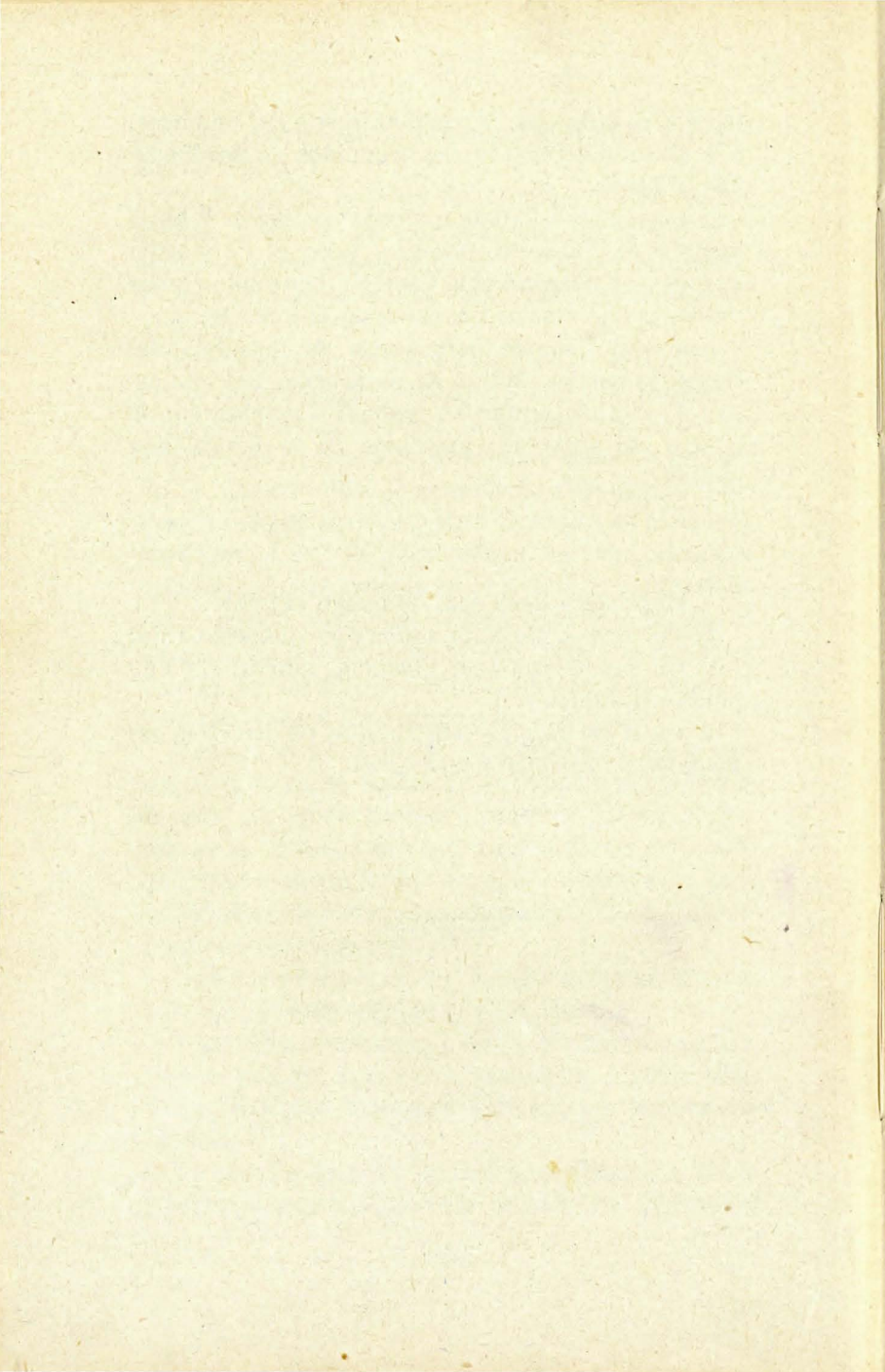
Y en primera línea está de nuevo el héroe.

El día menos pensado radiará el gobierno rojo:

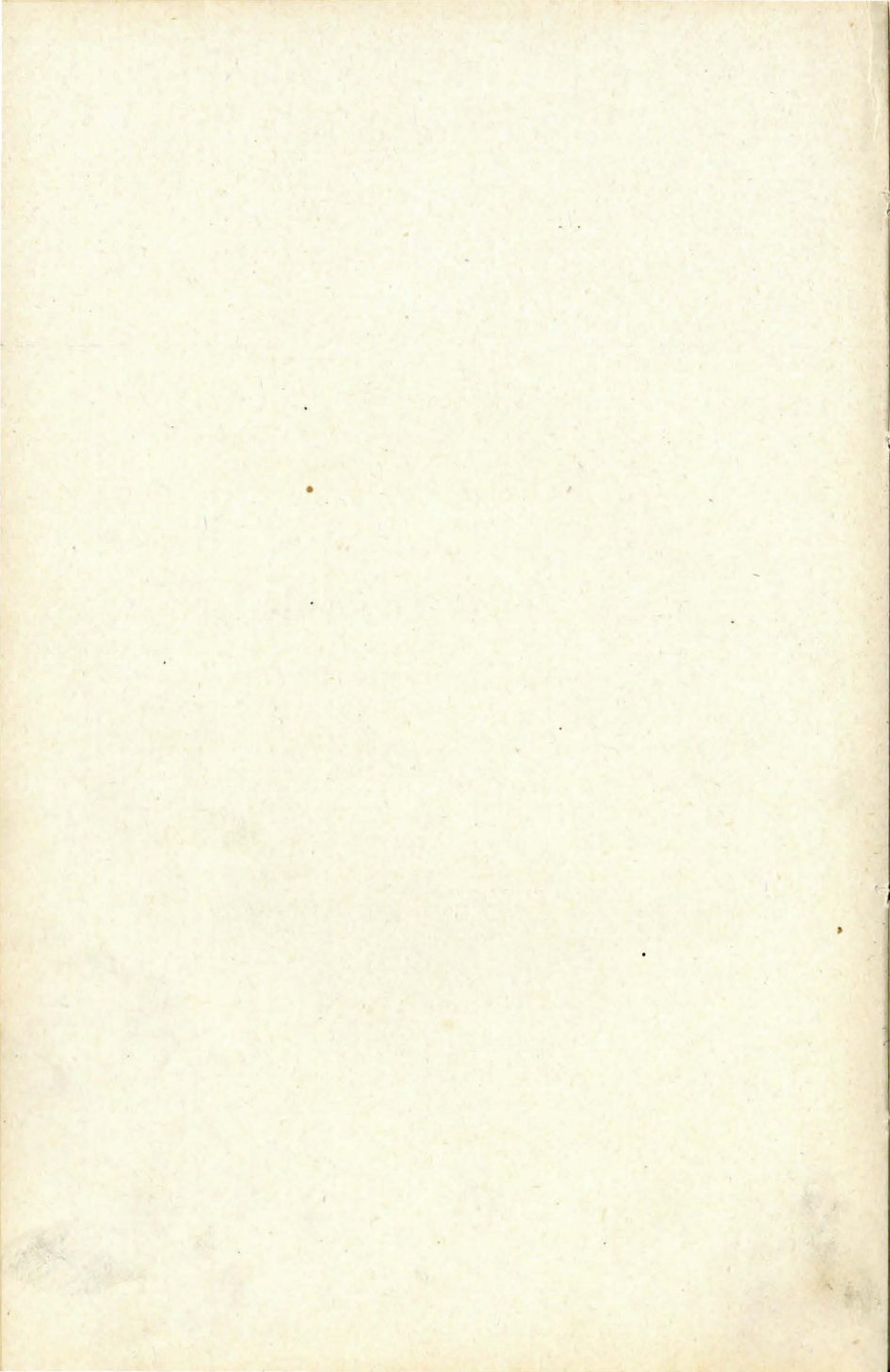
—«El teniente coronel Castejón, muerto de una pulmonía doble...»

A ver si así deja ya este hombre de hacerles replegarse *para mejorar posiciones...*





IN MEMORIAM



El General Sanjurjo

— “S IEMPRE que me acuerdo de él — dice nuestro amigo — le veo de la misma manera: montado a caballo, fijos los ojos en el enemigo, protegida la cabeza por un sombreroillo inverosímil, descubierta el pecho, socarrona la sonrisa y contestando inevitablemente cuando alguien le invitaba a parapetarse:

—Gracias; estoy bien. Usted a su puesto.

Contestaba sin volver la cabeza, sin quitar sus ojos saltones de las filas enemigas, sin abandonar su sonrisa socarrona, sin oír ya, seguramente, por la fuerza de la costumbre, el silbido de las balas que tantas veces dibujaron su silueta.

—¡Mi general, que le van a tocar! Póngase detrás de esa peña.

—Gracias; estoy bien...

Y seguía sobre su caballo, animando a la gente, despreciando al enemigo, desafiando a la Muerte que blandía su guadaña en torno segando vidas y más vidas. Sólo entonces, cuando caía alguno de

los suyos, se apagaba la sonrisa de sus labios; y era duro el mirar de aquellos ojos saltones y malhumorado el gesto y fiero el ademán amenazador”.

Nuestro amigo queda pensativo, enredada la mente en su recordar brillante.

Nosotros no recordamos así al general Sanjurjo. Nosotros, que tuvimos el alto honor de conversar con él una tarde luminosa de abril en su piso madrileño, y tuvimos también la desgracia de verle conducido como un reo vulgar al banquillo de los acusados, le vemos, al recordarle, o sentado en un sillón de su despacho, sometido, sencillo y cordial, a nuestro interrogatorio periodístico, o, altivo el mirar, crecida su figura menuda, un poco burlón el gesto, respondiendo, conciso, al interrogatorio de sus jueces.

—¿No es cierto que su sublevación iba contra la República?

—No es cierto. Iba contra el gobierno, contra la política equivocada de este gobierno que está deshaciendo a España.

¡España! En boca del laureado general Sanjurjo tenía esta palabra una significación tan honda, se sublimaba el vocablo de tal manera al salir de sus labios, que en aquella Sala de Justicia eran las tres sílabas como cohetes que, lanzados al techo en estampidos solemnes, caían suavemente, lentamente, en tres regueros de luz gloriosa.

¡España!

Al general Sanjurjo, al heroico general Sanjurjo, que tantas veces había puesto frente a los enemigos de la Patria su pecho generoso, su ancho corazón de sincero patriota, le brillaban los ojos cuando sus labios modulaban, tiernamente, acariciadoramente,

el santo nombre. ¡España! ¡Oh! Jamás tuvo para nadie este nombre bendito la honda significación, el ancho concepto, la sublime eufonía que cuando fué modulado aquella mañana del 24 de agosto del año 32 por los labios del general Sanjurjo. ¡España! Suavemente, acariciadoramente; y, sin embargo fueron las tres sílabas tres estampidos solemnes, deshechos luego en tres regueros de luz gloriosa.

Yo os digo que había tanta solemnidad, tanta majestad y tanta dulzura al mismo tiempo en el modo de pronunciar la bendita palabra, que la Sala entera quedó suspensa. Y ante aquella estupefacción, ante el calofrío de emoción sublime que el nombre de España así dicho produjo, la figura menuda del general se elevó tanto que diríase que fueron pronunciadas las tres sílabas desde el Cielo.

¡España!

Pero sobre el de la Justicia hubo de imponerse el sanchopancesco criterio de la política. Y el general Sanjurjo fué condenado. A muerte.

¡Mejor! La gallardía, la sublimidad del general y de los otros acusados precisaba de aquel remate. Y el criterio ruín de los jueces también.

—¿Quiénes son sus cómplices? — preguntaba el fiscal.

—Yo no tengo cómplices — respondía el general Sanjurjo—. Fui yo solo, sin contar con nadie, quien se sublevó.

—Sin embargo, ¿con quién contaba usted en caso de haber triunfado? — insistía el representante de la Ley.

Y Sanjurjo, irónico, acentuando su sonrisa, dejaba caer, lentamente, la estupenda verdad:

Si hubiera triunfado, contaba con todo el mundo. Y el primero con usted.

Se hundió el fiscal en su escaño de rojo terciopelo. Y tomaron sus mejillas el color del escaño.

Para disimular su turbación y detener el rumor jubiloso de la Sala ante la respuesta del general ilustre, se dirigió el ruborizado fiscal a otro de los acusados:

—¿Es cierto que no tenía cómplices don José Sanjurjo?

Y García de la Herranz, el bravo militar a quien la pregunta iba dirigida, pedía disculpa con la mirada a los ojos de su jefe y daba su respuesta gallarda:

—Yo estaba al tanto del movimiento y me sumé a él con toda mi alma. Si el general Sanjurjo ha de ser condenado, condénese a la misma pena, pues soy tan culpable como él.

—Yo conocía también el alcance de la sublevación — remachaba el capitán Sanjurjo, hijo del heroico general — y me uní a ella, voluntariamente.

—¿Por afecto a su padre? — interrogó el fiscal rápido.

Resonó la negativa rotunda del capitán:

—¡No! ¡Por amor a España!

La Sala estaba sobrecogida, estupefacta. Están los Tribunales de Justicia acostumbrados a las evasivas de los reos, a los gestos y a las palabras de inocencia, a las inculpaciones mutuas entre los procesados, a las falacias de los testigos, a la inutilidad de los careos, a las falsedades, a las mentiras, a las miradas de arrepentimiento. Y se encontraba este Tribunal con la gallardía de los acusados, con sus respuestas, claras, precisas, sin un balbuceo, sin

una contradicción; con la insólita actitud de unos hombres que reclamaban para sí solos, cada uno, los delitos de los demás. Pero la Sala tuvo que condenar a muerte a Sanjurjo.

Cuando comunicaron la sentencia al general, respondió éste tranquilamente:

—Bien. Muero por España, por querer salvar a España. Está bien. Que me fusilen cuando quieran. En resumidas cuentas, es justo: jugué y he perdido.

El gobierno pidió el indulto, firmado en el acto: se le negaba al general la honra de morir fusilado por querer salvar a España.

Eso fué la sublevación del general Sanjurjo en Sevilla el 10 de agosto de 1932: el intento gallardo de salvar a España de la catástrofe que la hubiera desolado en este año de luz y de gloria de 1936 de no haber hecho fulgir su espada el Caudillo al sol de la Verdad, de la Justicia y de la Razón. Fracasó el movimiento. Y el general heroico, conmutada la pena de muerte por la de reclusión perpetua, fué conducido para vilipendio de los hombres de la República, al penal de El Dueso, como un delincuente común, como un ladrón, como un asesino.

Y fué desde entonces el penal de El Dueso santuario de una peregrinación patriótica de la que se volvía con las pupilas bañadas de emoción y los puños crispados de rabia. ¡El general Sanjurjo, el laureado general Sanjurjo, el salvador de Melilla, el conquistador de Alhucemas, el pacificador de Tetuán, con traje de presidiario! Y con nombre de presidiario; pues para aquella taifa de sayones y de fariseos que ultrajaban a cada paso a España, ultrajando a sus hombres más representativos, el excelentísimo señor general, don José Sanjurjo Sacanell,

fué, a partir del momento en que tras él se cerraron las puertas del penal, el preso número 52.

En su celda clara vivió Sanjurjo días de nostalgia, de paz y de esperanza. Consagrado a sus recuerdos, renovaba cada día horas pretéritas de honor y de gloria; atento a la realidad presente, olvidando agravios, perdonando injurias, estudiaba, leía; mirando al futuro, soñaba nuevos días gloriosos plenos de ventura.

Sólo rompían la paz monótona de la hora presente los libros; y, en los días de comunicación, la visita ininterrumpida de amigos fieles que le llevaban con un abrazo el inapreciable obsequio de la charla animadora y jubilosa. En estos días se llenaba también la celda clara de risas infantiles: Pepito Sanjurjo, un muñeco rubio y parlero, el menor de los hijos del ilustre caudillo, era el encargado de alegrar la suave tristeza agazapada entre los altos muros del penal.

Lentamente, perezosamente, pasaron en su desfilar indiferente los días y los meses...

Y una mañana alegre y de cristal, de rosas y de oro, se abrieron chirriantes las puertas de El Dueso: el invicto general Sanjurjo era amnistiado.

Allá en la clara celda, limpia ahora de libros y de carcajadas infantiles, quedaba un traje de presidiario con el número 52 cosido al pecho.

Estoril, la alegre playa portuguesa fué el destierro elegido por Sanjurjo. La vida se presentaba a los ojos del general limpia y tranquila. El hijo, el hogar, la mujer. Y el recuerdo de su propia existencia tan pródiga en hechos gloriosos.

Para otro hombre que no fuese de la madera de Sanjurjo, la vida ideal; pero un español del recio

temple de don José Sanjurjo no podía resignarse a ver cómo su país se iba desmoronando rápidamente, empujado por las bajas pasiones de los que el azar había encaramado en las cumbres del Poder.

Sanjurjo, español acendrado, patriota racial, amante entrañable de su patria, tenía fe en los destinos de España, de la España sentida en lo hondo del alma, en la más pequeña fibra del corazón. Tenía fe. ¿Cómo no tenerla? ¿Pero es que la España de Felipe II, la gloriosa España del Siglo de Oro, la España heroica del Gran Capitán y de don Juan de Austria, la sabia España de Lope y de Cervantes y de Quevedo, la España grande de Cisneros y Velázquez y Goya y Cajal y Pereda iba a caer abatida y por la estulticia y por la pedantería de un covachuelista tortuoso y de un escritorzuelo necio y de un señorito inútil y de un obrero que jamás trabajó y de un abogadillo pueblerino enredador de voluntades?

El general Sanjurjo en su risueño retiro verde, azul, ocre y blanco de Estoril esperaba la hora gloriosa de la liberación, el irremediablemente cercano instante en que España, puesta en pie, reconquistaría sus fueros tan noblemente logrados.

Y llegó el momento. Caía, en Madrid, cercenada por las balas asesinas una vida preclara. Y a su grito de protesta, respondía el eco de la voz recia y viril del Caudillo que allá, en Canarias, se alzaba amenazadora. ¡Llegó el momento, general Sanjurjo!

Y la espada toledana del 10 de agosto, clavada en el techo de la esperanza, volvió a lucir, ágil y limpia—rayo de luna en la mano diestra del desterrado. ¡A reconquistar España, la España auténtica de nuestros mayores, la grande España de siempre!

Intentó detener la vehemencia del general la voz de su compañero de armas:

—¡Todavía no!—decía Mola—. Es muy pronto, Pepe. Aguarda. Tú vendrás cuando todo vaya bien para que goces de esta victoria que tan bien te has ganado. Espera...

Mas ¿quién pone diques a un corazón valiente, henchido de recio patriotismo? ¿Qué fuerza humana será capaz de detener el hidalgo impulso de un militar auténticamente español? ¿Dónde encontrar la razón bastante que frene el ímpetu de la santa voz del deber?

¡A reconquistar España! Cara al sol, en la diestra la espada toledana, fulgente, ágil y limpia—rayo de luna—del 10 de agosto; el pecho al enemigo, la frente alta, la sonrisa en los labios, la fe en el alma.

Ronco, impaciente y orgulloso el avión. Sanjurjo, febril de entusiasmo, se despide de los suyos. Y dice:

—¡Gracias a Dios, voy a ver de nuevo a mi España al cobijo de la santa bandera roja y gualda!

Acelera el motor sus explosiones. Vibran las alas grises al nervioso alentar. Y diríase que no es el avión quien vibra sino el noble corazón de Sanjurjo, henchido de recio patriotismo, el que trepida potente y magnífico.

Despega el avión. Un tropiezo. Una voltereta. La llamarada trágica. Gritos de angustia. Alaridos de espanto.

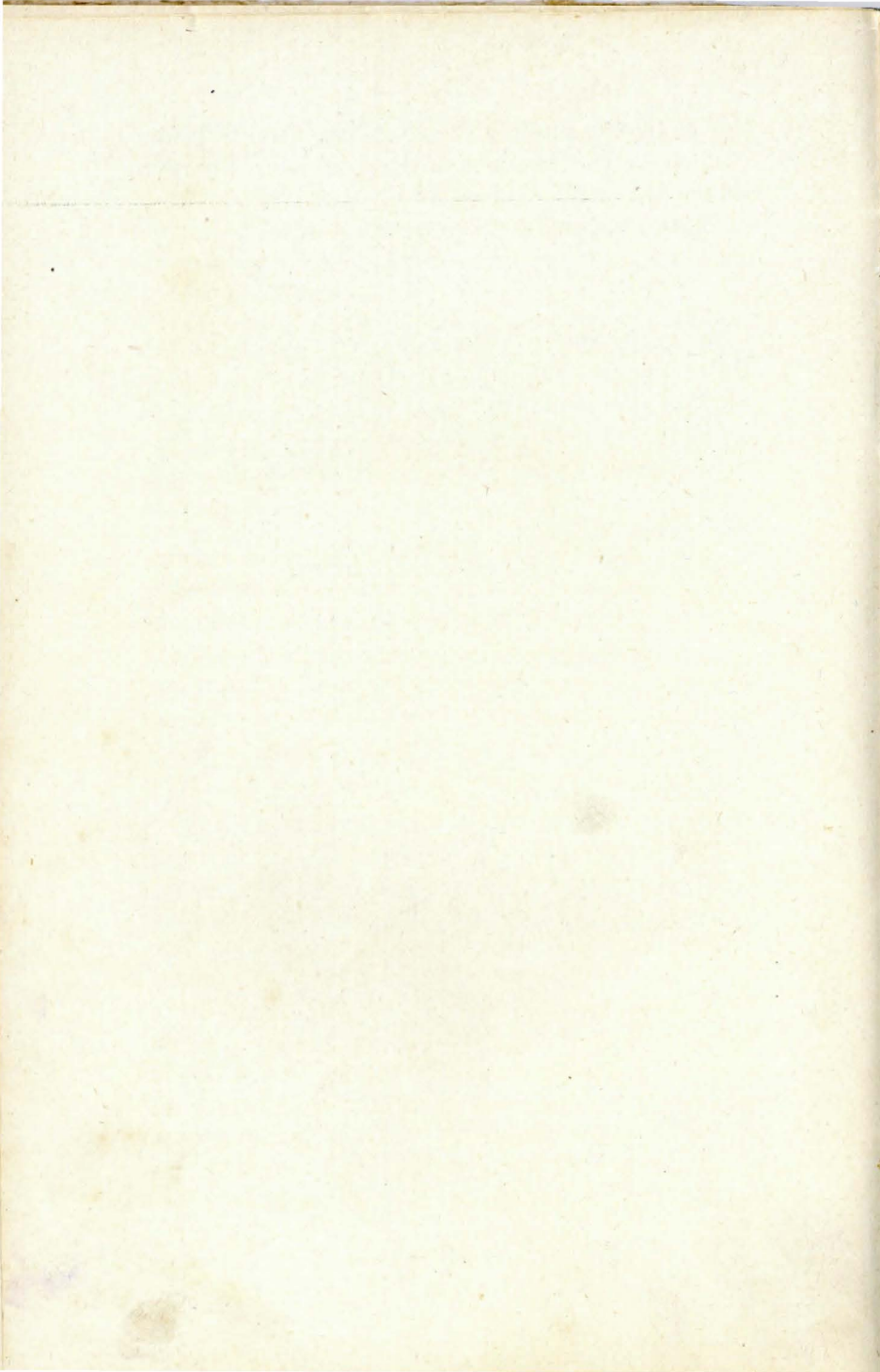
En la cabina, horriblemente carbonizado, el cuerpo rígido del egregio general. Tienen los labios un rictus suave de desencanto. Las manos, engarfiadas, no de terror sino de impotencia, se crispan sobre la

correa que no pudieron deshebillar. Y en la frente despejada del general heróico se quiebra un rayo de sol.

Dios lo quiso.

* * *

Es un cementerio blanco de cal y blanco de sol. Un cementerio pequeñín en el que cantan los pájaros y huelen las flores. En la cripta de esa capillita humilde, envuelto por la tierra acogedora del Portugal hermano, yace el Héroe. Espera el día cercano en que su cuerpo vendrá a España, a la gloriosa España de sus afanes, a reposar eternamente al cobijo de la santa bandera roja y gualda...



Don José Calvo Sotelo

A los treinta y dos años de edad, en diciembre de 1925, era don José Calvo Sotelo ministro de Hacienda en la nación española. Esto no se lo perdonaron jamás sus enemigos. Y es natural. Dada la psicología de nuestra España que antes del glorioso movimiento nacional sólo sabía vivir por y para la política, llegar a las más altas cumbres del Poder civil en plena juventud, era imperdonable. En España un individuo podía ser, a cualquiera edad, sin que por ello se molestasen demasiado sus compatriotas, un ingenioso inventor, un gran médico, un abogado ilustre, un admirable arquitecto, un estupendo filósofo. Sólo cuando este individuo invadía la esfera del Arte sin tener un elevado número de canas o una calva venerable, había de pagar el portazgo de su audacia dejándose en la estrecha puerta de la humana gloria jirones de vestidura, de carne, de honra y de alma que arrancábanle a dentelladas la envidia, la mordacidad y la bilis de los que hacían inauditos esfuerzos para no dejarle entrar.

Pero si se trataba de plantarse en el campo político, tenía el portazgo un precio tan elevado, eran las dentelladas de los ineptos, de los fracasados y de los vividores en oficio de guardianes, tan desgarradoras, que pocos muy pocos, eran los que lograban franquear la entrada y muchos los que, maltrechos, mutilados o muertos, quedábanse en el umbral.⁷ Solamente los que, ocultos bajo los pliegues de la levita de un personaje de la casa, tenían la suerte de pasar inadvertidos entre aquella fila de sabuesos, tan buenos olfateadores, se libraban de abonar el boleto de entrada.

Calcúlese el efecto que produjo en aquella turba amargada, amenazadora y gesticulante, la llegada de un hombre de treinta y dos años con una cartera de ministro bajo el brazo.

—¿Quién es éste?—preguntó uno.

Alguien dió la respuesta:

—Un gallego que, por lo visto, ha salido fino. Se llama José Calvo Sotelo.

—¿Calvo Sotelo?—no me suena...

No le sonaba el nombre de José Calvo Sotelo. Sin embargo su voz recia, varonil y entera se había dejado oír muchas veces en el Ateneo madrileño, antesala obligada en aquellos tiempos del recinto privilegiado en que tenían asiento los que significaban algo en la vida española.

La oratoria tajante, la enorme preparación intelectual, la vasta cultura del futuro ministro de Hacienda habían socavado muchos ficticios pedestales, y habían abatido muchas figuras de relumbrón y muchos falsos prestigios. No les sonaba el nombre de Calvo Sotelo, y Calvo Sotelo, cuando tenía veintidós años solamente, procedente de las univer-

sidades de Zaragoza y de Madrid, se llevó el número uno en las oposiciones a abogacías del Estado, brillante carrera cuya conquista da patente de elevadísima inteligencia; no le sonaba el nombre de Calvo Sotelo, y Calvo Sotelo había sido diputado a Cortes el año diez y nueve y gobernador civil de Valencia el veintiuno y Director general de Administración local, al advenimiento del Directorio militar, el 13 de septiembre de 1923.

Precisamente porque su nombre no le sonaba a los envidiosos y a los mordaces, don José Calvo Sotelo pagó bien caro su acceso al recinto de la gloria política: las lenguas soeces, las lenguas murmuradoras, las calumniadoras lenguas, se cebaron bien en su figura gigantesca. No hubo iniciativa suya, ni proyecto, ni propósito que no fuese examinado febrilmente en busca de un hueco por donde hincar sañudamente el afilado bisturí de la injuria y del sarcasmo; ni acto ministerial que no fuese acremente censurado sólo porque partía de él; ni decisión que no pasara mil veces por los tupidos tami-ces de los suspicaces y de los maliciosos.

Serenamente sufrió Calvo Sotelo todos los ataques. Y al fin hubo de hacérsele justicia, considerándole, cuando apenas tenía cuarenta años, uno de los mejores hacendistas de Europa.

Sencillo, modesto ahora en el cenit de su fecunda carrera como cuando comenzó a luchar, desdeñó este gran hombre el incienso quemado en su honor por los enemigos de antes, y siguió, imperturbable, su vida de estudio continuado.

Cayó del Poder el general Primo de Rivera arrastrando en su caída vertiginosa a todos sus ministros. La crítica despiadada, el típico derrotismo que ca-

racterizó nuestro siglo XIX y lo que va de éste, volvió a cebarse en aquellos hombres que, un poco asqueados y un mucho descorazonados al verse perseguidos con tal saña, abandonaron nuestra Patria en un éxodo voluntario.

Advino, en abril del 31, la República y con ella aquellas famosas Cortes Constituyentes, francachela legislativa en la que se impuso siempre el criterio del partido socialista, caterva de indocumentados, de analfabetos y de vividores que habían medrado siempre explotando la credulidad de sus prosélitos, anestesiados por la marrullería charlatanesca de sus tópicos de mitin. Y se impuso ese criterio a tal punto que, contra toda ley y todo derecho, el señor Calvo Sotelo, a pesar de haber obtenido tres actas de diputado, no pudo sentarse en su escaño del Parlamento. Acudió aquella cámara a todas las supercherías, a todos los manejos, a todas las arbitrariedades a fin de impedir que el ilustre diputado pudiera ejercer su derecho. Se tergiversó su triunfo, se pusieron trabas y cortapisas a la discusión de las actas, se chalaneó tanto y de tal manera que contra la voz serena y austera de la Justicia prevaleció el criterio izquierdista—la voz chabacana de la sinrazón—y hubo de quedarse el ilustre hombre público viviendo estrechamente en la capital de Francia.

Humildemente, precariamente; porque contra la calumnia se clavaron, elocuentes, los hechos. Y los hechos fueron que don José Calvo Sotelo hubo de apelar al periodismo para poder vivir. Artículos publicados bajo pseudónimo en A B C de Madrid y en algún periódico de América latina, forjados en la triste soledad del destierro, fueron los que llevaron pan a la casa del ilustre caudillo de Renovación Es-

pañola, al que la saña y la envidia suponían millonario.

De «fango, de sangre y de lágrimas» según la frase del que luego había de unirse a la furia marxista, fueron los dos años que duró el desgobierno republicano socialista. De fango, de sangre y de lágrimas que amenazaron ahogar a España de no venir una reacción enérgica.

Nuevas elecciones. El tinglado de aquella farsa trágica se vino abajo. Y vuelta a salir diputado don José Calvo Sotelo que ahora pudo ocupar su puesto en la Cámara legislativa en donde, desde el primer momento, se impuso su voz ungida de profundo patriotismo.

Y otra vez, como en los buenos tiempos del Ateneo, su cultura, su preparación, su recio españolismo, socavaron muchos ficticios pedestales, abatieron muchas figuras de relumbrón.

Se le temía y se le admiraba. Una frase suya era bastante para echar por tierra a un personajillo o para dar relieve insospechado a una figura desplazada. Aunque, aparentemente solo, querían desdeñarle, se oía su voz con atención suma en la seguridad de sacar siempre de sus palabras alguna enseñanza provechosa.

A los dos años se desplomaban aquellas Cortes. De nuevo vienen al Poder los hombres republicanos y socialistas — en alegre maridaje con unos cuantos diputados hechura de Moscú — que desde él prepararon la catástrofe, irremediable, de no haber salido a su paso el Caudillo de la nueva España.

Sañudamente se persiguió la insigne figura de Calvo Sotelo en estas Cortes. A extremo tal que un diputado de la mayoría dijo en pleno Parlamento

que «el asesinato del señor Calvo Sotelo era lícito». ¡Lícito el asesinato de un hombre cuya única ambición fué servir a España! ¡Lícito el asesinato de una figura prestigiosa de la política mundial!

Y es que les estorbaba. Les estorbaba su honrado patriotismo, su enorme cultura, su ecuanimidad, su rígido concepto del deber. Les estorbaba la sombra que sobre ellos vertía su talla gigantesca y en la España hidalga, en la noble España, manejada en aquel entonces por hombres sin conciencia, se perpetró el más horrendo crimen que cometerse puede: el señor Calvo Sotelo fué asesinado. Por agentes de la Autoridad.

He aquí la relación del hecho, desprendida de las noticias que daba la Prensa. A las tres de la madrugada del lunes 13 de julio se presentó a la puerta del domicilio del ilustre político una camioneta de la Dirección general de Seguridad ocupada por veinte individuos, al parecer guardias de asalto, unos de uniforme y otros de paisano. Algunos subieron al piso. Una sirvienta abrió la puerta y aquellos entraron rápidamente, disponiéndose a hacer un registro. Compareció el señor Calvo Sotelo y fué invitado a entregarse para ser conducido a la Dirección general de Seguridad. Intentó él comunicar con dicho Centro, pero el teléfono estaba cortado, rogando entonces a aquellos individuos que acreditaran su personalidad. Hizolo así el que parecía jefe, que exhibió un carnet de oficial de la guardia civil. Aún se resistió el señor Calvo Sotelo, alegando su condición de diputado; mas vistióse al fin, y bajando entre los guardias, ocupó un puesto en la camioneta que, rápidamente, calle de Velázquez abajo, desapareció hacia la calle de Alcalá.

Inmediatamente, la esposa del ilustre caudillo monárquico, comunicó con la Dirección general desde el teléfono de la portería de la casa. En la Dirección de Seguridad no sabían nada; este Centro no había dado orden alguna de detención contra el señor Calvo Sotelo. Se puso en movimiento la Policía; amigos particulares del político, evidentemente secuestrado, hicieron pesquisas por su cuenta. Y a las doce de la mañana, se averiguó que aquella madrugada, a las cuatro, se había hecho entrega de un cadáver en el depósito del cementerio del Este.

Aquel cadáver era el del señor Calvo Sotelo. Presentaba éste una herida de arma de fuego con entrada por la nuca y salida por la órbita del ojo izquierdo, con gran pérdida de la masa encefálica. Se apreciaban también diversas contusiones en el rostro y en los brazos, y una muy visible, en la pierna izquierda, cuyo pantalón aparecía desgarrado. La americana tirada hacia atrás, comprobaba que le había sido echada sobre la cabeza para cegarle y se desprendía de todo ello que el señor Calvo Sotelo había forcejeado intensamente con sus asesinos.

Produjo el asesinato una indignación profunda y una efervescencia indescriptible. De boca en boca, corría la noticia desoladora e inaudita:

—¡Han asesinado a Calvo Sotelo!

—¡Esta madrugada mataron a Calvo Sotelo!

Había brillo de emoción en todas las pupilas y se crispaban amenazadoras todas las manos, y un sollozo quebraba la voz en todas las gargantas.

Y es que no desaparecía sólo un hombre ilustre.

La Muerte se llevaba una esperanza inmediata, un caudillo insustituible, un cerebro privilegiado.

Se hacían comentarios, pronósticos, vaticinios. En voz alta, ya, con la seguridad de algo definitivo e inminente que, o nos hundiría en la abyección más lamentable, o nos elevaría a una gloria insospechada. Necesariamente, ineludiblemente. No podía ser de otra manera. ¿Es que era el asesinato de la egregia figura un suceso circunstancial, un accidente, un azar lamentable? De ningún modo. En la conciencia de todos estaban las palabras recientes del entonces Presidente del Consejo de Ministros, declarando responsable al señor Calvo Sotelo de unos sucesos que habrían de producirse. En la historia de la política se dió el caso inconcebible de que un Estado por boca de sus representantes, se declaraba beligerante, combatiente frente a un núcleo selecto y numerosísimo de opinión. Se avecinaba una siniestra tormenta que nadie sabía de dónde iba a partir ni en qué lugar descargaría su furia.

Y el asesinato de Calvo Sotelo fué el primer relámpago deslumbrador que nos cegó de luz clarísima. Ya sabía España qué sucesos eran aquellos a los que se refería el morbosos Presidente del Consejo.

En la sesión de la Comisión permanente de las Cortes, celebrada a otro día, el conde de Valledano, don José María Cid, el señor Gil Robles y el señor Ventosa, pusieron de relieve toda la trama siniestra. Fueron sus discursos, despiadados, de una energía gallarda, la más formidable diatriba, la más terrible condenación que ha oído jamás un Gobierno. En ellos se formularon claramente, concisamente, acusaciones tan temibles que el Gobierno, desbordado

por una anarquía palmaria, fué impotente para desvirtuar. Sin eufemismos ni ambages el conde de Vallellano y don José María Gil Robles, lanzaron a la pública luz estas palabras:

—¡El gobierno ha sido el asesino del señor Calvo Sotelo!

Estaba en el ánimo de todos, y, sin embargo, fué la frase un trallazo dado a la sensibilidad del país.

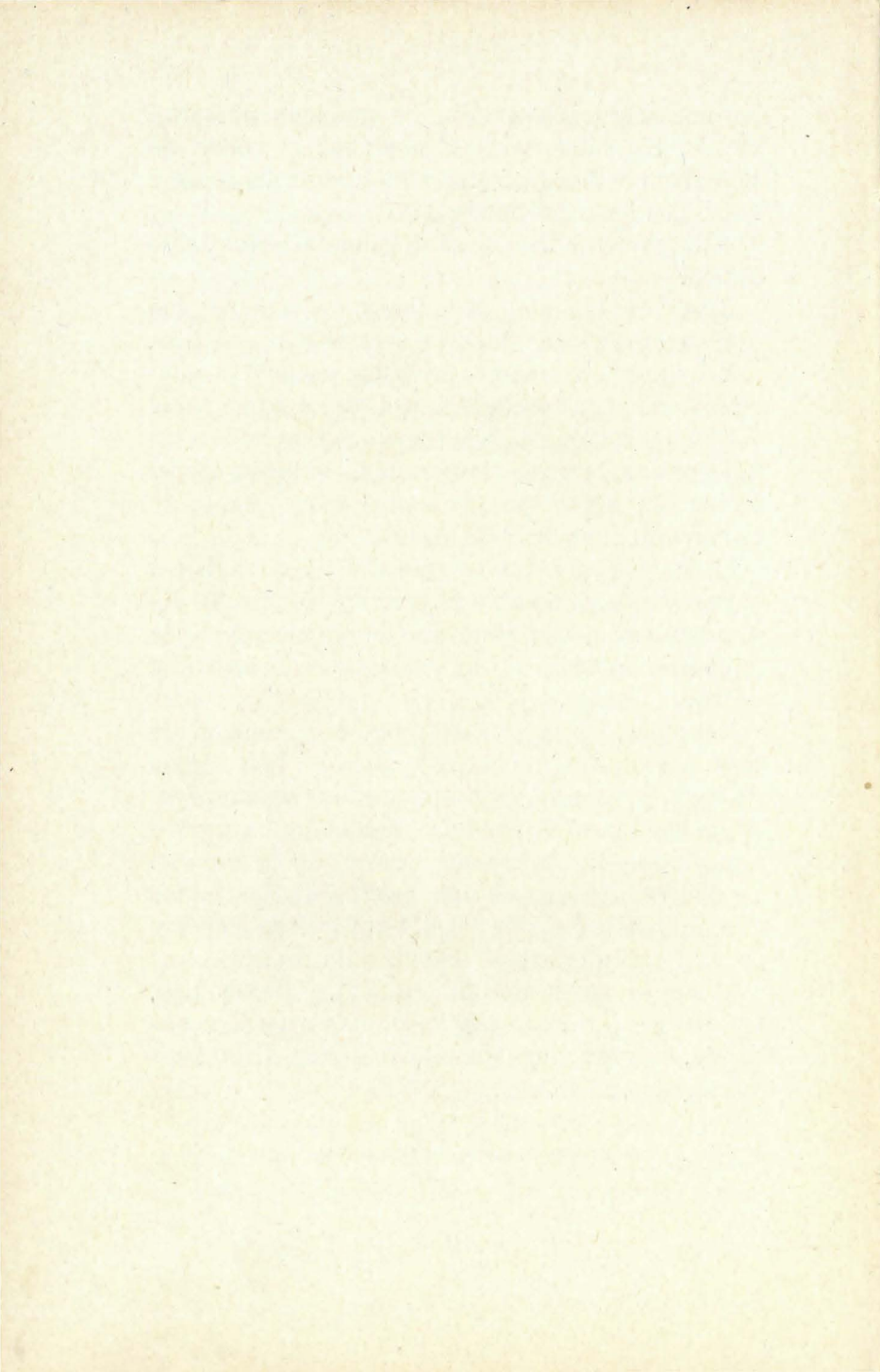
Y tornaron los puños a crisparse y volvió la emoción a empañar las pupilas. ¡Qué rabia y qué pena!

Pero los designios de Dios son inescrutables. Lo que era una desgracia irreparable, un hecho monstruoso, era también la llama gloriosa que había de prender en el corazón de España.

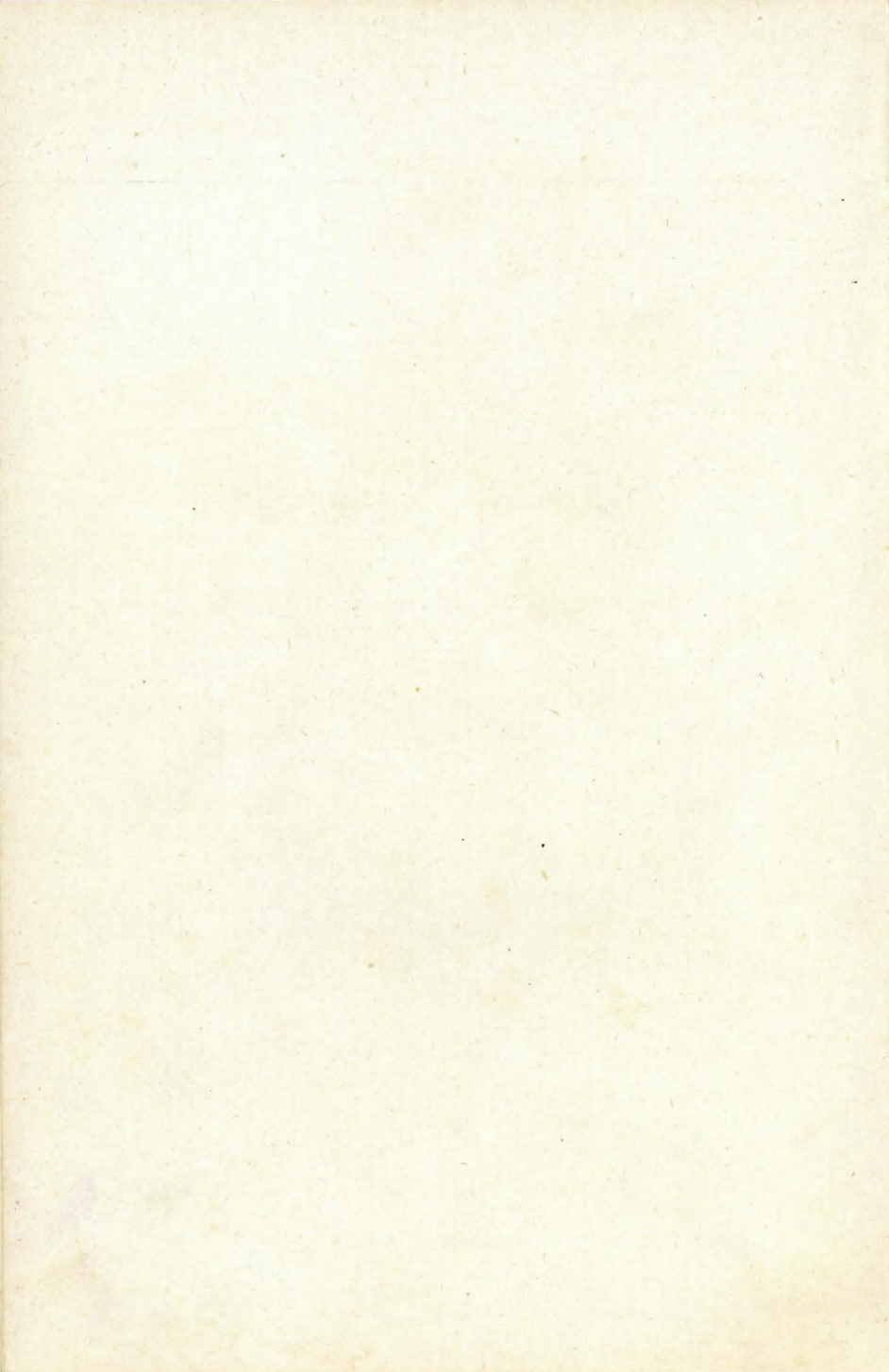
La figura de don José Calvo Sotelo, de humana hízose divina, el hombre se convirtió en mártir. En el mártir que necesitaba como punto de apoyo la poderosa palanca del movimiento salvador de la Patria.

Descansa, Calvo Sotelo. Tu figura gigantesca, señera, preside esta reconquista gloriosa. Eres espejo de cada conciencia, estímulo de cada esfuerzo, ayuda de cada desfallecimiento. Y guía de los corazones, y horizonte de España y norte de esperanzas. Tu nombre glorioso es una oración en los labios trémulos de la Patria y es su orgullo ser tu Madre y ser la Tierra que cubre tu santo cadáver.

Tienes en cada corazón español, Calvo Sotelo, un altar perenne, en cada mente un recuerdo continuado, en cada alma, un sitio de honor. Caudillo y mártir, duerme en paz.



MILICIAS



Falange Española

SE estremece la ciudad toda al latigazo del entusiasmo. Sobre su clamor cotidiano se eleva el clamor inconfundible de las grandes emociones, de las grandes alegrías. Son gritos inarticulados, frases truncadas, vítores entusiasmados, alaridos de victoria. Se cuelgan los balcones, se despliegan a los aires españoles los viejos colores de la santa bandera. Enérgicos, vibrantes, suenan los rotundos sonos de una marcha militar.

La Falange Española desfila.

Vienen los muchachos del frente de batalla. Hay un ingenuo que pregunta curioso:

—¿De qué frente?

Y se le responde:

—De cualquiera, señor. Falange Española tiene el honor y el orgullo de luchar en todos los frentes. Desfilan los bravos falangistas.

Vienen sucios, rotos, quemados de sol y de frío, crecida la barba. Pero hay gallardía en el ademán

resuelto, entereza en el mirar ardiente, apostura en la actitud arrogante.

Ajenos al entusiasmo que despiertan, los muchachos caminan hacia su cuartel, entre colgaduras vistosas, banderas desplegadas y brazos extendidos, a los sones triunfales de su himno viril.

Vienen del frente y volverán al frente en seguida. Esta magnífica juventud de ahora no sabe vivir sino con el fusil en las manos crispadas, en la mente el nombre de España y en el corazón el santo afán de librar a la Patria de los apóstatas, de los extranje-rizantes, de los traidores y de los malvados que, a sabiendas, iban convirtiendo el recio solar hispano en cimientos del edificio moscovita que había de forjarse con todos los odios, con todas las vejaciones, con todas las falacias y todas las esclavitudes.

Desfila la Falange...

Las calles de la ciudad se han vestido de júbilo. Y los pechos todos sintieron el dulce ahogo de la más santa emoción.

Durante tres años consecutivos la sangre juvenil, ardiente y pródiga de la Falange regó el suelo español manchado por la negra planta de todos los odios, de todas las vesanias, de todas las persecuciones. Flores rojas — rosas de pasión, claveles de dolorosa ofrenda — fueron, sobre las negruras del dominio marxista, los cuajarones de sangre de la Falange Española. Rojas flores, frescas y palpitantes, que abrieron sus cálices henchidos de todas las fragancias al resplandor primero de un nuevo sol que había de alumbrar la nueva España heroica de los gloriosos destinos. Rosas de sangre que, clavadas en las flechas del haz simbólico tallado en el cielo hondo y azul de la España nueva, saturaron

el aire de la esperanza con los perfumes suaves de una realidad inmediata. Rosas rojas de pasión. Cuajarones de sangre juvenil, ardiente y pródiga: nuncios del imperial jardín español; noble ejecutoria de la Falange Española.

Apenas nuestro Caudillo lanza a los aires españoles su grito de rebelión santa, surgen, como por encanto, en cada ciudad de España, una legión de jóvenes vigorosos, optimistas y entusiastas. En la camisa azul, sobre el corazón, llevan el yugo y el haz imperialista bordados en rojo. Sobre el corazón. Y en los labios, un himno triunfal:

«Cara al sol, con la camisa nueva
que tú bordaste en rojo ayer...»

Cara al sol de los nuevos destinos, con brillo de sol en los ojos y con calor de sol en el alma, marchan los falangistas a todos los frentes. Y en todos los frentes vencen. Nombres de ciudades, de montañas, de ríos, de desfiladeros y de valles se incorporan, aureolados de gloria, a las gestas brillantes de la Falange Española.

Caen los bravos falangistas; pero no mueren: van, con los compañeros, a formar la guardia que sobre los altos luceros han montado. Guardia permanente, de honor y de gloria. Y junto al caído surge el sustituto. Trae la sonrisa en los labios; en los labios el himno triunfal de la Falange; en la mente el perenne recuerdo del caído, estímulo, acicate y emulación del nuevo falangista.

«Impasible el ademán», disciplinada, brava, avanza la Falange, cara al sol de la nueva España, bordadas sobre el corazón las cinco flechas del haz simbólico. Avanza la Falange. Y en cada avance,

en las cinco flechas, trae prendidas cinco rosas: la rosa de la victoria, la de la esperanza, la del honor, la del heroísmo, la de la gallardía.

«En España empieza a amanecer». Y el sol pujante, cegador, dorado, vierte sobre la noble España de los altos destinos sus claros rayos de razón y de justicia, barriendo las sombras compactas que bajo nuestro cielo azul acumularon los de la anti-Patria.

Cara a ese sol de razón y de justicia, con el haz y el yugo bordado en rojo sobre el corazón, está Falange Española. Aguerrida, firme, impetuosa, juvenil, arrogante. Tiene en los labios la suave sonrisa de la victoria. Y las notas de su himno triunfal se expanden airozas y suben, suben firmes y sonoras hasta los altos luceros, sobre los que, eternamente, hacen guardia de honor los caídos...

¡Arriba España!

Boínas Rojas

EN esta primavera en nuestra España inmortal, en la que la siembra de un españolismo auténtico dió vigorosos brotes de patriótico fervor a la cálida voz del Caudillo, florecieron en los campos de batalla, en los sitios del máximo honor y del máximo peligro, desde el primer instante, las amapolas de las rojas boínas tradicionalistas.

La recia Navarra lanzó a voleo sobre la España dominada por las hordas moscovitas sus bravos hijos. Todos. No quedó en la Navarra entera un solo hombre que fuese útil para la guerra. Jóvenes y viejos, los fieles navarros, fuertes como robles, empuñaron las armas al santo grito de «¡Viva España!» y sus rojas boínas pusieron en la austera Castilla, en la alegre Andalucía, en el Aragón patriota, en la Vasconia mártir, una nota gaya llena de luz.

Marchaban los navarros al frente de batalla alegres y decididos, al aire las notas claras de sus cánticos bravos, impulsados por su recio patriotismo,

sostenido por su fe inextinguible y por las animadoras voces de sus madres, de sus mujeres, de sus hermanas y de sus novias, que, limpias las pupilas y segura la voz, acrecentaban aquel impulso, aquella decisión, aquella alegría y aquella fe, animando más a los animados boínas rojas.

¡Madres navarras...!

La Prensa toda publicó el gesto sublime de aquella mujer, digno parangón de las madres espartanas que decían a sus hijos cuando éstos partían a la guerra, al entregarles el escudo:

—¡Vuelve con él o sobre él.

Esta mujer navarra quedaba sola en casa. Su marido y tres de sus hijos marchaban al frente. La cena de despedida fué bien triste. Pero no porque marchaban a la guerra sus más queridos seres, sino, precisamente, porque uno de éstos—el menor de los hijos—se negaba a empuñar las armas en defensa de la Patria.

Alegaba el muchacho su extrema juventud, la molestia de una enfermedad imprecisa, el deseo de no dejar sola a la madre, la cual, airada, le respondía siempre:

—¡Excusas, pretextos!

Llegó el día de la partida. La cena comenzó plácidamente. Sentábanse en torno a la mesa el padre, la madre y los tres hijos expedicionarios. Y cuando el menor quiso aventurarse a ocupar su puesto acostumbrado, se oyó la voz de aquella mujer admirable:

—En esta mesa no hay sitio para los cobardes.

Al día siguiente dió la respuesta el muchacho a la frase de su madre marchando al campo de batalla.

Dos semanas después figuraba su nombre, aureolado de gloria, entre los notablemente distinguidos en una dura acción de guerra.

Duraba aún el comentario a esa anécdota cuando nos sorprendió la presencia en las filas tradicionalistas de un pequeño «requeté»; pequeño de años y de cuerpo. Bajo su amplia y roja boína ahormada con un gran aro de mimbre, «ratón bajo una taza», marchaba el diminuto navarro marcialmente, braceando airoso, pisando fuerte, altivo el mirar, erguido el cuerpecillo feble. Unos razonables mostachos y la tizona golpeándole las piernas faltaban sólo a nuestro hombrecito para ser estampa fiel de aquel segundón d'Artagnan que, caballero en su rocín anaranjado, entróse por las puertas de París dispuesto a conquistar el mundo.

Para que nada falte al parecido, el d'Artagnan navarro es tan gascón como el auténtico. Si éste se dispuso a conquistar un mundo con la punta de la espada, aquél ha de conquistar, si le dejan, mundo y medio con la boca de su mosquetón.

—¡Como me dejen...! — dice con voz entera en un tono que es un reto a la suerte, un continuo desafiar a todos los enemigos habidos y por haber.

Lo mismo que el mosquetero de Luis XIII llegó a mariscal, este otro mosquetero del tradicionalismo español, emulará las hazañas del propio Zumalacárregui. Lo dicen su decisión, su mirar vivo, lo enérgico de sus ademanes, el dinamismo de toda su persona. Y, sobre todo, su condición de navarro.

Nos cuenta su historia breve con laconismo espartano :

—Murió el padre. Mi madre y yo trabajábamos unas tierras nuestras. Vino la guerra. Cruzaron por

el pueblo mío unas compañías de «requetés». Mi madre me miró a los ojos *que ya la estaban mirando...* y dejé la azada. Un beso. Y aquí estoy, a luchar, y a vencer o morir «por Dios, por la Patria y el Rey».

—¡A vencer! — le decimos.

Le brillan los ojos bajo el rojo vuelo de la boína ahormada. Y nos repite:

—¡Como me dejen...! ¡Oh, como me dejen...!

«Le dejaron». Esos seres imprecisos a los que él aludía en su frase desafiante, le dejaron. Nos trae la noticia una crónica de guerra que dice:

«...El pequeño «requeté» ofrecióse para ver de callar a la ametralladora que, desde su emplazamiento inexpugnable, «paqueaba» a nuestras avanzadas. Rechazó el jefe del destacamento la oferta; mas tanto insistió el pequeño voluntario que aquél hubo de ceder.

Partió. Pronto su figura menuda perdióse entre los altos matorrales... Minutos de expectación. De repente el característico sonido de la bomba de mano que explota... Un cuarto de hora más tarde se presenta en nuestras trincheras el bravo «requeté» diminuto. La ametralladora no volvería a «paquear». Y el nido inexpugnable de su emplazamiento — tumba de los diez milicianos rojos que la manejaban — era tomado inmediatamente por nuestras avanzadas.

El jefe de las fuerzas ha propuesto al heroico «requeté» Garayoa para una alta recompensa».

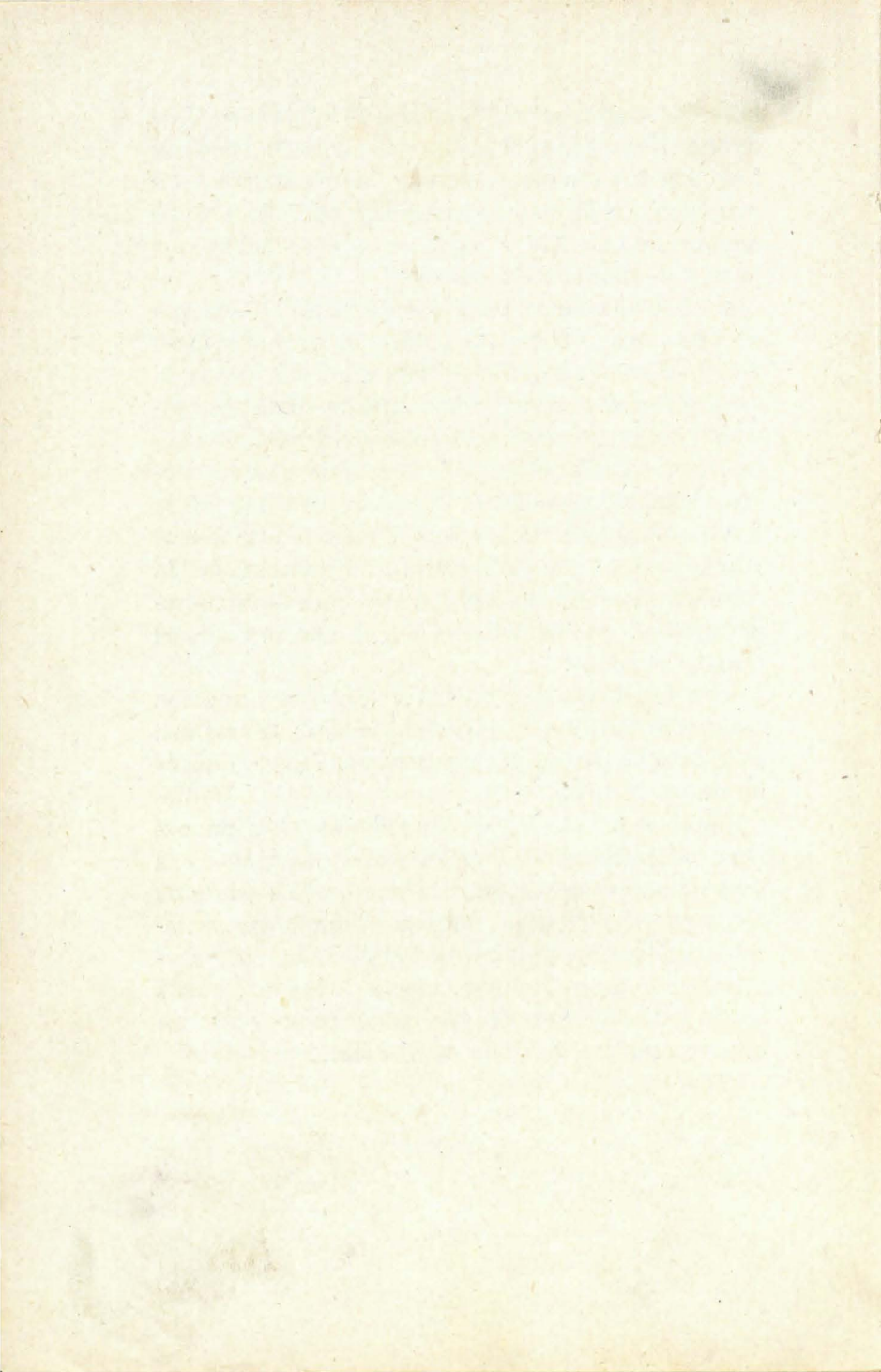
El d'Artagnan navarro encontró, y aprovechó bien, su baluarte de San Gervasio en esa Rochela que se llamó Somosierra. Sus gasconadas, como las del otro, dejaron de serlo para convertirse en actos

heróicos y abnegados en cuanto le «dejaron». Y en día no lejano sobre el pecho del pequeño Garayoa fulgirá la luz fascinante de una condecoración, primer tramo de la pina escalera que condujo al mosquetero de Luis XIII al lugar en que se hallaba el bastón de mariscal de Francia.

¿Cuántos Garayoa tiene «el Requeté»? Cada día nos traen las crónicas de guerra el hecho insólito de un «boína roja». Todos llevan en sus venas la sangre fecunda del heroísmo callado, de la abnegación sincera, del acto enfervorizadamente alucinante. Iluminados, poseídos por la fe honda en los nobles destinos, presente en sus corazones magníficos el nombre santo de la Patria, luchan los bravos «boínas rojas» con denuedo tal, con tan aguerrida decisión que figuran siempre, a la hora de la suprema verdad, en las mismas líneas que forman las tropas veteranas.

«Por Dios, por la Patria y el Rey» lucharon los padres de los heróicos «boínas rojas». «Por Dios, por la Patria y el Rey» luchan éstos. Y lucharán sus hijos, sus nietos...

Siempre que nuestra España se aboque a un peligro, surgirán en las montañas navarras las rojas boínas; poblarán los campos de batalla — puestos de honor y de peligros máximos — amapolas cuajadas al cálido nombre de la Patria. Y en cada «requeté» habrá un Garayoa, nuevo Artagnan, capaz de subir la pina escalera que conduce al recinto en que se guarda el bastón del mariscal...



Renovación Española

AL cobijo de nuestra bandera santa, amparados por la gigantesca sombra de la egregia Víctima, piedra fundamental de la sublevación bendita que supo abatir el poderío marxista en nuestra Patria, de cuyo hidalgo suelo extirpará la más honda raíz, el más insignificante brote, los muchachos de Renovación marcharon al campo de batalla. Con alegre entereza. Y es que les impulsaba su fe, la poderosa reciedumbre de sus convicciones. Y les amparaba la gigantesca sombra de la Víctima egregia.

—Ya tenemos, desgraciadamente, — había dicho el Generalísimo, en su dorado destierro de Tenerife — la víctima...

Balas alevosas, habían abatido la figura española de don José Calvo Sotelo. Y Renovación Española supo guardar su luto, calladamente, virilmente, y empuñó las armas con decisión abnegada.

No era sonada la hora de la venganza, sentimiento ruín proscripto de los nobles pechos hispanos, sino de la liberación. Las balas alevosas que habían

truncado la vida de Calvo Sotelo sonaron como fuertes aldabonazos en la puerta de las conciencias españolas. En pie la Nación entera, Renovación pidió un puesto de honor en la libertadora lucha, y, bajo la advocación del nombre que es hito de los años abyectos y arranques de los días de gloria, formó sus batallones de combatientes que, al cobijo de nuestra bandera santa, amparados por su fe, marcharon al campo de batalla a renovar gloriosos laureles añejos, reverdecidos ahora al riego fecundo de la sangre de nuestra juventud generosa.

Ellos, los muchachos de Renovación Española, en los campos de batalla. Ellas, las mujercitas piadosas y valientes, en los roperos, en los hospitales de sangre, haciendo a los heridos más soportables las dentelladas de la guerra con la levedad de sus manos de seda.

¡Mujeres de Renovación, del Requeté, de Falange, de Acción Popular, de todas las bravas milicias que ayudan a nuestro Ejército salvador! ¡Piadosas mujeres, mujeres valientes, españolas, que dejásteis la tibieza de vuestro hogar para acudir solícitas en socorro del herido, del mutilado, del enfermo, domineando vuestra sensibilidad exquisita, ahogando los desfallecimientos de vuestras blancas almas ante el horror de un hospital de sangre! En el altar que la Patria ha elevado en un corazón maternal a sus héroes, tenéis puesto de honor, mujeres españolas, palomas albas de piedad y de consuelo.

Ellas en los hospitales, en los roperos... Ellos, decidos y alegres, en el campo de batalla, haciendo cada día, prodigios de valor, de animoso esfuerzo, de heroísmo y de audacia; prendida en la mente la figura ingente de la Víctima, en los labios el grito

de guerra y de amor a España, en los corazones la sed del triunfo definitivo que elevará a la Patria el rango de nación privilegiada.

Los bravos muchachos de Renovación Española perdieron ya en el campo de batalla señeras figuras de su credo. Y cada una de ellas fué acicate y estímulo para los que quedan que siguen impávidos la luminosa estela que marcó en los ámbitos hispanos la gloriosa espada del Caudillo y la sangrienta senda, camino de gloria, que los borbotones de la sangre de don José Calvo Sotelo trazaron la luctuosa noche tras de la que, en aurora radiante, comenzó a amanecer en nuestra España inmortal.

Día tras día, hora tras hora, los bravos muchachos de Renovación contribuyen al esfuerzo esplendoroso de esta nueva España que surge potente y viril, cara al porvenir, sin olvidarse de su tradición heroica de la que fué el marxismo triunfante en España, se había desatendido en un gesto altivo, lleno de pedantesca suficiencia. Como todos los milicianos, estos milicianos de Renovación Española están en todos los frentes. Y son adjetivos heroicos a sus actuaciones brillantes los nombres de los puestos conquistados con el denuedo y el temerario valor de nuestras más veteranas tropas.

Les guía su amor a España, su ideal, su fe entrañable. Y van al combate al cobijo de la santa bandera bicolor, amparados por la sombra gigantesca de la egregia Víctima, figura señera en la historia de nuestra Patria. Y por la roja cruz de Santiago, bordada, sobre el verde esperanza, al lado del corazón.

Acción Popular

LA pena y la rabia habían cuajado en los ojos del mozo aguerrido dos lágrimas redondas y transparentes que, al rodar por las mejillas atezadas, por el polvo y el sol dejaron dos surcos de luz. Y él sin cuidarse de su llanto, sin disimularlo, acaso sin darse cuenta exacta de que estaba llorando, siguió narrándonos la muerte de Méndez Vigo, el bravo capitán.

Había en la voz del muchacho ahogos repentinos en los que la voz se truncaba durante unos segundos. Y entonces él daba unos chupetones rabiosos al cigarrillo, se limpiaba las lágrimas de un manotón y seguía hablando.

—Nuestro capitán acababa de recibir una mala noticia—dice—. Los rojos le habían fusilado otro hermano y habían encarcelado a su padre... Pero al mismo tiempo que el teléfono de la posición le traía aquellas noticias crueles, llegaba a nosotros el moscardoneo de unos aviones nacionales que

habían de proteger nuestro avance. Entonces el capitán, sobreponiéndose a la honda pena que en aquellos instantes atenazaba su gran corazón, bajo un diluvio de balas, marchó a la avanzadilla nuestra. Iba como siempre: sereno, impávido, sin apresurarse, haciendo caso omiso del espantoso fuego de fusilería y ametralladora que los rojos hacían sobre el barranco por donde marchaba él. A poco rato... Uno de los nuestros, sofocado por la carrera y por la emoción, nos traía la noticia absolutamente increíble: «¡Han matado al capitán...!» Corrimos todos allá... Muy pálido, los ojos abiertos, cara al Cielo, estaba el capitán Méndez Vigo...

Y otra vez la voz del muchacho se quiebra en un sollozo. ¡Con qué orgullo hablaban los *japistas* de su capitán! Pertenecer a su *jarka* era un galardón, un testimonio irrecusable de valor, la ejecutoria limpia de un guerrero avezado.

—¡Yo soy—decía, brillantes los ojos de entusiasmo, un muchacho—miliciano de la *jarka* de Méndez Vigo!

Y todos mirábamos con admiración sincera al subordinado del bravo capitán, porque nos hallábamos, inevitablemente, en presencia de un héroe auténtico.

Combates encarnizados, empresas audaces, avances inverosímiles, conquistas inauditas, eran llevados a cabo por los milicianos de Acción Popular, hechos cotidianos, de una sencillez y de una insignificancia asombrosas. Se conquistaba una posición considerada como inexpugnable y mil voces repetían entonces:

—¿Han sido los chicos de Méndez Vigo? ¡Ah, vamos!

Todas las dificultades de la empresa, aun reconocidas dejaban de serlo. Para los chicos del bravo capitán no podía haber dificultades insuperables. En este aspecto la *jarka* era hermana de un tabor de Regulares o de una bandera del Tercio. La misma impetuosidad en los combates, el mismo reto al destino, igual desprecio a la muerte. «Por la Patria y por Dios, a vencer o a morir».

Y se sigue tan al pie de la letra el verso de su himno que, inevitablemente, o se vence o se muere. Inevitablemente. Así, pues, cuando estos muchachos de Acción Popular marchan al frente, al aire azul su vibrante himno — que tiene cadencias de marcha militar y murmurio de rezo íntimo—, inflamado el pecho por la santa alegría de luchar por una España nueva, los que contemplamos la marcha de los convoyes sabemos bien que, o no volverán jamás o vendrán de nuevo a la ciudad, ceñidas las sienes por la corona, siempre nueva y siempre la misma, de una victoria rotunda.

Son estos los mismos muchachos que un día abatieron la fanfarria marxista yendo a El Escorial a oír la palabra de don José María Gil Robles, a pesar de las amenazas, de las admoniciones y el rechinar de dientes de los del puño en alto. Los mismos que, en otra ocasión, acudieron al castillo de la Mota, en cuyos históricos muros batieron, vibrantes, las palabras encendidas del jefe de Acción Popular.

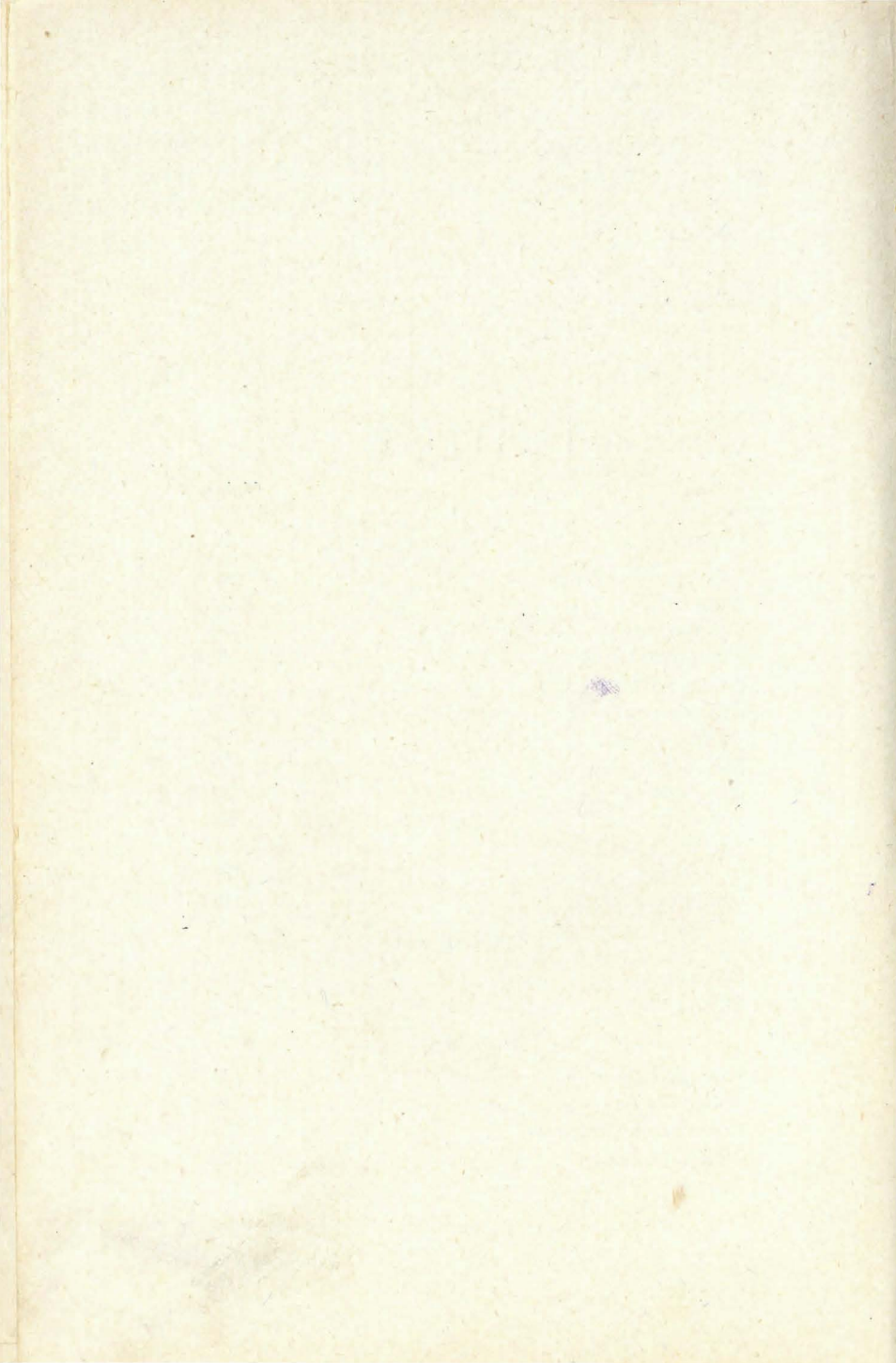
Entonces en la paz y ahora en la guerra, frente a la soberbia inaudita de las izquierdas antipatrióticas y extranjerizantes, se irguió la serena impavidez de la sana juventud española llena de fe, de valor y de patriotismo.

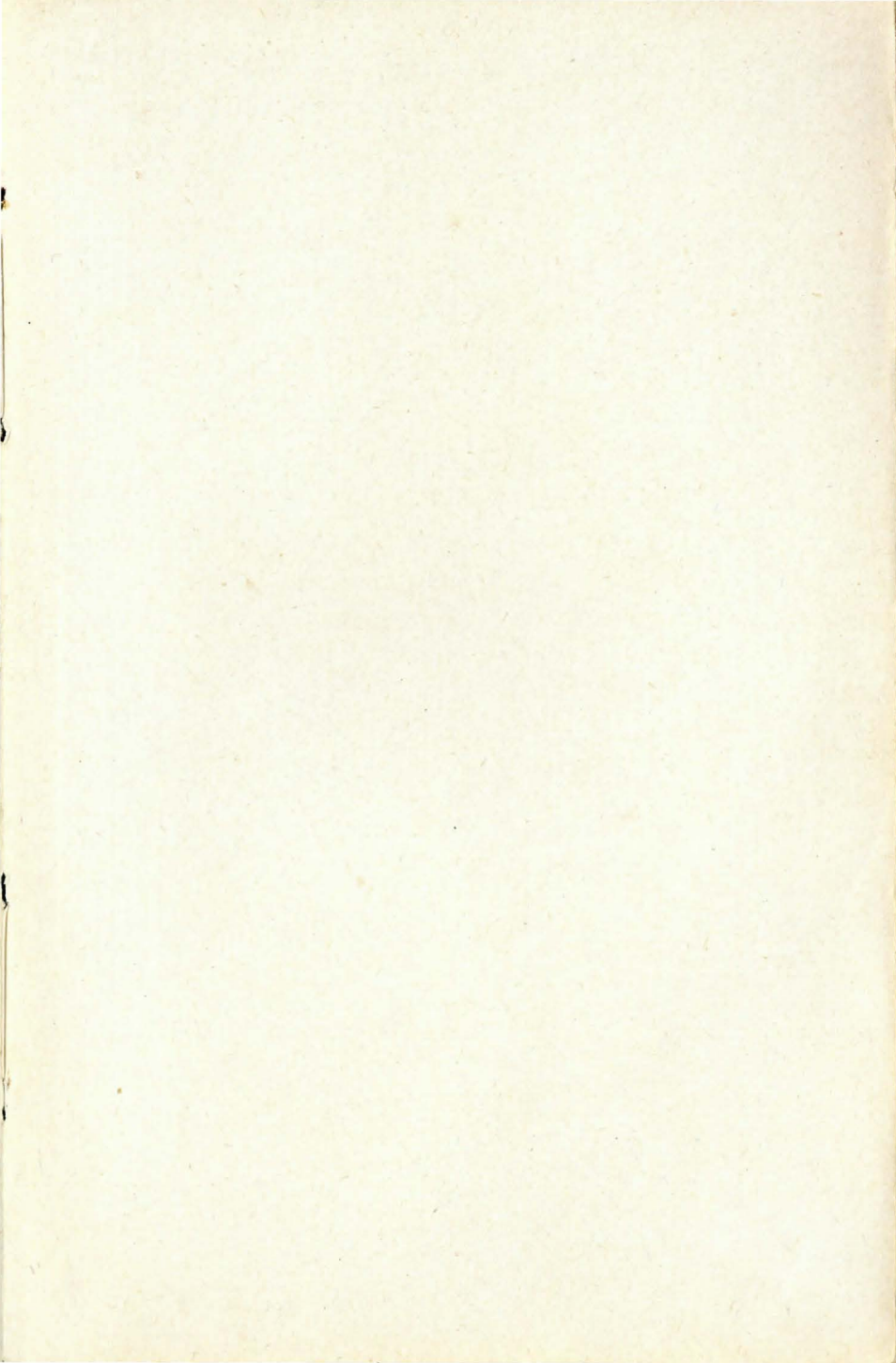
Y ahora como entonces, es la victoria de los que van a los campos de batalla llenos de fe, de valor y de patriotismo, lanzando al aire azul de la nueva España las notas vibrantes del himno marcial que tiene cadencias de marcha y murmurio de rezo callado...

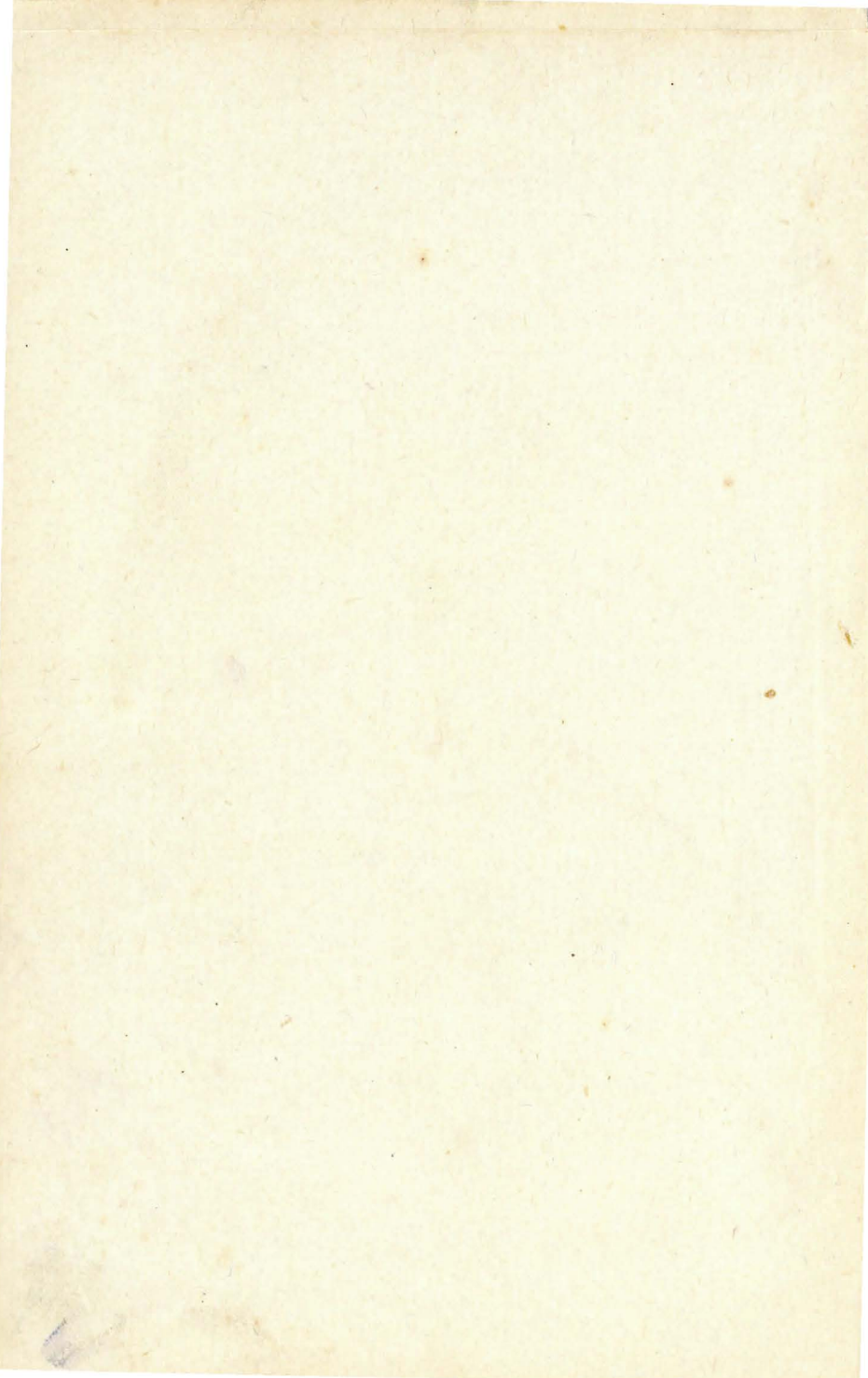


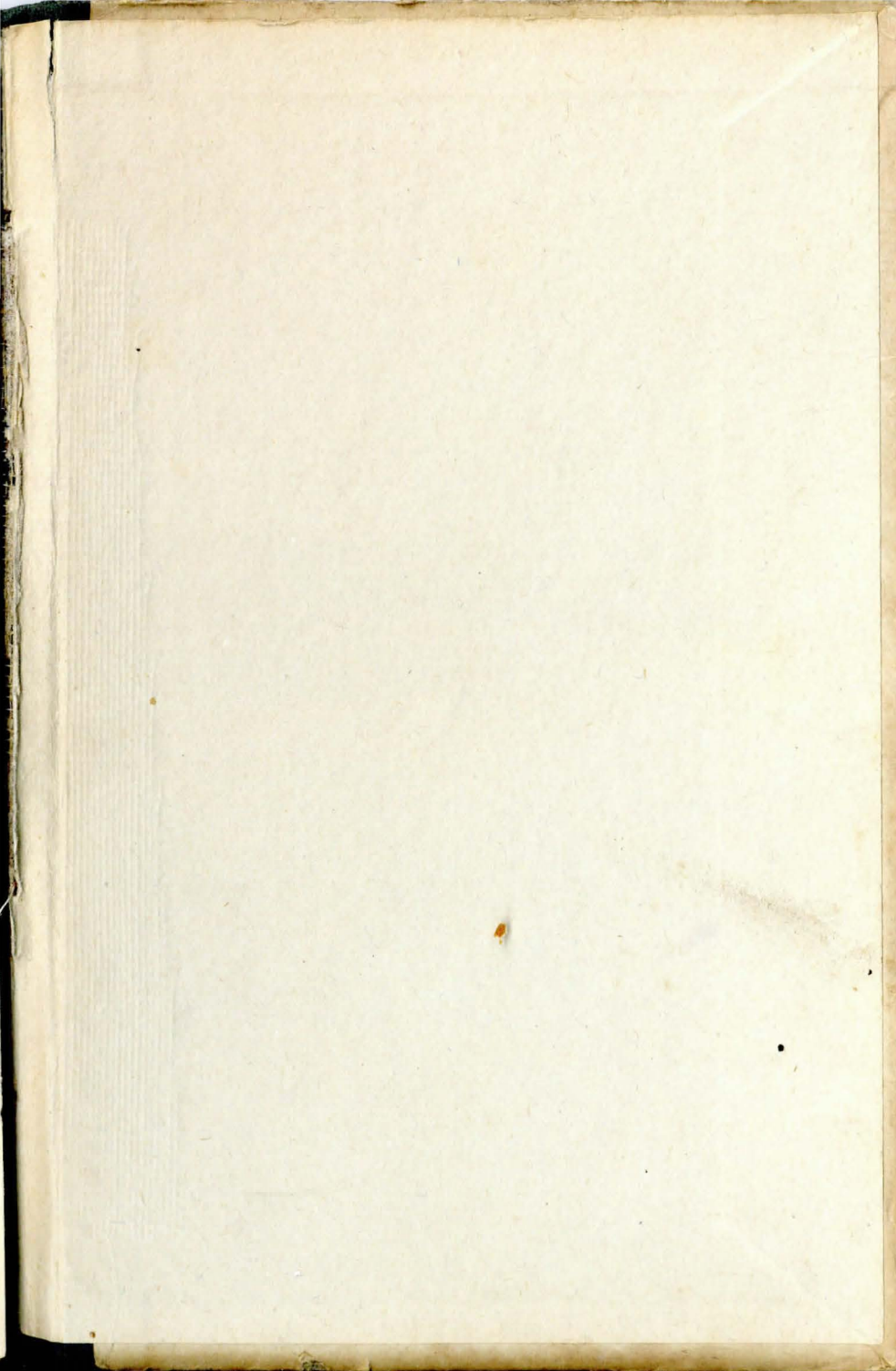
ÍNDICE

| | <u>Páginas</u> |
|-------------------------------|----------------|
| PÓRTICO | 11 |
| Generalísimo Franco | 19 |
| Mola | 30 |
| Cabanellas | 40 |
| Queipo de Llano | 48 |
| Millán Astray | 57 |
| Aranda | 65 |
| Varela | 73 |
| Saliquet | 79 |
| Moscardó | 84 |
| Serrador | 94 |
| Yagüe | 101 |
| Carrascosa | 107 |
| Castejón | 115 |
| IN MEMORIAM | |
| Sanjurjo | 123 |
| Calvo Sotelo | 133 |
| MILICIAS | |
| Falange Española | 145 |
| Boínas Rojas | 149 |
| Renovación Española | 155 |
| Acción Popular | 159 |









EDITORIAL SANCHEZ RODRIGO

